

Se lo que estás buscando
es un libro que te ayude
a entender mejor la Biblia,
este es el libro que necesitas.

Seguimos (y) vamos a seguirnos conociendo a (y) seguirnos conociendo de (y) más un poco más.
Este es el libro que necesitas.

ENSEÑANZA DE ESTUDIO BÍBLICO

CONSEJO PARA EL

CONSEJO PARA EL

CONOCER (3 MINUTOS)

LA VIDA DOBLE

○

LA OBRA DE CRISTO POR NOSOTROS

Y

LA OBRA DE CRISTO EN NOSOTROS

Por

A. J. GORDON, D. D.

Autor de "En Cristo"; "La Gracia y la Gloria"; "El Ministerio del Espíritu"; "Ecce Venit"; etc.

Traducido por

SARA A. HALE

1938



El Paso, Texas

INSTITUTO BIBLICO DE LA ALIANZA

CONTENIDO

I.	La Vida y La Vida En Abundancia.....	13
II.	La Regeneración y La Renovación.....	21
III.	— Conversión y Consagración.....	37
IV.	Salvación y Selladura.....	53
V.	La Participación de Hijos.....	75
VI.	Justicia y Santidad.....	95
VII.	— Paz Con Dios y La Paz De Dios.....	119
VIII.	Potestad Para Ser Hechos Hijos De Dios, y Potestad Para Servir.....	133
IX.	— Entrada y Separación.....	155
X.	Gracia y Galardón.....	169
XI.	Ideal y Logro.....	186

PREFACIO

NO ES probable que sea verdadera alguna cosa nueva en la Teología aunque puede haber comprensiones nuevas y más claras de la verdad antigua. Algunos, por ignorar ciertas fases de doctrina manifestadas en este tomo, se han figurado que son novelescas y originales. Pero esto no es así.

La verdad es—y se admite por nuestros mejores teólogos—que han sido tratados muy inadecuadamente la obra y los oficios del Espíritu Santo, por la mayor parte de los que han escrito sobre este asunto. La distinción entre su primera obra de convicción y regeneración y su obra más sublime de sellar y de investir, parece haber sido o del todo omitida o tratada de una manera muy vaga por la mayor parte de los escritores cuyos libros hemos examinado. Es como si alguien escribiera la vida de Cristo y no hiciera ninguna distinción clara entre su vida antes de su bautismo y su obra y ministerio bajo el Espíritu Santo, después de su bautismo.

Hemos procurado dar énfasis, por la Escritura y la experiencia, a la muy descuidada distinción entre el ministerio del Espíritu en la regeneración y el ungimiento con poder. El lector encontrará que es reconocida esta distinción, aunque no está tratada plenamente, en los mejores de los más antiguos tratados sobre este asunto, esto es, en "Owen, sobre el Espíritu Santo." La obra más completa y juiciosa de cuantas hemos leído se intitula, "Discursos sobre la Doctrina del Espíritu Santo

en el Nuevo Testamento, por Guillermo Kelly." Su capítulo sobre el "Don del Espíritu y los Dones" es eminentemente satisfactorio, a uno que reconoce la importancia de mantener y dar énfasis a las distinciones que son tan claramente reconocidas en las Escrituras. Dice, y creemos que con razón, que la obra mencionada en la Biblia bajo el nombre del don o sello del Espíritu Santo, "no tiene nada absolutamente que ver con la de traer a los hombres al arrepentimiento y a ejercer fe. Es una operación subsiguiente; es una bendición adicional y separada."

Andrés Jakes, uno de los escritores más profundos sobre todas las materias de esta clase, sostiene que el dejar de hacer esta distinción importante arguye una aprehensión muy carnal de parte de los cristianos. En su obra reciente, "El Nuevo Hombre," dice: "Se da por sentado de parte de algunos que, puesto que los que anduvieron con Cristo en el tiempo antiguo recibieron el bautismo del Espíritu Santo y fuego en el Pentecostés, hace mas de mil ochocientos años, por lo tanto todos los creyentes ya lo han recibido. Tendrían tanta razón los apóstoles, al ser llamados por primera vez, de sacar la conclusión de que por haber el Espíritu como paloma descansado sobre Cristo en su bautismo, ellos habían igualmente recibido la misma bendición."

Queremos recomendar la reciente obra del Rev. Carlos E. Smith, "El Bautismo en Fuego," en la que esta distinción es muy claramente reconocida, y sus ilaciones muy hábilmente consideradas. También recomendaríamos los breves tratados, "El Don del Espíritu Santo," por el Dr. Juan Morgan, Profesor de Teología en el Seminario Teológico de Oberlin, y "El Espíritu Santo en el Hombre," por el Pastor G. Tophel de Ginebra. Todas estas obras indican un adelanto decisivo en

cuanto a la discusión bíblica de este asunto importante.

En medio de toda la bondadosa y generosa crítica que nuestro libro ha despertado, este es el punto principal que han discutido, es a saber, que hemos insistido en un grado más alto en la obra del Espíritu, que es el sello del Espíritu Santo, lógicamente si no cronológicamente separada de la regeneración.

El que hayamos definido la regeneración no como un cambio de naturaleza, sino el impartimiento de una nueva naturaleza, ha tenido perplejos a algunos de nuestros lectores. Queremos decir sencillamente que el hombre regenerado tiene dos naturalezas—la de Adam que no ha de ser mejorada sino crucificada y desechada; y la de Cristo que ha de ser cultivada y desarrollada hasta que sea completamente dominante en el creyente. Por lo tanto, en nuestra opinión, el crecimiento cristiano no consiste en el mejoramiento del viejo hombre, sino en su represión; y por otra parte en el desarrollo del nuevo hombre hasta que lleguemos "a la medida de la edad de la plenitud de Cristo." En otras palabras, creemos que la santificación consiste, como dice un escritor eminente, en el procedimiento doble de la mortificación y vivificación—la mortificación de lo viejo y la vivificación de lo nuevo.

Con estas leves explicaciones volvemos a encomendar nuestra obra imperfecta, a la benevolencia de nuestros lectores cristianos, expresándoles la gratitud que sentimos por las muchas bondadosas expresiones que le han sido tributadas; y al favor de Dios cuya gloria en la edificación del cuerpo de Cristo, deseamos promover.

Boston, Marzo 18 de 1884.

LA VIDA Y LA VIDA EN ABUNDANCIA

“La obra de Jesús en el mundo es doble. Es una obra hecha para nosotros, destinada a efectuar la reconciliación entre Dios y le hombre; es una obra efectuada en nosotros, con el objeto de verificar nuestra santificación. Por medio de la primera es establecida entre Dios y nosotros una relación recta; por medio de la segunda existe el fruto del orden re-establecido. Por la primera, el pecador condenado es recibido en estado de gracia: por la segunda, el pecador perdonado es asociado con la vida de Dios... ; Cuántos parecen pensar que habiendo sido obtenido el perdón, con la paz que este les procura, ya todo está consumado, y la obra de salvación es completa. Parecen no sospechar que la salvación consiste en la salud del alma, y que la salud del alma consiste en la santidad. El perdón no es el restablecimiento de la salud; no es sino una crisis de la convalecencia. Si le parece bien a Dios justificar al pecador, es con el propósito de restaurarle por ese medio a la santidad.”—Godet.

I.

LA VIDA Y LA VIDA EN ABUNDANCIA INTRODUCCION

ES UNA circunstancia desafortunada, que tantos cristianos opinen que la salvación del alma es la meta en vez del punto de partida. No nos olvidamos por cierto, que la Escritura usa la Expresión “Obteniendo el fin de vuestra fe, que es la salud de vuestras almas.” Pero la conexión muestra claramente que es el último fin al que se refiere aquí, al perfeccionamiento y glorificación del alma en la revelación de Jesucristo, y no a su justificación cuando cree en Cristo. “El que cree en el Hijo, tiene vida eterna”—tiene su germen y principio. Pero Cristo dice, “Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia.” (Juan 10 : 10). Cristo para nosotros, apropiado por la fe, es el origen de la vida; Cristo dentro de nosotros por la morada en nosotros del Espíritu Santo, es el origen de la vida más abundante; el primer hecho asegura nuestra salvación; el otro nos hace aptos para glorificar a Dios por la salvación de otros. ; Cuán distintamente son manifestados estos dos grados de la vida espiritual, en el discurso de nuestro Señor acerca del agua de vida! El primer efecto sobre el creyente al beber esta agua es: “para siempre no tendrá sed; mas el agua que yo le daré, será en él una fuente de agua que salte para vida eterna.” (Juan 4 : 14). Esto es, el alma recibe

la salvación, y el gozo y paz perennes que acompañan a la salvación. Pero el segundo grado es éste: "El que cree en mí, como dice la Escritura, ríos de agua viva correrán de su vientre. Y esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él." (Juan 7 : 38, 39). Aquí vemos la vida divina derramándose en servicio, testimonio y bendición, por el Espíritu Santo.

Es el último grado, la plenitud y el derramamiento consecuente de las influencias del Espíritu Santo, el que necesita ser procurado especialmente, en estos días, de parte de los cristianos. Hay tantos ejemplos del desarrollo estancado en la iglesia; creyentes que se han contentado con el estado de infancia permanente y cuyo testimonio siempre empieza con su conversión, y revolotea alrededor de ese acontecimiento, como la charla de los niños que de continuo están diciendo su edad. Pues, aun nuestra conversión, no obstante que es un acontecimiento bendito, puede ser una de aquellas cosas que quedan atrás; que hemos de olvidar para extendernos a las cosas más sublimes. ¿No hay una significación profunda en aquella expresión de unión doble que nuestro Señor usa con tanta frecuencia? "¿Vosotros en mí y yo en vosotros?" El pámpano que está en la vid, tiene su puesto; pero sólo por estar la vid en él, penetrándolo de continuo con su savia y sustancia, tiene potencia para ser fructífero. "Si alguno está en Cristo, nueva criatura es," es regenerado, es justificado. Pero permítasenos preguntar ¿qué pueden significar las palabras del apóstol cuando, refiriéndose a semejantes personas regeneradas dice, "Hijos míos, que vuelvo otra vez a esatir de parte de vosotros, hasta que Cristo sea formado en vosotros." (G;l. 4. 19). Este último trabajo—estos segundos dolores de parto, por los que ya han nacido del Espíritu—¿qué

pueden ellos significar? Será una metáfora, o será una indicación de alguna obra más profunda de renovación divina, por aquellos que habiendo empezado en el Espíritu, están en peligro de procurar ser hechos perfectos por la carne?

Pues bien, las Escrituras parecen enseñar que hay un grado segundo en el desarrollo espiritual, distinto y separado de la conversión; a veces muy separado de ella en cuanto al tiempo, y a veces casi contemporáneo con ella—un grado al que llegamos por una renovación especial del Espíritu Santo, y no meramente por el crecimiento gradual. Pondremos cuidado especial para no dogmatizar aquí. Pero hay una transacción descrita en el Nuevo Testamento por los términos el don del Espíritu Santo, el sello del Espíritu Santo, el ungimiento del Espíritu, y otras semejantes. Las alusiones que se hacen a ella en los Hechos y las Epístolas la designan inequívocamente como algo distinto de la conversión. ¿Qué es esta experiencia? Tomamos nuestro lugar de estudiantes ante las Escrituras y las biografías de hombres santos, y buscamos una respuesta a esta pregunta.

Emprendemos este estudio bajo dos impulsos. El primero ha sido derivado de un nuevo estudio de los Hechos de los Apóstoles y de la convicción engendradora por semejante estudio, que más luz ha de resplandecer aún de ese libro, de la que hemos hasta ahora aprisionado en nuestros credos; el otro ha sido derivado de experiencias nuevas en los avivamientos, y de la observación de las cosas grandes que el Espíritu de Dios puede efectuar cuando cae sobre los creyentes y los llena de su potencia.

Esta es la lección, sobre todas las demás, que esta generación necesita aprender. ¿Nos afligimos por ser

el nuestro, un siglo materialista? ¡Ojalá que fuese así sólo por el lado científico y racionalista. Pero lo que debemos temer más, es aquel materialismo sutil que está insinuándose en la vida y los métodos de la iglesia; cuán poco se depende del poder sobrenatural como del todo suficiente para nuestro trabajo! ¡Cuánto estamos aprendiendo a apoyarnos en las agencias meramente humanas!—en el arte y la arquitectura; en la música, la retórica y las atracciones sociales! Si queremos atraer a las gentes a la iglesia a fin de poder ganarlas para Cristo, la primera pregunta que hacen muchos cristianos el día de hoy es: ¿qué nuevo entretenimiento podemos inventar? ¿Qué nueva música podemos sacar del órgano? y ¿qué canto más rico y exquisito puede cantarnos nuestro coro? ¿Qué novedad por vía de atracción social podremos introducir; o ¿qué nueva elocuencia pueda emitirse del púlpito para deslumbrar y cautivar al pueblo? Ojalá que tuviéramos fe para abandonar por completo estos expedientes del naturalismo, y para someter a la iglesia sin reserva, al poder de lo sobrenatural. ¿No habrá algún grado más alto en la instrucción del Espíritu Santo en el que podamos graduar a nuestros jóvenes ministros, en lugar de enviarlos a una universidad para recibir los últimos toques de cultura teológica? ¿No habrá alguna potencia reservada, atesorada aún en la iglesia que es el Cuerpo de Cristo, alguna fuerza desconocida y descuidada que podamos alcanzar, y así cobrar el valor para desechar para siempre estos expedientes frívolos de los que hemos dependido tanto para desempeñar la obra del Señor? La investidura del Espíritu para poder, para servicio, para testimonio, para éxito—esto es en resumen, el asunto de este libro.

Para poner la materia más efectivamente delante de

nuestros lectores, hemos adoptado el método siguiente:

1. Primero, hemos considerado el asunto bajo el título de "La vida doble," a fin de designar claramente las distinciones entre los primeros y los segundos grados de la experiencia espiritual. Porque uno de los equívocos más serios tocante a todo el asunto, ha sido el confundir lo que pertenece a la santificación, con lo que realmente pertenece a la justificación, y vice versa. Es muy común, por ejemplo, encontrar que escritores sobre la más alta vida cristiana, nos instan a llegar a ser "completamente crucificados con Cristo," y "del todo muertos al pecado." Pero estas no son experiencias ni adquisiciones; son hechos fundamenatles. El Nuevo Testamento Revisado arroja mucha luz sobre este punto, poniendo todas las alusiones a la muerte del creyente con Cristo, en el pretérito perfecto donde deberían estar. Es sencillamente un hecho que cuando Cristo nuestro sustituto murió en la cruz por nosotros, morimos virtualmente o judicialmente por medio de él, a la ley y al pecado. Así como dice la Escritura, "Si Uno murió por todos, luego todos son muertos." (2 Cor. 5 : 14). Es esta transacción pasada y definida, la que forma la base de nuestra aceptación con Dios. "El que ha muerto al pecado; libertado está del pecado" (Rom. 6 : 7, Ver. Mod.).

Por otra parte, a veces se ha cometido el error de insistir en las experiencias más sublimes, como evidencias de la conversión; siendo demandados el testimonio del Espíritu y la selladura del Espíritu, como requisitos para el bautismo y la admisión a la iglesia. Una mirada a los Hechos de los Apóstoles, nos demuestra que no fue así en el principio. La narración de las primeras admisiones a la iglesia es muy sencilla. "Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados."

Un consentimiento del corazón a Cristo y a su evangelio, fue la única condición de iniciación en la iglesia, y las operaciones más profundas del Espíritu, siguieron en su orden.

En lo que hemos escrito hemos dado mucho más espacio al segundo grado de la vida doble; pero lo hemos traído en contraste constante con el primero, a fin de dar énfasis a estas distinciones y ponerlas claramente ante la mente.

2. Hemos procurado arojar toda la luz posible sobre este asunto valiéndonos de las narraciones de experiencias cristianas. Es evidente, si nos detenemos a pensar en el asunto, que el Espíritu tiene que ser estudiado en sus operaciones. La falta de la mayor parte de los tratados sobre la Tercera Persona de la Trinidad, es que son demasiado abstractos. Un Espíritu puede darse a conocer a nosotros solamente por sus actos y manifestaciones exteriores. Nuestro Señor indica esto en su símil del viento que de donde quiere sopla. Podemos ver el movimiento de los árboles y alzamiento de las aguas; pero no podemos discernir el viento que causó estos movimientos. Podemos ver el poder del Espíritu Santo en las vidas de los cristianos; en conversiones y avivamientos; en los hechos de los creyentes y los triunfos de la iglesia; pero no podemos reconocerle a él sólo; por ser él invisible, e inmaterial. ¿Por qué es que los Hechos de los Apóstoles nos da tantos conocimientos del Espíritu Santo? Porque es la vida del Espíritu vista en las palabras y hechos del cuerpo de creyentes: es el Invisible hecho visible en su obra, conducta y testimonio. En verdad los Hechos de los Apóstoles podría llamarse correctamente los Hechos del Espíritu Santo. Así como los Evangelios son una narración de "todas las cosas que Jesús comenzó a hacer, y a

enseñar hasta el día en que fue recibido arriba," así los Hechos es una narración de todo lo que el Espíritu Santo empezó a hacer y a enseñar después de haber descendido para habitar en el cuerpo de los fieles. Y si aprendemos tanto de estos primeros principios de su obra ¿no hay mucho qué aprender de lo que ha hecho después de la historia subsiguiente de la Iglesia?

Así juzgamos: y por esto hemos invocado en ayuda las vidas de los santos de todos los siglos cristianos. Habiendo sacado nuestro plan de la doctrina de las Escrituras, hemos procurado completar el bosquejo, de los registros de la biografía religiosa. Porque la experiencia si es verdadera y divinamente inspirada, no es sino la Biblia traducida e impresa en texto iluminado, la escritura "escrita en grandes caracteres" para el provecho de los ojos oscurecidos que no pueden leer la letra chica de la doctrina. Que juzguen nuestros lectores del significado de las transacciones que aquí se narran.

3. Finalmente en todo lo que hemos escrito, hemos pensado principalmente ayudar y vivificar a los ministros y obreros cristianos. No hemos procurado hacer un tratado elaborado; ni discutir de una manera agotadora la persona y ministerio del Espíritu Santo. Mas bien hemos tratado de tener un coloquio familiar con nuestros lectores, mezclando la exposición bíblica, con incidentes religiosos, dejando oírse la voz de Dios ya en su palabra inspirada, ya en los ecos que aquella palabra ha despertado en la conciencia cristiana. Y hemos suplicado y ahora volvemos a suplicar las influencias del Santo Paraclito que ilumina, santifica y consagra—a fin de que lo que en nuestro discurso sea verdadero y conforme a la mente de Dios, sea una bendición a su pueblo; y lo que esté equivocado, sea perdonado y contradicho por su gracia.

REGENERACION Y RENOVACION

Entendemos que regeneración quiere decir, el principio de la vida de Dios en el alma del hombre; el principio de lo que no existía antes; renovación significa vigorizar lo que ha sido empezado; el sostenimiento de una vida ya poseída. "En el lavacro de la regeneración empieza la nueva vida. Habiendo comenzado, necesita ser mantenida y conservada. Esto es efectuado por la renovación del Espíritu Santo, fluyendo en el alma, suplidos por el Espíritu de Jesucristo, los distintos dones del Agente Divino por el cual la vida misma fue impartida al principio."—Tomás Binney.

II.

LA REGENERACION Y LA RENOVACION

[A Regeneración y la Renovación están relacionadas la una con la otra, así como la plantación del árbol está relacionada con su crecimiento. Es muy necesario que al principio tengamos un concepto claro de lo que es la regeneración. En los manuales de teología, a veces la encontramos descrita como "un cambio de naturaleza." Pero tenemos que objetar respetuosamente esta definición. Porque, diciendo naturaleza, se refieren, por supuesto, a la naturaleza humana; y por la expresión, "cambio de naturaleza," se da a entender que el corazón natural puede ser transformado y mejorado de modo que pueda dar los frutos de justicia y verdadera santidad. Contra esta presunción la Palabra de Dios opone su solemne y enfática protesta—"Por cuanto la intención de la carne es enemistad contra Dios; porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede. (Rom. 8 : 7).

Sostenemos que la verdadera definición de regeneración es: "la comunicación de la naturaleza divina al hombre, por la operación del Espíritu Santo, por la Palabra." Así escribe el Apóstol Pedro: "Por las cuales nos son dadas preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas fuésemos hechos participantes de la naturaleza divina, habiendo huído de la corrupción que está en el mundo por concupiscencia." (2 Ped. 1:4).

Así como Cristo fue hecho participante de la naturaleza divina por su encarnación, a fin de que pudiera entrar en la comunión verdadera con nosotros, así somos hechos participantes de la Naturaleza Divina por la regeneración, a fin de que entremos en comunión verdadera con Dios. Aquel gran dicho del Hijo de Dios, que se repite con tanta frecuencia en los Evangelios y las Epístolas de Juan, "El que cree en mí tiene vida eterna", puede comunicarnos esta idea solamente cuando se entiende correctamente: Es la vida divina impartida a nosotros—la misma vida del mismo Dios comunicada al alma humana, y dando allí su propio fruto.

Viendo claramente este punto podemos entender fácilmente el procedimiento y método del crecimiento espiritual—que consiste en la mortificación constante del hombre natural, y la renovación constante del hombre espiritual. Podemos ilustrar esto mejor, valiéndonos de la figura de injertar que se emplea varias veces en las Escrituras. Aquí tenemos un árbol nudoso que no da sino fruto agrio y pequeño. De algún árbol rico y perfecto es traído un vástago que es incorporado en el ramo de este árbol. Ahora, los esfuerzos del labrador se dirigen, no al cultivo y mejoramiento del viejo árbol, sino al desarrollo del injerto. En vez de procurar mejorar los ramos originales, los corta aquí y allá para que la savia y vitalidad que se malgastan en ellos en la producción de fruto que no sirve, puedan utilizarse en el que es aprobado y excelente. Esta es la filosofía de la cultura espiritual: "Despojaos del viejo hombre con sus hechos"; "el hombre interior se renueva de día en día."

Creyendo que ahora especialmente es demandada atención vigilante y seria a la cultura espiritual, si he-

mos de hacer frente a los poderosos enemigos que nos amenazan, busquemos el secreto de esta renovación divina.

"De día en día" nuestro hombre interior es renovado. "Danos hoy nuestro pan cotidiano," es la oración que el Salvador nos enseñó. Y no obstante dijo, "No con sólo el pan vivirá el hombre; mas con toda palabra que sale de la boca de Dios." El pan de la palabra ha de ser nuestro alimento si hemos de gozar de un aumento diario en la vida de Dios. Es una amonestación común; pero no es menos vital y verdadera. El crecimiento divino debe seguir el desarrollo del nacimiento divino. Si hemos sido engendrados por la Palabra de Verdad, deberíamos ser renovados diariamente con el mismo elemento.

Son demasiado pocos los que realmente creen en el poder de la Palabra para edificar un carácter santo, y por lo tanto son demasiado pocos los que lo experimentan diligentemente. ¿Podemos pensar que es posible que el alimento sobre nuestras mesas sea transmutado en el laboratorio de la Naturaleza, de modo que vuelva a aparecer ya en el brazo fuerte del herrero, ya en el delicado tejido del cerebro del poeta? No nos parezca, pues, increíble que la Palabra de Dios, recibida diariamente y asimilada interiormente, pueda volver a aparecer en toda clase de poder espiritual y eficacia santa. Esteban Grellet, despertándose de su primera educación sacramental, vió un día a las lavanderas en su trabajo. Estaban lavando la ropa blanca. Dice: "Me admiré de ver cómo la batían y revolvían y cuán hermosamente blanca la dejaron al fin. Se me dijo que no podía entrar en el reino de Dios hasta que hubiera sufrido semejante operación; que a menos que fuese lavado así y hecho blanco, no podría tener parte alguna en el

amado Hijo de Dios. Durante semanas enteras estaba absorto en la consideración del asunto—el lavacro de la regeneración. Nunca antes había oído semejantes cosas, y me admiré mucho de que, habiendo sido bautizado con agua, y habiendo también recibido lo que llaman el sacramento de la confirmación, tuviera que pasar por semejante purificación." Justamente como fue en el principio, vemos, "¿Cómo creeréis si os dijere las cosas celestiales?"

Pero poco a poco este misterio es resuelto, siendo desarrollado en una experiencia viva y personal; y la regeneración del Espíritu es seguida de una larga vida de ansiosa y humilde alimentación con el Espíritu y la Palabra de Dios. Y ahora aparece un misterio más grande. Por un poder extraño y sutil se logra que los corazones de reyes y emperadores se abran a este predicador santo y escuchen encantados mientras les revela los misterios del reino del cielo, y les presenta las demandas del Amor Divino. Los papas y los cardenales, sacerdotes y monjas prestan atención; sus corazones se rinden y brotan las lágrimas de sus ojos, mientras confiesan que nunca lo habían oído así antes. Aquí tenemos una vida que mantuvo tal comunión con Dios, que había mucho más del cielo que de la tierra en ella. Veamos en ella un testimonio vivo de lo que pueden efectuar el Espíritu Santo y la Palabra Santa cuando están trasmutados en el carácter vivo y cristiano.

Estamos tocando el punto más vital ahora. La fisiología nos enseña cuán inevitablemente el alimento con que uno subsiste, determina el tejido de su carne. ¿Puede el diario, la novela o la revista edificar las fibras de un carácter verdaderamente espiritual? No estamos prohibiendo de una manera áspera estas cosas; pero al pensar el lugar que tienen en la sociedad moderna,

y cuántos cristianos los tienen como la mayor parte de su lectura diaria, se sugiere un tema muy serio para que reflexionemos sobre él. Así como es impuesta sobre el cristiano la necesidad de escoger entre la Biblia y la literatura—esto es, de escoger cual ha de ocupar el lugar supremo. "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia." ¡Con cuánta prontitud se nota y remedia el cansancio y falta de apetito de un solo día! Pero ¡cuántos días hemos pasado en los que no hemos tenido apetito para la Palabra de Dios; ningún deseo vehemente y profundo de aquella comida que el mundo no sabe! Y ¡hemos estado tan alarmados por este síntoma que nos hemos apresurado a buscar su cura?

El hecho de que las Escrituras suministran nutrimento y edificación al alma, es la experiencia más real de que tenemos conocimiento. Ninguno de nosotros, por más que se acongoje, podrá añadir a su estatura un codo. Pero ¡cuántos, tomando en el alma los grandes pensamientos de Dios, alimentándose con ellos y digiriéndolos, han añadido mucho a su estatura espiritual! Hemos notado, especialmente en las vidas de los cristianos, cómo una verdad, descuidada por mucho tiempo, pero al fin recordada, ha vivificado y edificado maravillosamente al alma. Su novedad ha creado en el creyente un apetito fuerte, y así ha impartido un impulso grande a su crecimiento espiritual. Cuán verdadero ha sido esto, de tales doctrinas como "la Justificación por la Fe," "El Testimonio del Espíritu," y la "Venida del Señor." La predicación de nuevo de estas doctrinas, ha constituido eras distintas de reforma en la Iglesia; pero previamente también ha señalado eras de avivamiento en el alma de individuos. Podemos tomar la última como la más recientemente sacada del

olvido. El biógrafo de Hewiston dice de él: "No sólo creía en la próxima vuelta, sino que la amó, la esperó y vivía en vela, por ella. Llegó a serle un móvil tan poderoso, que acostumbraba hablar de ella después, como trayendo consigo una especie de segunda conversión." Sí, y ¡cuántos cristianos de nuestro día saben lo que significa esto! Tal es la potencia vivificadora de la verdad; así entra para restaurar lo que se ha gastado en nuestra vida espiritual; para hacer nuevas fibras, e infundir nueva sangre en nuestro hombre celestial.

Lo mismo puede decirse de la oración y la meditación. Tienen mucho poder para renovar. Vivifican nuestra vida, y multiplican en nosotros el gozo del Señor, el cual es nuestra fuerza.

En estos días cuando la cámara ha llegado a hacerse tan estrecha y la Iglesia tan ensanchada; cuando los cristianos han aprendido a encontrar tanta edificación en los servicios públicos, en la música, le arte y la elocuencia del santuario, y tan poca en la hora quieta de la comunión, es muy difícil creer que es posible hallar grande gozo en la soledad con Dios. Leemos cómo Columkill dijo adiós a su celda y vida humilde, para tomarse los honores y emolumentos del obispado de Iona, exclamando con lágrimas: "¡Adiós, Arran de mi corazón! Tú eres el Paraíso; la huerta de Dios es ésta que escucha el sonido de tus campanas." Y al leerlo decimos, por cierto: es ese el sentimentalismo monástico. Pero ¿qué diremos al encontrar que los sobrios santos protestantes, como el que acabamos de citar, escriben: "La comunión con Cristo es el único manantial de satisfacción; la única fuente de gozo perenne. He gozado más aún en esta mañana mirando la hermosura de la gloria de Cristo, como me es reve-

lada por el Espíritu, de lo que he gozado del mundo durante mi vida entera?" O, para considerar una altitud aún más increíble, ¿qué diremos si escuchamos aquel poderoso intercesor con Dios, Juan Welch, de Escocia, que clama en una de sus ocasiones de comunión extática, "Señor, detén tu mano; basta; tu siervo es una vasija de barro, y no puede contener ya más?" Seguramente este es lenguaje extraño para la mayor parte de nosotros. Pero si volvemos a las Escrituras de nuestro Señor, podemos encontrar una clave a semejantes experiencias; porque cuando preguntamos a nuestro Maestro por qué ha revelado cosas tan maravillosas con respecto a nuestra unión con él, y a nuestra participación en la gloria del Padre, responde, "Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido." (Juan 15 : 11). Y cuando le preguntamos por qué nos ha dado este maravilloso privilegio de orar en su nombre, contesta, "Pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido." (Juan 16 : 24). Si, a lo mejor, hemos podido conseguir sólo la mitad de este gozo divino, no dejemos de creer a los que han exclamado, "Mi copa está rebosando. Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida."

Hemos hablado de renovaciones diarias, y estamos persuadidos de que no son posibles ningún crecimiento y desarrollo verdaderos en la vida cristiana, sin éstas. Hay todavía otra clase de renovación a la que quisiéramos llamar la atención. "Los tiempos del refrigerio de la presencia del Señor," prometidos en las Escrituras, nos suministran una esperanza muy bendita y consoladora. Esta expresión, por supuesto, se refiere literalmente a la vuelta del Señor de la gloria, y su reunión gozosa con su Iglesia. Pero aún ahora hay tiem-

pos de comunión extraordinaria con el Señor, cuando, por el Espíritu Santo tiene a bien manifestarse al alma con poder tan poco común, que pueden llamarse "tiempos de refrigerio." Encontramos narraciones de éstos, en la biografía de casi todos los santos devotos. Así como la naturaleza tiene sus renovaciones anuales tanto como las diarias, cuando el sol vuelve con las bendiciones y vivificaciones de la primavera, así tiene la gracia sus tiempos especiales de avivamiento. Entonces el Esposo celestial visita al alma, por el Espíritu Santo, hablándole con acentos, los más tiernos: "Levántate, oh amiga mía, hermosa mía, y vente. Porque he aquí ha pasado el invierno, hase mudado la lluvia, se fue; hanse mostrado las flores en la tierra, el tiempo de la canción es venido, y en nuestro país se ha oído la voz de la tórtola; la higuera ha echado sus higos, y las vides en cierne dieron olor: levántate, oh amiga mía, hermosa mía, y vente." ¡Con cuánta frecuencia ha sido traducida la poesía de este cantar de Salomón a la prosa de la experiencia viva y práctica! El frío del invierno ha caído sobre la Iglesia; en vez del tierno arrepentimiento, las lágrimas de otros días se han congelado en carámbanos de nieve que cuelgan alrededor del santuario; ceremonias formales, frías y brillantes toman el lugar de aquella ternura santa que ruega a Dios con gran clamor, y amonesta a los hombres "de noche y de día con lágrimas." ¿Qué siervo de Dios no ha tenido tristes experiencias de este estado de cosas? Es entonces cuando los pastores y los hermanos deberían procurar un refrigerio especial de la presencia del Señor. El tenor ordinario de la vida espiritual no basta ahora. Es preciso trabarse del poder de Dios —un poder especial para la debilidad y necesidad especial. Y "bendito el Dios y Padre de nuestro Señor

Jesucristo, que según su grande misericordia nos ha regenerado en esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, que él puede renovar lo que ha engendrado, y restaurar el gozo de su salvación a los que se han apartado buscando el gozo del mundo. Christmas Evans, el ferviente predicador de Hales, nos ha dado una relación de una visitación muy benigna de esta clase.

Estaba cansado de un corazón frío para con Cristo y su sacrificio y la obra de su Espíritu; de un corazón frío en el púlpito, en la oración secreta, y en el estudio. Durante los quince años anteriores, había sentido que mi corazón ardía dentro de mí, como si fuera a Emaus con Jesús. En un día del que siempre me acordaré, mientras iba de Dolgelly a Machynlleth, y subiendo hacia Cadair Iris, me parecía que debía orar, por más duro que sintiese mi corazón, y por más mundano que fuese el estado de mi espíritu. Habiendo empezado en el nombre de Jesús, pronto me parecía como si los vínculos se soltaran y la primera dureza se ablandara: y me figuraba que se disolvían y derretían dentro de mí, las montañas de hielo y nieve. Esto engendró confianza en mi alma en la promesa del Espíritu Santo. Sentía que toda mi mente era aliviada de alguna grande esclavitud; vertí lágrimas copiosamente, y me sentí movido a pedir las bondadosas visitaciones de Dios, para restaurar a mi alma el gozo de su salvación y para avivar las iglesias en Anglesea que estaban a mi cuidado. Incluí en mis suplicaciones a todas las iglesias de los santos, y a casi todos los ministros del principado, llamándolos por sus nombres. Esta lucha duró tres horas; se alzó y volvió a alzarse, como una ola sigue a otra, o como una marea que es empujada por un fuerte viento, hasta que mi naturaleza casi desmayó

por el llanto y clamor. Así me entregué a Cristo, cuerpo y alma, dones y labores, por toda mi vida—por todos los días y todas las horas que me quedaban: y todos mis cuidados los arrojé en Cristo. El camino estaba montañoso y solitario, y así no tuve interrupción ninguna en mi lucha con Dios. Desde este tiempo esperaba que fuese manifestada la bondad de Dios en mis iglesias y en mí mismo... El resultado fue que al volver a mi población, la primera cosa que me llamó la atención, fue que el Espíritu estaba obrando también en los hermanos de Anglesea produciendo en ellos el espíritu de oración especialmente en dos de los diáconos, los cuales eran especialmente importunos en la oración de que Dios nos visitara en misericordia, e hiciera que la palabra de su gracia fuese efectiva entre nosotros para la conversión de los pecadores."

Lo que se debe notar particularmente en esta experiencia, es su relación con la Iglesia de Dios. Cuando el hielo en su propia alma se había derretido, entonces empezó a rogar por todos los santos y todos los ministros. Y, como se vió después, al mismo tiempo que el Espíritu cayó en él, estaba cayendo en sus hermanos en lugares distantes. Así es siempre. Dios nunca hace la mitad de una providencia, así como el hombre nunca hace la mitad de un par de tijeras. Si prepara a un predicador para declarar su Palabra, prepara también un oyente para recibir esa Palabra; si mueve a un alma para que clame, "Señor, ¿qué quieres que yo haga?", siempre mueve a otro siervo suyo para dirigirle en cuanto a lo que ha de hacer. Meditemos en las historias de Pablo y Ananías, de Pedro y Cornelio, de Felipe y el Eunuco, si queremos observar el misterio del Espíritu—su ministerio doble, al predicador y al oyente, al consejero y al investigador. Y fijándonos en esto,

entenderemos la relación íntima entre el tiempo de refrigerio en el corazón del individuo que cree, y el tiempo de avivamiento en la Iglesia. Si dos cuerdas de una arpa están de acuerdo perfecto, no se puede herir la una sin hacer que la otra vibre; y si un cristiano es tocado y agitado por el Espíritu de Dios, no penséis que es extraño que todos los que son del mismo ánimo en la Iglesia, sean movidos por el mismo impulso divino. No por nosotros mismos, y a fin de que podamos gozar del santo lujo de la comunión con Dios, hemos de procurar los tiempos de refrigerio. Si lo hacemos así, sin duda dejaremos de alcanzarlos, porque aun las bendiciones espirituales, podemos pedir las y no recibirlas si las pedimos solamente para gastarlas en nosotros mismos.

Ninguna biografía que hayamos leído, nos parece más instructiva sobre este punto que la de David Brainerd. De tiempo en tiempo pidió y obtuvo las intimidades más santas con Dios; pero nunca para sí mismo. Obsérvese renglón por renglón el siguiente pasaje extraordinario de su diario:

Abril 19 de 1742.—Dediqué este día al ayuno y oración a Dios por su gracia; especialmente pedí preparación para el trabajo del ministerio, para que me diese la ayuda y la dirección divinas en mis preparativos para aquella grande obra, y que a su propio tiempo me enviase a su cosecha. En conformidad con esto, en la mañana procuré pedir la Presencia Divina para el día, y no sin algo de vida. Antes del medio día sentí el poder de intercesión por las preciosas almas inmortales, por el adelanto del reino de mi querido Señor, el Salvador del mundo, y, con todo esto, una resignación y aún consolación dulcísima en la idea de sufrir trabajos, angustias y aún la muerte misma para promoverlo; y sentía

libertad especial en rogar por la iluminación y conversión de los pobres paganos. En la tarde, Dios estaba conmigo en verdad. ¡Qué compañía tan bendita! Dios me dió poder para agonizar en la oración de tal modo, que sudé copiosamente no obstante que estaba en la sombra y al aire fresco. Mi alma se interesó muchísimo por el mundo; pedí multitudes de almas. Me parece que tenía más libertad para pedir por los pecadores que por los hijos de Dios, aunque me parecía que podía gastar mi vida clamando por ambos. Tuve gran gozo en la comunión con mi amado Salvador. Creo que nunca en mi vida sentí que mis afectos estaban tan separados de este mundo, y tan resignado a Dios en todo. ¡Ojalá que pueda siempre vivir para mi bendito Dios y tener semejante comunión con él." (1)

Aquí tenemos, ciertamente, algo muy elevado y remoto de las experiencias ordinarias—este orar hasta tener comunión con los padecimientos de Cristo, y hasta sudar casi como él lo hizo en el jardín. Pero estamos escribiendo ahora para los que deseen saber con respecto a las adquisiciones más altas. Pero lo que queremos indicar con más énfasis es la relación entre estas experiencias extraordinarias y el extendimiento del evangelio y la salvación de las almas.

El que intercediendo, no anhelaba alguna visión o revelación extática, sino "una multitud de almas," alcanzó lo que deseaba; por que una virtud maravillosa atendía su predicación. Había días en que el Espíritu de Dios caía sobre aquellos indios estólidos y duros de corazón, con tanto poder, que muchísimos de ellos se inclinaban delante del predicador como el trigo delante de la guadaña del segador; de modo que aún el embajador mismo se admiró y exclamó, "¡Y nunca fue tal día antes ni después de aquel!"

Brainerd experimentó muchas veces esta renovación extraordinaria de su vida espiritual, por la oración y el ayuno; y haciendo un resumen de estas ocasiones, el Presidente Edwards saca esta notable conclusión: "Entre todos los días que él pasó en oración secreta y en ayunos, de los que narra en su diario, apenas hay una sola que no fuera atendida o seguida pronto de éxito visible; una bendición notable de influencias y consolaciones especiales del Espíritu de Dios, y con mucha frecuencia antes de que se hubiera acabado el día." Y podemos agregar aun más. La narración de estos ayunos y oraciones de Brainerd escrita solamente para él mismo, pero afortunadamente publicada después de su muerte por Edwards, han traído bendiciones ricas al mundo. Guillermo Carey la leyó en su banco de zapatero, y se preguntó, "¿Si Dios puede hacer semejantes cosas entre los indios de América, por qué no, entre los paganos de la India?" Enrique Martyn, el estudiante pensativo de Cambridge, Inglaterra, la leyó y fue movido por ella a consagrar su vida al servicio misionero en el Oriente. Eduardo Payson meditó en ella, y cuando tenía veinte y dos años de edad, escribió en su diario: "Al leer la biografía del Sr. Brainerd me parece que siento un deseo muy ardiente de tener una porción de su espíritu." Considerando los grandes resultados que han seguido a los trabajos de estos siervos de Dios, ¿quién dirá que Brainerd no haya hecho más desde su muerte, que ni aún en su vida? (1) Y ¿quién, considerando el fin de todo, puede dudar que sea provechoso buscar al Señor con oración, ayunos e intercesión que renueve sus fuerzas espirituales? Que nos vivifique el Espíritu Santo con su gran poder, para que podamos dejar "cuanto a la pasada manera de vivir, el viejo hombre que está viciado conforme a los de-

seos de error; y ser renovados en los deseos de nuestra mente, y vestir el nuevo hombre, que es criado conforme a Dios en justicia y en santidad de verdad."

CONVERSION Y CONSAGRACION

"Debo decir que nunca he tenido una vista tan cercana y satisfactoria de la salvación del evangelio como cuando la he contemplado a la luz de una oferta sencilla por una parte, y una aceptación sencilla por la otra."—Tomás Chalmers.

La plena consagración puede ser, en un sentido, el acto de un momento, y en otra, la obra de toda la vida. Tiene que ser completa para que sea real, y sin embargo, si es real es siempre incompleta; un punto de descanso, y no obstante una progresión perpetua. Supongamos el caso de que Ud. venda un terreno a otra persona. Desde el momento de dar las escrituras ya no es de Ud.; es ya completa posesión de él. Pero la ocupación por parte del comprador, puede ser que no se verifique desde ese momento. Puede ser que haya terreno baldío que vaya cultivando sólo poco a poco... Es justamente así, con nuestras vidas. La transacción, por decirlo así, de entregarlas a Dios, es definida y completa. Pero entonces comienza el desarrollo práctico de la consagración."—Francisca Ridley Havergal.

III.

CONVERSION Y CONSAGRACION

NOS parece que estos dos hechos en nuestra historia espiritual son con frecuencia extrañamente confundidos. Hacemos una distinción radical entre ellos. En la conversión recibimos; en la consagración damos; en la una aceptamos la vida eterna de Dios; en la otra, nos ofrecemos a nosotros mismos, rindiéndonos completamente a Dios; en la una, nos apropiamos la obra que Cristo ha hecho por nosotros; en la otra, cumplimos la obra del Espíritu en nosotros. Con frecuencia se aconseja a los investigadores que den su corazón a Cristo, o que se consagren al Señor. No quiséramos criticar demasiado a los que quieren hacer bien; pero realmente esto no es el evangelio. La buena nueva de la gracia, es que Dios nos ha dado la vida y la redención eterna por su Hijo, y que para ser salvo el pecador, no tiene nada que hacer sino aceptarla. ¿Por qué han de suplicar a uno que dé, cuando no tiene nada aceptable que traer?

"Más bienaventurado es dar que recibir;" y el Señor que sólo es digno, toma para sí esta bienaventuranza más alta, y pone toda la raza de pecadores no regenerados en el lugar de recibidores impotentes y dependientes.

"Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito." (Juan 3 : 16).

"La dádiva de Dios es la vida eterna." (Rom. 6 : 23).

"Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella." (Ef. 5 : 25).

"A todos los que recibieron, dióles potestad de ser hechos hijos de Dios." (Juan 1 : 12).

"El que quiere, tome del agua de la vida de balde." (Apoc. 22 : 17).

"De la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo." (Col. 2 : 6).

Pero habiendo recibido la dádiva de Dios y sido hechos participantes de su gracia por la conversión, entonces y por lo tanto, empieza a pesar sobre nosotros la obligación divina de servirle. El Señor se hace un suplicante luego que nosotros nos hacemos recipientes. "De la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él." (Col. 2 : 6); que corone la consagración a la conversión, que corresponda la consagración del creyente a Cristo, a la consagración de Cristo al pecador. ¿Se ha fijado el lector en las palabras significativas "*así que*" de aquella demanda ardiente de la consagración con que comienza el capítulo doce de los Romanos? Justamente un momento antes se ha hecho la pregunta, "¿O quién le dió a él primero, para que le sea pagado?" Si hubiéramos primero dado algo a Dios, podríamos esperar algo en pago. Pero, por el contrario, lo hemos recibido todo de él—"porque de él, y por él, y en él son todas las cosas." Y este es el motivo por el que debemos entregar a él todo lo que tenemos. "Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro racional culto."

Un amor demanda otro. Si Dios ha demostrado su amor para con nosotros, dando a su Hijo para que muriera como sacrificio por nuestros pecados, demos-

tremos nuestro amor dándonos a nosotros mismos para vivir como un sacrificio diario por él. "Dándonos a nosotros mismos," decimos. El sacrificio propio puede ser limitado de dos maneras. Podemos dar nuestras posesiones, en lugar de darnos a nosotros mismos; o podemos darnos a nosotros mismos al servicio de Dios, en vez de darnos a Dios mismo. En uno y otro caso nuestro sacrificio es imperfecto y nuestra consagración es deficiente. Tenemos que rendirnos a él, que se rindió a sí mismo por nosotros, antes de que Cristo pueda ser "todo y en todo." ¿No hemos visto a personas que dan su dinero para la caridad con la idea de que su dádiva de alguna manera santificaría al dador y le haría aceptable al Señor? Pero Dios exige nuestras personas antes de pedir nuestros bolsillos. Hemos de presentarle nuestros "cuerpos", y haciendo eso, le damos nuestras posesiones. Porque el cuerpo es el "templo del Espíritu Santo," y Jesús nos dice que es el templo lo que santifica el oro, que no el oro lo que santifica el templo. La dedicación, pues de uno mismo, debe preceder a la dedicación de los bienes y posesiones. Este es el orden divino reconocido por el apóstol, con tanto agradecimiento, al manifestar su gratitud por las dádivas de los cristianos de Macedonia. Porque, haciendo mención de las riquezas de su bondad, añade, "Y no como lo esperábamos, mas aún a sí mismos se dieron primeramente al Señor, y a nosotros por la voluntad de Dios." (2 Cor. 8 : 5). Y por este motivo declara que ministró el Evangelio de Dios a los gentiles, para que ellos, siendo renovados por el Espíritu fuesen idóneos para dar en el Espíritu, "para que la ofrenda de los gentiles sea agradable, santificada por el Espíritu Santo" (Rom. 15 : 16). Y la idea opuesta es igualmente verdadera—que debemos dedicarnos a nosotros

mismos al Señor; no meramente a algún trabajo para el Señor, el cual pueda absorber en sí mismo el interés y celo que debería ser dado a su persona divina.

Ahora bien, no hay nada más claro que el hecho de que el cristiano recibe poder de Dios, justamente en la proporción en que se rinde a Dios. Si preguntamos como es esto, la respuesta es fácil. No es porque Dios guarda cuentas estrictas con el cristiano, dando tanta gracia por tanto sacrificio, tanto poder por tanta humildad. Es por la acción de una ley necesaria, por lo que sucede así. Sabemos que, en el cuerpo humano, la privación de cualquiera de los sentidos sólo intensifica el poder de los que restan. Si, por ejemplo, se pierde la vista, el tacto y el gusto se hacen, por ello, mucho más agudos. Sucede exactamente lo mismo entre los tres factores de nuestro ser humano—cuerpo alma y espíritu; lo que cualquiera de los tres renuncie, es puesto al crédito de los otros, y aumenta su fuerza. Es por eso que el ayuno ayuda a la comunión—siendo negados los apetitos carnales para que los apetitos espirituales fuesen despertados a más ardientes deseos. De esto resulta la fuerza de la demanda de que presentemos nuestros cuerpos como un sacrificio vivo. Nosotros habríamos dicho, “cuerpos y espíritus”, y muchos aumentan así la exhortación. Pero no es así. Que sea entregado el cuerpo para que el alma sea enriquecida, reprimidos los deseos carnales, para que los espirituales sean engrandecidos—el hombre carnal, en una palabra, sacrificado al espiritual.

Hemos visto esta divisa significativa en un sello antiguo—la efigie de una vela ardiendo, y debajo de ella la inscripción, “Doy luz consumiéndome.” Esto es el verdadero símbolo de la devoción cristiana—dando luz, entregando nuestra vida a Aquel que nos amó—consu-

miéndonos el celo de la casa de Dios mientras proporcionamos iluminación al mundo.

Y esto nos conduce a presentar urgentemente lo que creemos es de suma importancia en este asunto—esto es, que hagamos que nuestra consagración sea un acontecimiento definitivo, final e irrevocable, en nuestra historia espiritual. No nos basta que diga uno que cree en Jesucristo; necesitamos un acto decisivo y confesado de aceptación. Y de la misma manera no estamos satisfechos en instar a nuestros lectores a que meramente consagren su vida; queremos insistir en el valor de un acto solemne, definido y trascendental de consagración. Que se haga con la mayor deliberación y después de un examen propio, atendido con mucho oración; que se busque con sumo cuidado el sello de la aceptación de Dios; que sea final en el sentido de ser irrevocable; pero iniciatorio en el sentido de ser la introducción a una nueva vida—una vida que pertenece desde entonces del todo a Dios, para ser pasada donde él quiera; para ser empleada como él quiera; para ser acabada cuando él quiera. ¡Ay! ¿quién es suficiente para semejante compromiso? Pero muchos lo han hecho, y encontramos en ellos una demostración viva de su valor.

En la historia espiritual de George Whitefield tenemos un ejemplo notable de semejante consagración, definitiva y completa. Juntamente con los Wesleys en el “Club Santo” de Oxford había procurado con mucha oración y mortificación propia, una obra más profunda del Espíritu, en su corazón. Había pasado días enteros luchando con Dios por la bendición. Encontró lo que buscaba, y, al tiempo de su ordenación estaba preparado para entregarse sin reserva a Dios. Habla así de esta experiencia:

"Cuando el Obispo puso las manos sobre mi cabeza, si mi mal corazón no me engaña, ofrecí todo mi espíritu y alma y cuerpo para el servicio del santuario de Dios. Venga lo que viniere, la vida o la muerte, la profundidad o la altura, desde ahora viviré como uno que, en este día, en la presencia de los hombres y los ángeles, ha tomado el santo sacramento bajo la profesión de ser interiormente movido por el Espíritu Santo para tomar sobre sí, aquella ministración en la iglesia." "Puedo poner los cielos y la tierra como testigos de que, cuando el Obispo puso su mano sobre mí, me entregué para ser un mártir por el que fue colgado en la cruz por mí. Sabidos de Dios son todos los acontecimientos y contingencias futuras. Me he arrojado con los ojos vendados, y confío sin reserva en sus manos todopoderosas."

Tal fue su voto de consagración a Dios, y debe confesarse que toda su vida subsiguiente dió testimonio de su sinceridad. Y ¿en qué vida habrá sido más notablemente manifiesto el poder de la consagración? No aludimos meramente a su elocuencia seráfica, sino a los resultados inmediatos y salvadores de su predicación. Juzgamos que otros predicadores han producido impresiones tan poderosas sobre sus congregaciones—Bossuet, Roberto Hall, Chalmers, y otros muchos. Pero aquella penetración, como de un relámpago, de la palabra hablada que parte los corazones de los hombres, y descubre sus pecados, y les saca las lágrimas del arrepentimiento—aquí está la prueba del poder. Y desde el primer sermón de Whitefield, cuando quince personas fueron poderosamente convencidas, hasta el último, este fue el resultado uniforme de su ministerio. Juan Newton narra de él que en una sola semana recibió nada menos mil cartas de personas que estaban

angustiadas de conciencia por su predicación. Seguramente esto no fue el fruto de su "oratoria graciosa" que fue tan admirada de Franklin y Chesterfield; sino de aquella virtud de lo alto que es prometida a los que están dispuestos a quedarse en Jerusalem hasta que estén investidos de ella. Cuán significativa es la descripción del Apóstol, de la predicación efectiva: "Nuestro evangelio no fue a vosotros en palabras solamente, mas también en potencia, y en Espíritu Santo, y en gran plenitud." (1 Tes. 1:5).

Palabras encendidas y ardientes con el fuego de la excitación intelectual, pueden despertar, conmover y vencer, hasta tal grado, que el efecto parece cosa sobrenatural. Pero la inteligencia y el Espíritu Santo no deben confundirse. El grado más bajo de la inspiración, sobrepuja con mucho, al alcance más sublime del ingenio. Conmover a un oyente es una cosa; hacer que se postre un oyente a los pies de Jesús, es otra muy distinta. El primer efecto es "en palabra solamente"; el segundo es "en potencia y en Espíritu Santo." Y el último resultado lo hemos visto efectuado con frecuencia, por el lenguaje más sencillo y por los instrumentos más humildes. Pero ¿cuán sutil y elusiva es "la potencia"! El que la desee para hacerse grande, no puede alcanzarla, así como Simón el Mago no podía comprarla con dinero. ¿Cuántos siervos de Dios han apagado el Espíritu, por su gran deseo de brillar! ¿Con cuánta frecuencia ha salido del púlpito el que ganaba almas, por haber entrado el orador y arrogádose todo el espacio para sí! Por lo tanto, el retórico no puede enseñarnos el secreto. Puede aturdirnos solamente en palabra. La consagración por la cual nos ponemos completamente en las manos de Dios, para ser sujetos a su voluntad y movidos por su Espíritu, es el único camino al poder.

Por supuesto, como hay repartimiento de dones por el mismo Espíritu, las manifestaciones de la energía espiritual, serán muy distintas.

Escogeremos un ejemplo que es del todo distinto del que acabamos de considerar. Esteban Grellet, el santo cuáquero, fue investido de poder extraordinario, como testigo de Cristo. En dos hemisferios dió un testimonio adecuado, con una sabiduría maravillosa, tanto a los que moraban en palacios como a los que vivían en las chozas de los esclavos; a los que habitaban en las suntuosas casas eclesiásticas y a los que languidecían en las cárceles, y no obstante no menos apropiado a las reuniones periódicas de los Amigos, a las grandes asambleas de católicos romanos, y Protestantes, en Europa y América." El suyo fue preeminentemente un ministerio de amor. La palabra en la boca de Whitfield era una espada aguda y de dos filos que penetraba y hería para la vida eterna. De los labios de Grellet esa palabra destilaba como el rocío, aún como "el rocío de Hermón, que desciende sobre los montes de Sión: porque allí envía Jehová bendición, y vida eterna."

Si preguntamos de dónde venía este extraño encanto que él arrojaba sobre los corazones humanos para que se abrieran irresistiblemente a sus palabras, a pesar de las preocupaciones y las severas tradiciones, la respuesta se halla fácilmente. Fue el amor de Dios obrando divinamente en uno que se había entregado para ser guiado de Dios; en uno que, como escribió en la última página de su diario, había aprendido el hábito de "procurar con ojo sincero, manifestar al Espíritu Divino." Este buen hombre había tenido su Pentecostés, bendito e inolvidable, desde donde fechaba una nueva investidura de poder. Refiriéndose al tiempo y lugar de esta transacción dice:

"Allí se complació el Señor, de una manera humillante y memorable, en visitarme de nuevo y consolarme. Había ido al bosque, que en ese lugar es de pinos muy altos y grandes; y estando mi mente retirada interiormente delante del Señor, se complació en revelarme su amor a mí por medio de su bendito Hijo, mi Salvador, de tal manera que en ese tiempo fueron quitados muchos temores y dudas; las heridas de mi alma fueron sanadas; mi luto fue vuelto en gozo. Me visitó con el manto de alegría en lugar del espíritu angustiado, y me esforzó para que me ofreciera de nuevo libremente a él y a su servicio, para toda mi vida. Anda tú, oh alma mía, en aquella senda que tu bendito Maestro ha pisado antes de tí, consagrándola para tí. Ten voluntad también de morir para ti mismo, a fin de que puedas vivir por fe en él."

Aquí tenemos una vida que constituyó una especie de exposición viva de aquel texto, "Siguiendo la verdad en amor." Y, por estar acostumbrados nosotros a medir la potencia por su demostración exterior, nos da una lección muy instructiva. Dos elementos químicos que en sí mismos son muy suaves e inocuos, con frecuencia tienen energía prodigiosa, al ser combinados. Así sucede con el amor y la verdad. Los que predicán el amor solamente, son con frecuencia los más débiles y menos efectivos testigos de Cristo. Los que predicán sólo la verdad, con frecuencia demuestran la debilidad de una ortodoxia sin alma. Pero la verdad en el amor es vital, penetrante, y tiene la fuerza dinámica que buscamos. Fijaos cómo Pablo, el apóstol de la verdad, y Juan el apóstol del amor, se corresponden y se suplementan sobre este punto. "Siguiendo la verdad en amor," escribe el primero. "Al muy amado Gayo, al cual yo amo en verdad," escribe el segundo. El

amor proveyendo la atmósfera de la verdad, el medio por donde brilla, y por el cual es transmitido; y la verdad prestando su gravedad y restricción al amor, y así prohibiendo que se vuelva en una tolerancia negligente y confusa; esta es la combinación que da la potencia verdadera. "La gracia se derramó en tus labios: por tanto Dios te ha bendecido para siempre." La gracia que obliga el lenguaje suave; la gracia que imparte la unción celestial; la gracia que está investida con "la fuerza irresistible de la debilidad," esto es el verdadero secreto de la eficacia divina,—pero no es sino la mitad del secreto. "La gracia y la verdad por Jesucristo fue hecha." Que Dios nos conceda una conformidad con Cristo y una separación del mundo, que nos facilitarán el apoderarnos de estos dos dones. Entonces estará abierto delante de nosotros, el camino de la potencia, y podremos realizar el bello ideal del testigo fiel: "tiene los ojos elevados al cielo, el mejor de los libros en la mano, y la ley de la verdad escrita en sus labios; su ocupación es conocer y explicar cosas oscuras a los pecadores; y una corona pende sobre su cabeza."

Que no se suponga, sin embargo, que la vía de la consagración está exenta de sacrificios y peligros. El que se encamina en esta dirección, está seguro de encontrar al adversario a cada paso. Al momento en que el creyente se adelanta de una manera resuelta hacia la santidad, en ese momento el malo se adelanta para hacerle una resistencia desesperada. El Pastor Blumhardt, —que en esta generación ha efectuado tan grandes conquistas por la oración y la fe,—pone énfasis especial sobre este punto, diciéndonos que "el que ignora las astucias y dolos del enemigo, no hace más que herir al aire, y el diablo no le teme." Que estudie el lector la

vida de este hombre notable, si quiere aprender qué posibilidades de potencia espiritual están todavía a nuestro alcance. En medio del racionalismo helado de la Universidad de Tubingen, había un joven corazón que ardía con el fuego de Petecostés, y entregándose en consagración diaria, se preparaba para dar al mundo una demostración viva de las cosas que los eruditos de esa Universidad se habían propuesto negar. Le vemos levantando a los enfermos por sus oraciones, echando fuera demonios, y trayendo al arrepentimiento a comunidades enteras. Pero Satanás estaba siempre a su derecha para resistirlo. "Interesándome a favor de uno que estaba poseído de un demonio," escribe, "me envolví en un conflicto tan terrible contra las potestades de las tinieblas, que no me es posible describirlo." Fíjate, lector mío, en este pasaje. Tiene un significado amplio. Cuando se ha de hacer algo extraordinario para Cristo, las profundidades del infierno serán conmovidas para resistirlo. Las señales del tintero de Martín Lutero sobre las paredes del castillo de Wartburg no son las de una superstición lastimosa. Aquí está un hombre que ha de sacudir a toda la Europa con un avivamiento, y ¿dónde sobre la tierra, o debajo de la tierra hay tanta probabilidad de que Satanás haya de concentrar sus fuerzas como en la celda de este monje? El Hermano Martín no está tirando su tintero a un fantasma, cuando lo echa al diablo. Es muy necesario decir algo sobre este punto; porque todos los que aspiran a la santidad serán acometidos sin falta, de tentaciones y conflictos peculiares; y es natural pensar que éstos sean indicaciones de que se haya entrado en terreno peligroso, cuando con frecuencia no son sino evidencias de que estamos entrando en terreno más elevado.

Aquella mujer extraordinaria en quien fueron combinadas tan hermosamente la inspiración y la aspiración, Francisca Ridley Havergal, comenta alegremente un texto familiar de la Escritura—"He aquí os doy potestad de hollar sobre las serpientes y los escorpiones, y sobre toda fuerza del enemigo." "Esto es magnífico," escribe ella, "potestad sobre toda la fuerza del enemigo." Justamente donde él está más fuerte, allí ellos prevalecerán. No sobre sus puntos débiles, sino sobre el mero centro de su poder; no sobre su potestad aquí y allá, sino sobre toda su potestad. Y Jesús lo dijo. "¿No basta para animarnos a entrar en la batalla?" Animaba a su propio corazón escribiendo estas palabras. ¿Qué senda tan alta de espiritualidad era la que ella anduvo! ¿Ha notado el lector de su biografía, el secreto de su carrera consagrada? Se halla en la misma experiencia de que hemos hablado en otras partes; de una consagración definida y sin reserva a Dios. Esta es la historia escrita por ella:

"En el domingo del Advenimiento de Diciembre de 1873, vi claramente por primera vez la bendición de la verdadera consagración. La vi como un rayo de luz eléctrica; y lo que se ve nunca puede negarse. Tiene que haber una rendición plena, antes de que pueda haber una bendición plena. Dios te admite por medio de la una, en la otra. El mismo me enseñó esto muy claramente. Sabes qué extrañamente me ha sido negado el privilegio de concurrir a las convenciones y conferencias; las enseñanzas de los hombres tienen, pues, poco que ver con el asunto. Primero se me dió a entender que la sangre de Cristo, su Hijo, limpia de todo pecado; y en seguida se me hizo claro que el que me había limpiado así, tenía poder para guardarme limpia; por tanto me entregué del todo a él y confié

completamente en que me guardaría."

En la literatura y en la vida sirvió a su generación, muy efectivamente. Sus obras son difundidas con un hermoso brillo de salud espiritual; y al leer sus libros de poesía sagrada, honrados con una circulación casi sin precedente, nos preguntamos si alguien en nuestros días, habrá hablando más directamente al corazón del hombre o revelado más directamente el corazón de Dios. Y así se nos enseña de nuevo la potencia de una vida santificada.

Al tratar así de actos especiales de consagración, quisiéramos interponer una amonestación contra pactos escritos con Dios. Rendirnos a él plenamente es una cosa; comprometernos a hacer y a sufrir ciertas cosas por él, es otra muy distinta. La naturaleza divina dentro de nosotros puede tener fuerzas para cumplir con semejantes votos; pero la naturaleza humana es insolvente, y todas sus promesas no son sino el pagaré de uno que está en bancarrota. Y esta naturaleza es todavía un socio en la compañía que hace el contrato, justamente como nuestro Señor lo declaró tan solemnemente a vista de las faltas y deserción de sus discípulos. "El espíritu a la verdad está presto mas la carne enferma." El Dr. Doodridge recomendó hacer un pacto escrito con el Señor. "Haz un pacto firmado y sellado de que en tal día y mes y año y en tal lugar, después de plena consideración y reflexión seria, felizmente llegó a resolverse, que hagan lo que quisieren los otros, tú servirás al Señor." El excelente Samuel Pierce de Birmingham, siguió este consejo al principio de su vida cristiana. Escribió una solemne liga y pacto con Dios, y para hacerlo más firme abrió una vena de su brazo y lo firmó con su propia sangre. Pero encontrando que dentro de poco había completa-

mente quebrantado esta sagrada promesa, se desesperó, y sólo encontró alivio rompiendo el documento y esparciéndolo a los vientos, para confiar desde entonces en "la sangre del testamento eterno."

No afirmamos que semejante método no puede ser útil en ningunas circunstancias. Puede serlo a veces. Parece haberlo encontrado así, Juan Federico Oberlin, el pastor devoto y apostólico. De todos modos es otro ejemplo de la influencia de una consagración definida y entera. Que se lea el cambio admirable verificado por su ministerio, en la conducta y la condición de su pequeña grey en Waldbach en la Francia Septentrional; o se medite en la exquisita historia de la huérfana, Luisa Schepler, que fue tan impresionada por la santidad y abnegación manifestadas en la vida de este buen pastor, que pidió el privilegio de servirle sin sueldo o galardón, mientras viviera. La clave de su extraordinaria potencia puede encontrarse sin duda en un documento que fue dejado entre sus escritos. Es largo, pero copiamos un párrafo que contiene su sustancia:

"En el nombre del Señor de los ejércitos, hoy renuncio a todos los señores que en otro tiempo hayan tenido dominio sobre mí; a los placeres del mundo en los que tanto me he deleitado y a todos los deseos carnales. Renuncio a todas las cosas que perecen, a fin de que Dios constituya mi Todo. Consagro a Ti todo lo que soy, y todo lo que tengo; los talentos de mi mente, los miembros de mi cuerpo, mi fortuna y mi tiempo. Dame la gracia, oh Padre de las misericordias, para emplearlo todo para tu gloria, y en obediencia a tus mandamientos. Porque ardiente y humildemente deseo ser tuyo por toda la eternidad. Si te pluguiese hacerme en esta vida un instrumento para conducir a otros a tí, dame la fuerza y el valor para declarar abiertamente

tu nombre. Y ayúdame no sólo a dedicarme yo a tu servicio, sino a persuadir a mis hermanos a que se dediquen a Él también." (1)

Srasburgo, 1 de Enero de 1760.

Renovado en Waldbach el 1 de Enero de 1770.

Hemos citado suficientes ejemplos para exhibir la relación íntima y segura que existe entre la consagración personal y la potencia espiritual. Pero en todo lo que hemos dicho hemos afirmado que el Espíritu Santo es el Santificador y Sellador de esta consagración. Nuestro Señor Jesucristo es en esto, como en todas las cosas, nuestro Modelo y Ejemplo. "Por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en verdad." (Juan 17-19). Ejemplo, hemos dicho. Es más que esto—es nuestra vida. Es su naturaleza divina obrando en nosotros, la que sólo puede efectuar esta gran transacción. Obró en, y por el Espíritu Santo en su consagración—"El cual por el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios." (Heb. 9:14). ¡Cuánto más tenemos nosotros que depender de esa divina influencia! Necesitamos al Espíritu para que por Él busquemos al Espíritu, la consagración de Cristo para que por ella nos consagremos, y el supremo don de Dios, el Consolador para que por Él nos demos a Dios. Oh Espíritu Santo, que haces de nuestro cuerpo tu habitación, consagra aquel donde tú moras, a fin de que sea "vaso para honra, santificado, y útil para los usos del Señor, aparejado para toda buena obra."

SALVACION Y SELLADURA

“La fe nos salva; ¿pero cómo?—dándonos a conocer a Cristo, quien salva. La fe no hace las cosas sino que nos las muestra como son en Cristo. Ciertos sistemas dan énfasis al lado subjetivo más grande que el espíritu del hombre puede en todo tiempo soportar; sacando todas las cosas de las profundidades de la conciencia individual como si las verdades no estuvieran allí absolutamente, hasta que son manifestadas a nosotros. Bienaventurados somos, si Cristo mirando allí puede encontrar reflejada allí su propia imagen, por más indistinta que sea; pero nosotros debemos mirarle a él, al sol en los cielos, no al sol en el riachuelo, que es su reflejo quebrado y variable.”—Dora Greenwell.

“Si podemos entender cómo Cristo fue sellado, sabremos cómo nosotros somos sellados. La selladura de Cristo por el Padre fue la comunicación a él, del Espíritu Santo en toda su plenitud, autorizándole para todos los actos y deberes de su oficio y utilizando su potencia divina en ellos, de modo que le era la evidencia de Dios y de su apropiación de él. Así al sellar Dios a los creyentes, los reconoce como suyos y les da al Espíritu Santo, para prepararlos para sus relaciones, y para habilitarlos para el desempeño de sus deberes, para obrar conforme a sus nuevos principios, y de todas maneras desempeñar el trabajo a que son llamados. Les da al Espíritu de potencia—de amor—y de templanza.”—Juan Owen.

IV.

SALVACION Y SELLADURA

LA FE en la promesa y en la persona de Jesucristo, es lo que nos asegura la salvación; la investidura del Espíritu Santo es lo que nos da potencia para trabajar por la salvación de otros. La palabra de que dependemos para la primera bendición es, “De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna;” la palabra de que dependemos para la otra bendición es, “Recibiréis la virtud del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros.” Y encontramos en la Escritura que hay dos sellos para atestiguar estas dos promesas: “El que recibe su testimonio, éste signó que Dios es verdadero.” Juan 3 : 33.

“Desde que creísteis fuísteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa.” Efe. 1 : 13.

Muy sencilla y hermosa es la fe que es descrita en el primero de estos textos. Creer lo que dice Dios con respecto a su Hijo, es el primer requisito para obedecer el Evangelio. La fe cree sencillamente lo que Dios ha declarado, y acepta lo que ha hecho para nosotros, por la redención hecha por su Hijo. Y aquí se ve la distinción clara entre aquel que cree y el que no cree. Dios ha dado testimonio a su Hijo de que es el Cristo. ¿Quién es mentiroso sino el que niega que Jesús es el Cristo?” pregunta Juan; pero “Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios.” (1 Juan 2 : 22, 5 : 1)

dice el mismo apóstol. Tal es la gran sima entre la fe y la incredulidad. También Dios ha declarado que tenemos vida en su Hijo, y solamente en él. "Y éste es el testimonio: Que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo." (1 Juan 5 : 10, 11). Pero también dice la Escritura: "El que no cree a Dios, lo ha hecho mentiroso, porque no ha creído en el testimonio que Dios ha testificado de su Hijo;" pero por el contrario "el que recibe su testimonio, éste signó que Dios es verdadero."

Pues bien, no podemos dar demasiado énfasis al hecho de que es la fe en el Hijo de Dios, y solamente la fe, por la cual somos salvos. La emoción puede obrar muy poderosamente en conexión con la obra del Espíritu en nosotros; pero es la fe solamente, la que puede apropiarse para nosotros la obra de Cristo. Y de ninguna otra manera podemos honrar tanto a Dios como tomando su promesa, "Todo aquel que cree en el Hijo tiene vida," e imprimiendo en ella el sello de su fe—Esto es cierto." No por haberlo probado o sentido, sino por haberlo dicho Dios, estamos seguros de ello. ¿No te he dicho que si creyeres, verás la gloria de Dios?" pregunta Jesús. Nosotros habríamos dicho, "Déjame ver primero, y luego creeré. Pero la fe no es nunca tan sencilla y genuina como cuando es ciega, y no tiene nada de qué depender, sino la palabra de Dios. La fe y la razón son semejantes a las dos divisiones de un reloj de arena; la una puede estar llena, solamente cuando la otra está vacía. Es decir, que la fe es más genuina cuando no tiene nada de pruebas o razón en qué descansar, sino que basa absolutamente en el testimonio del Señor; y es de menos valor cuando cree solamente por demostraciones claras. Lo que de evidencia o de emoción, pues, entre como prueba, resta

otro tanto de la sencillez de la fe y de nuestra plena anticipación en la bendición. "Bienaventurados los que no vieron, y creyeron." (Juan 20 : 29). Las Escrituras afirman y vuelven a afirmar que el que cree en el Hijo tiene vida eterna—la tiene, esto es, en germen y embrión, así como tiene la cosecha el que tiene la semilla de que brota. En efecto, las palabras de la Escritura son llamadas "la simiente incorruptible." Recibir y dar crédito a la palabra de Dios, con respecto a su Hijo es, por lo tanto, recibir la vida o la regeneración. "Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios, que vive y permanece para siempre." (1 Ped. 1 : 2).

Así, en el principio, fueron aquellos que "recibieron gozosamente su palabra" los que fueron bautizados y añadidos a la iglesia. Todo esto hace muy enfático el deber de que vamos hablando, el de sellar las promesas de Dios con nuestro cordial y confiado amén. Y recomendaríamos una fe que aún parece audaz, como la del valeroso covenantario, Roberto Bruce, que, muriendo, suplicó que su dedo fuese colocado en una de las promesas fuertes de Dios, como si quisiera retar al Juez de todo, con ella, al entrar en su presencia. Parados cara a cara con la Palabra, no podemos tener demasiado valor.

Hay todavía otra selladura que se menciona en las Escrituras, que es el suplemento de ésta, como un testimonio divino al hecho de nuestra aceptación. "En el cual también desde que creísteis, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa," dice Pablo, escribiendo a los Efesios. Hay muchas alusiones en la Escritura a esta transacción, y el tenor general de estas referencias indica que es una investidura especial del Espíritu, subsiguiente a la regeneración del Espíritu que se

verifica cuando cree uno. Tal es la ilación en la Epístola a los Corintios, donde el apóstol, dirigiéndose a los que han sido establecidos en las promesas de Dios, agrega, "El cual también nos ha sellado, y dado la prenda del Espíritu en nuestros corazones." (2 Cor. 1 : 22). Así como nuestra fe autentica la promesa del Señor, poniéndole nuestro amén, el Espíritu Santo ahora nos autentica como hijos de Dios, dándonos las primicias de nuestra herencia, que son el gozo, certidumbre, dirección y fuerza del Consolador que mora en nosotros. Sobre esto se apoya la solemne amonestación en la Epístola a los Efesios—"No contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual estáis sellados para el día de la redención." (Efe. 4 : 30).

Aunque hay mucho que es misterioso y difícil de comprender en este asunto, creemos que podemos sacar más luz con respecto a él, del ejemplo y experiencia de Jesucristo, que de otra parte alguna, por ser él, el modelo de sus hermanos en todo. "Porque a éste selló el Padre, es a saber, Dios." (Juan 6 : 27). Esto se refiere evidentemente a lo que sucedió en su bautismo. Vamos a las riberas del Jordán para ver la transacción divina y lo que la sigue. En saliendo él del agua, vemos al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y venía sobre él; se oye una voz desde el cielo que dice, "Este es mi Hijo amado en el cual tengo contentamiento;" Jesús "lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán;" "fue llevado del Espíritu al desierto;" después "volvió en virtud del Espíritu;" y entrando en la sinagoga se aplica a sí mismo las palabras del profeta, "el Espíritu del Señor es sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres." (1 Luc. 4 : 1-20).

Esta fue la investidura o selladura del nuestro Se-

ñor, como preparación para su servicio público. ¡Y! qué lección tan impresiva es para nosotros que, aunque era el Hijo Divino de Dios, no obstante desde entonces hizo todas las cosas por el Espíritu; desde el principio de su ministerio cuando dijo, "Por el Espíritu de Dios echó fuera los demonios," hasta el fin cuando "por el Espíritu Eterno, se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios." Ahora fijaos cómo toda característica de la selladura del Señor, es reproducida en la de sus discípulos después de que el Espíritu Santo ha venido sobre ellos. Ellos también tienen la certidumbre de ser hijos; "el mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu, que somos hijos de Dios." (Rom. 8 : 16). Son también guiados divinamente, "porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, los tales son hijos de Dios." (Rom. 8 : 14). El mismo Espíritu mora en ellos; "y fueron todos llenos de Espíritu Santo." (Hech. 2 : 4). Son investidos con la misma energía; "recibiréis la virtud del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros." (Hech. 1 : 8). Tienen la misma unción divina; "la unción que habéis recibido de él, mora en vosotros." (1 Juan 2 : 27).

Aquí por cierto está un sello para el Maestro y para el discípulo, puesto que todas las líneas y facciones de las dos impresiones, corresponden exactamente. En el caso de Jesucristo esta transacción fue una investidura distinta y divina para su ministerio público. ¿Será así con sus discípulos? Ciertamente fue así con los primeros discípulos. El mismo acontecimiento que sucedió al Señor en el Jordán, sucedió al cuerpo de los creyentes el día de Pentecostés. Ambos fueron bautizados con el Espíritu Santo. "¿Ha de ser perpetuamente repetido, pues, el día de Pentecostés?" se nos preguntará. Respondemos, "¡No! y ¡Sí!" Como la

inauguración del ministerio del Espíritu en la iglesia, no puede repetirse. En ese día el Espíritu Santo en su presencia permanente y personal entró en la iglesia para guiarla, dirigirla e inspirarla, desde entonces, durante esta economía. Así como la Navidad era la encarnación de la segunda Persona de la Trinidad, cuando el Verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros, así el Pentecostés fue una especie de encarnación de la tercera persona, cuando el Espíritu Santo vino a habitar en el cuerpo de los creyentes, de modo que cada cristiano es ahora un "templo del Espíritu Santo y toda la iglesia es una morada de Dios en Espíritu."

Desde que se verificó este maravilloso acontecimiento, la morada y lugar del ministerio del Espíritu Santo, está aquí sobre la tierra, justamente como la actual residencia y lugar de intercesión de Jesucristo, está en el cielo, a la diestra de Dios. Por esto no necesitamos rogar que el Consolador sea enviado a la tierra, porque está aquí, tan verdaderamente como Cristo estuvo aquí en los días de su humillación. Pero aunque esto es cierto, debemos acordarnos de que la presencia del Espíritu es una cosa, y la potencia y plenitud del Espíritu, es otra. Cuando Jesús envió a los setenta para su ministerio de gracia dijo: "He aquí os doy potestad," (Luc. 10 : 19) y luego los invistió con sus propias prerrogativas divinas de predicar, sanar y echar fuera demonios. Así el Espíritu que está ahora presente en la iglesia, da potestad para el servicio, a los que le buscan. En este sentido, la experiencia de Pentecostés puede repetirse. Es todavía nuestro privilegio pedir el bautismo del Espíritu; esperar hasta que seamos "investidos de potencia de lo alto." Y estudiando cuidadosamente los Hechos de los Apóstoles, creo que veremos que esta experiencia es algo muy distinto, de la

regeneración, siendo nada menos que la investidura del creyente con una especial energía y eficiencia divinas para desempeñar la obra de Dios. "¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis?" (Hech. 19 : 2) pregunta Pablo a ciertos discípulos en Efeso. Creyentes y discípulos eran éstos por cierto; pero esto no produjo la certidumbre de que habían recibido la virtud del Espíritu. Al contrario, les faltaba esto, hasta que por la imposición de las manos de Pablo "vino sobre ellos el Espíritu Santo"; entonces "hablaban en lenguas extrañas y profetizaban." Después del día de Pentecostés, oímos a Pedro instando a sus oyentes a que busquen "el don del Espíritu Santo," añadiendo, "porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare." De modo que como los discípulos del Pentecostés, podemos venir apoyándonos en una promesa explícita, al pedir la plenitud, virtud y presencia del Consolador.

Habremos notado cómo casi toda gran conquista de la predicación y del trabajo, narrada en los Hechos, es introducida por las palabras, "lleno del Espíritu Santo." (Hech. 4 : 8, 13 : 9; Efe. 5 : 18). En esta narración de la historia de la iglesia primitiva, tenemos la autobiografía, si nos es lícito decirlo así; o mejor dicho, el primer capítulo de tal autobiografía. Son los hechos del Espíritu, conmoviendo y esforzando a los hombres, los que leemos aquí. ¿No se han desarrollado ningunos capítulos de este libro en tiempos más modernos? Que respondan a esta pregunta las vidas de unos santos modernos. Consideremos sus oraciones privadas y sus conquistas públicas; y preguntémosles si no tendremos en estos cristianos modernos, un facsimile de la selladura y las obras admirables de los primeros discípulos.

Creemos que la selladura es el lado divino de la consagración—la señal dada por Dios de su aprobación y aceptación de nuestra rendición a él. Cuando el alma se ofrece como la cera blanda y plástica, puede estamparla con su anillo de sellar, señalándola así, como su posesión peculiar, y apartándola para su propio uso peculiar, hasta el día de la redención. Con frecuencia el acto de sellar se efectúa sin ser observado o reconocido de parte del sujeto. Sus características son visibles—la certidumbre de adopción, potencia en el testimonio, el gozo del Espíritu Santo, y el sentido bendito de pertenecer del todo al Señor. Estos constituyen la signatura de la obra del Espíritu, sobre el corazón. Pero la operación misma puede ser que fuera completamente silenciosa y no observada. Por otra parte, en muchas vidas cristianas esta transacción divina ha sido muy distintamente notada. Ha sido señalada y hecha memorable para siempre, por una experiencia consciente y definida.

El diario de Jonatán Edwards exhibe de una manera extraordinaria los distintos grados de la obra del Espíritu en el corazón. Su conversión fue señalada claramente; y en un período más tarde se señaló nada menos, distintamente, su consagración y separación a Dios. Escribe así de una hora sagrada:

“Una vez paseándome a caballo en los bosques, por mi salud, en el año 1737, habiéndome apeado del caballo en un lugar retirado, como ha sido mi costumbre, para andar a pie entregado a la contemplación y oración, tuve una visión que para mí era extraordinaria, de la gloria del Hijo de Dios, como Mediador entre Dios y el hombre, y de su amor y gracia admirables, grandes, llenos, puros y dulces; y de su condescendencia mansa y suave. La gracia que aparecía tan serena

y dulce, parecía al mismo tiempo grande sobre los cielos. La persona de Cristo parecía inefablemente excelente, con una excelencia tan grande que absorbió todo pensamiento y concepto—la cual continuó, por lo que puedo juzgar, como una hora; y me tenía la mayor parte del tiempo, derramando lágrimas copiosamente, y llorando en alta voz. Mi alma ardía por ser—pues no sé otro modo de expresarlo—vaciada y aniquilada; yacer en el polvo y estar llena sólo de Cristo; amarle con un amor santo y puro; confiar en él; vivir por él; servirle; y ser perfectamente santificada con una pureza divina y celestial.”

Hemos oído llamar a Edwards “el Isaías de la economía cristiana,” por estar unidas en él de una manera tan admirable, la profunda sabiduría y la devoción seráfica. Por cierto aquí tenemos una escena en la vida del gran teólogo, que es muy semejante a la que el profeta ha descrito tan vivamente, como acontecida en la suya. (Isa. 6 : 1-8). Hay la misma visión sublime del Señor, el mismo enternecimiento del corazón ante su terrible pureza, y la misma consagración, en la rendición completa a su servicio. Si la selladura del Espíritu puede alguna vez descubrirse en las vidas de los santos modernos, diríamos que aquí tenemos un ejemplo conspicuo. Oyéndole predicar en Enfield poco después, cuando, hablando él, se hace tan poderosa la impresión de las cosas eternas, que los hombres se cogen de las columnas del templo, temblando ante el inminente terror del Señor, tan vivamente retratado por él, exclamamos, “Verdaderamente la unción que ha recibido, mora en él.” ¿Quién diría que, si los siervos de Cristo fueran en este tiempo llenos del Espíritu Santo y hablaran la palabra con osadía, el lugar donde están reunidos no sería sacudido?

En cuanto al gran teólogo mismo, presenta un ejemplo raro de una inteligencia bautizada. Su razonamiento es una especie de sublime adoración—un magnífico “Te Deum” convertido en argumento. El camino de su pensamiento a menudo resplandece con amor, y su amor parece siempre encontrar su expresión más alta, en la contemplación de la grandeza y gloria de Dios. Aunque otros son sojuzgados por las manifestaciones de la bondad divina, su corazón parece más enternecido y sus afectos más poderosamente encendidos, cuando medita sobre la incomparable santidad e infinita soberanía de Dios. Es un ejemplo muy impresivo de grandes potencias consagradas y ungidas.

Volviéndonos del gran teólogo a un joven estudiante, encontramos una obra semejante del Espíritu, y semejantes exhibiciones de potencia en el servicio del Señor. Santiago Brainerd Taylor había sido convertido a los quince años de edad. Seis años después experimentó una extraordinaria bendición del Espíritu. Todos sus escritos subsiguientes se refieren a esta fecha como la era más importante en su vida cristiana. Esta es su narración, un poco abreviada, de lo que sucedió entonces:

“Sucedió el 23 de Abril de 1822, mientras hacía una visita a Haddam en Connecticut. ¡Día inolvidable! ¡El tiempo y el lugar no se me olvidarán nunca! Lo recuerdo en este momento con gratitud. Por mucho tiempo había tenido el deseo de que el Señor me visitara y me llenara del Espíritu Santo—mi clamor a él era, ‘Sella mi alma para que sea tuya para siempre.’ Levanté mi corazón para que la bendición descendiera. Sentía la necesidad de algo que no poseía. Había un vacío en mí, que tenía que llenarse para que fuese feliz. Mi ardiente deseo era entonces, como había sido desde

que hice una profesión de religión seis años antes, que fuese destruido todo amor al mundo; que todo egoísmo fuese extirpado—todo orgullo desterrado—toda infidelidad quitada—todos los ídolos destronados—toda cosa hostil a la santidad y opuesta a la voluntad divina crucificada; a fin de que la santidad al Señor fuese inscrita en mi corazón; y para siempre caracterizara mi conversación. Mi mente se ocupaba de lo que sería, probablemente, mi situación futura. Pensé, que había de ser en años venideros, un ministro del Evangelio. Pero ¿cómo podré predicar en mi presente estado de ánimo? No podré—nunca; nunca podré hacerlo con placer a menos que experimente un gran cambio en mi alma. Sentía que necesitaba aquello de que por mucho tiempo, había tenido hambre y sed. Lo deseaba, no sólo para mi provecho, sino para el de la iglesia y el mundo. En esta misma coyuntura fuí deleitosamente consciente de entregarlo todo a Dios. Pude decir en mi corazón, Señor tómame; toma toda mi alma, y séllala como tuya—tuya ahora y tuya para siempre. ‘Si quisieras puedes limpiarme.’ Entonces siguieron tales emociones como nunca antes había experimentado. Todo fue calma y tranquilidad—y un cielo de amor llenaba toda mi alma. Tenía un testimonio del amor de Dios para conmigo, y del mío para con él. Momentos después me deshice en lágrimas de amor y gratitud a nuestro bendito Señor. El nombre de Jesús, me fue precioso, dulce como la música. Vino como Rey y tomó posesión de mi corazón; y pude decir, “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y vivo; no ya yo, mas vive Cristo en mí.” Que reine él en mí como Rey de reyes y Señor de señores, sin un rival, para siempre.”

El acompañamiento invariable de semejantes visitas del Espíritu, lo encontramos en toda la histo-

ria subsiguiente de este joven. Su comunión con Dios era del carácter más elevado y transformador. Parecía ser la verdad literal, que para él, el vivir era Cristo. Porque donde quiera que iba, exhibía al Señor Jesús tan conspicuamente, en su ejemplo, en sus palabras y persuasiones, que los hombres no podían resistir la potencia con que vivía y hablaba. Aunque murió a la edad de veintiocho años, sus trabajos habían sido tal bendición para su generación, que muchos siervos de Dios que han vivido hasta tener setenta años se hubiesen regocijado de dejar tras sí, semejante historia. Sus vacaciones del colegio y seminario eran pasadas en trabajos evangelísticos, y durante estas temporadas, se afanaba como un apóstol. Noche y día con lágrimas amonestaba a los hombres. Públicamente y de casa en casa, exhortaba, rogaba y oraba. Y a donde quiera que iba, parecía que los avivamientos se verificaban como si él llevara en su persona, alguna influencia irresistible y divina, y centenares en una sola población, serían convertidos durante su visita. Entre tanto, su propia alma vivía en la comunión más exultante con el Padre y el Hijo. Como Edwards, él también manifiesta que la tan memorable primera visitación divina, fue seguida por otras muchas, en que las mareas de amor celestial llenaban su alma. El gozo de aquel primer bautismo y la potencia que lo acompañó, permanecieron hasta el fin.

Sin duda la regeneración del Espíritu y la investidura por el Espíritu, son con frecuencia en una sola experiencia. Cristiana Eddy, quien probó de una manera tan extraordinaria cómo una fiel criada de casa puede ser al mismo tiempo una santa ilustre, es un ejemplo de esta experiencia. Dice ingenuamente, "En mi conversión me parecía que la Paloma reposaba en

mi corazón, y nunca me ha dejado desde entonces." Así pensaban también de tí, fiel hermana y compañera en Cristo, cuantos vieron tu santidad y fidelidad en el evangelio. Si el don de ganar para Cristo a los pecadores más duros y desesperados, y en medio de todos los desaires guardar la corona de la humildad sin mancha, no es una evidencia del bautismo y permanencia de aquel Espíritu que descendió como una paloma y reposó en potencia sobre el Señor, no sabemos dónde podría encontrarse semejante evidencia. La carrera de esta criada de Cornwall es una demostración suficiente, si se necesitara una, de que los más altos dones del Espíritu, no son solamente para el eminente teólogo y el santo muy instruido. Así también es la historia de Guillermo Carvasoun, humilde pescador en la costa de Inglaterra. No aprendió a escribir su nombre hasta que tuvo más de sesenta y cinco años de edad. Pero a los veintiún años de edad, el Señor escribió sobre él su nuevo nombre. Un año después, narra que fue ungido del Espíritu. Había perseverado en oración en lugares secretos, pidiendo que viniera sobre él la virtud del Espíritu, y el 13 de Marzo de 1772, en una pequeña reunión de oración, como él relata, le fue concedida una bendita experiencia. Dice:

"Ya sentí que yo no era nada, y que Cristo era todo y en todo. A Aquel lo recibí gozosamente en todos sus oficios—como mi Profeta para enseñarme; mi Sacerdote para hacer propiciación de mí; mi Rey para reinar sobre mí. ¡Oh qué gozo tan ilimitado hay en Cristo! y ¡todo para un pecador tan indigno como lo soy yo!"

La evidencia de que en este tiempo recibió una efusión especial del Espíritu Santo, es muy fuerte, porque desde entonces se hizo uno de los mejores pescadores de hombres que ha visto la iglesia en tiempos moder-

nos. Un bosquejo de su vida devota narra que "en una población, llamada Cambuslang, donde andaba de casa en casa, durante el día, y tenía reuniones en la noche, setecientos o más, fueron convertidos a Dios."

Hemos citado estos dos ejemplos, que podrían multiplicarse con otros muchos, para demostrar cómo los instrumentos más humildes, cuando son llenos del Espíritu, son elevados al mismo plano que los más poderosos.

Siendo introducidos algo, en la historia privada de predicadores que han tenido mucho éxito en los avivamientos, tenemos la confirmación más fuerte de la mira por la que vamos abogando en este capítulo. Casi todos ellos acarician el secreto de alguna especial visitación divina, por la cual han sido investidos de potencia para su trabajo. Hay hombres en quienes no han sido impuestas las manos para ordenarlos, cuyo éxito bien podría ser envidiado por los ministros más honrados, si se permitiera la envidia en semejante campo. La experiencia más penosa del pastor ordinario, es que su ministerio no tenga resultados directos—tantos sermones que no tienen efecto, ni hacen impresión visible. Digan lo que dijeran acerca de la potencia del púlpito para educar, los esfuerzos ministeriales deberían tener éxito espiritual. Todo buen obrero, sea comerciante, mecánico, agricultor, carpintero o estudiante, puede ver los resultados definidos de sus trabajos al fin del año. Así debe ser con el obrero que no tiene de qué avergonzarse, a quien alaban las Escrituras. Debe usar su sermón como un medio para lograr un fin definido—la conversión y la santificación de las almas—y debe entristecerse si deja de ver alcanzarse este fin. El evangelista trabaja conforme a este principio, y a menudo recoge grandes cosechas. ¿Tendrá él algún

secreto para comunicar a los pastores? A veces sí lo tiene. Nos referimos a uno que ha sido usado de Dios para volver a millares a la fe. En una ocasión de comunión confidencial con sus hermanos y colaboradores, narró esta experiencia que fue escrita mientras él hablaba:

"Fue en conexión con unos servicios evangelísticos en Escocia, en la primera parte de mi ministerio, cuando experimenté una notable visitación del Espíritu de Dios. Mientras predicaba una noche, cayó sobre mí una impresión tan poderosa de las realidades del mundo venidero, como nunca la había conocido antes. Me parecía como si el infierno se abriera ante mi vida, y vi la miseria de los perdidos en todo su horror indecible, mientras al mismo tiempo, el cielo me revelaba sus glorias, de modo que comprendí algo de la inenarrable felicidad de los redimidos de Cristo en la gloria. Tan poderosa fue la impresión, que me deshice en lágrimas, y a pesar de todos mis esfuerzos para restringir mi emoción, me vi precisado a retirarme de la iglesia. Postrándome lloré y me lamenté delante del Señor, porque le había amado tan poco y servido tan fríamente. Fui guiado después de un gran rato, a comprometerme en un pacto eterno. Le rogué que me tomara y me vaciara del todo de egoísmo y me llenara de su espíritu. Me le entregué para ser menospreciado, y desechado y contado por un necio por amor de él, con tal que fuese el medio así de salvar a las almas que perecían. Nunca me ha dejado la memoria de aquella hora; nunca podrá dejarme."

Trabajando en compañía de este devoto siervo de Cristo, nos ha impresionado siempre la relación fija entre los esfuerzos y los resultados en su ministerio. Con frecuencia cuando el sermón ha parecido muy mal

adaptado al fin, el efecto ha sido más grande y los esfuerzos que han parecido, humanamente hablando, los más débiles, han caído con frecuencia con poder inesperado, sobre los corazones de los oyentes. Por cierto es una reiteración de una lección que somos muy tardos para aprender, que "no con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos." Si el mensaje del predicador se hace un medio del Espíritu, en vez de una obra de arte, no será extraño que el sermón más sencillo, menos artificial y erudito, traiga los resultados más poderosos. Juan Livingstone, el digno y bien conocido escocés, dice: "Hay a veces algo en la predicación que no puede atribuirse ni a la materia ni a la expresión, y que no puede determinarse lo que es, ni de dónde viene; pero que con una dulce violencia penetra en el corazón y los afectos y viene inmediatamente del Señor; pero si hay alguna manera de obtener semejante cosa, será por la disposición celestial del predicador." No es extraño que comentara así el "a veces algo en la predicación," cuando el Señor le había conferido el gran honor de traer a arrepentimiento quinientas almas con un sólo sermón, y ese, por añadidura, fue uno que no había estudiado y apenas había meditado de antemano. Pero aquí también se ha descubierto el secreto, porque la puerta de la recámara está entreabierta, y detrás del púlpito divisamos una reunión de oración que duró toda la noche, en la que el predicador participaba—una reunión de oración con este único fin de conseguir la investidura de poder para el que había de persuadir a los pecadores al día siguiente. ¡Cuánto pesa en la balanza del éxito, el bautismo de este invisible e impalpable Espíritu de Luz! La ciencia ha perfeccionado una balanza tan delicada y susceptible, que cuando dos pedazos de papel

la tienen perfectamente nivelada, el nombre escrito sobre uno de ellos bajará inmediatamente el brazo. Así es cuando la firma del Espíritu está escrita sobre el corazón, con la selladura celestial. Es una transacción tan oculta y tan delicada, que el sujeto puede estar del todo inconsciente de ella, mientras se verifica. Pero con frecuencia ha cambiado todo el equilibrio de la vida de uno, transformando al débil en un gigante espiritual, de modo que el que ha dejado del todo de tener éxito por la energía de la carne, ha triunfado en la virtud del Espíritu.

Nos inclinamos a creer que esta investidura del Espíritu, ha sido confundida con frecuencia con la conversión, en la experiencia de hombres buenos. Cuando nos dicen que el Dr. Chalmers, o Leigh Richmond, o Guillermo Haslam predicaron el evangelio varios años antes de que fueran realmente convertidos, dudamos seriamente la declaración, aun cuando estos hombres mismos hayan expresado semejante opinión. Durante estos años habían creído realmente en Cristo Jesús y le habían confesado con la boca, y por lo tanto tenemos que pensar que si habían sido llamados del mundo, habían sido salvos. Pero todo este tiempo puede ser que les faltara el testimonio y poder del Espíritu, y por lo tanto ejercieron un ministerio comparativamente infructífero. El cambio que les sobrevino fue tan radical y tan transformador en los efectos sobre sus vidas que, no sabiendo nada de dos grados distintos de la vida cristiana, les parecía como la experiencia de la conversión; pero juzgamos que la diferencia en su ministerio antes y después de este cambio, era muy semejante a la diferencia entre el ministerio antes del día de Pentecostés, y después de ese día. En otras palabras, el acontecimiento desde que fecharon semejante

cambio en su historia espiritual era, en nuestro concepto, su investidura de poder por el Espíritu, más bien que su conversión. Esto nos parece una explicación mucho más racional y bíblica de su experiencia, que la opinión de que durante todo el período antes de este notable cambio, eran perdidos y sin parte ni suerte en la salvación de Cristo.

Damos una sola ilustración de una transacción que nos parece que pertenece a esta clase. G. V. Wigram fue muy estimado en el cuerpo conocido como "Los Hermanos," por sus dones raros y su extraordinaria consagración. Durante varios años comulgaba, y en el juicio de uno que le conocía íntimamente era "Un alma avivada;" vivía moralmente, pero sin el sentido consciente de la presencia de Cristo; cayó sobre él una noche una manifestación poderosa del Espíritu. Estaba arrodillado al lado de su cama, diciendo sus oraciones sin pensar en ellas, cuando, como él dice:

"De repente sobrevino en mi alma un algo que nunca había conocido antes. Era como si Alguno infinito y todopoderoso, sabiéndolo todo, lleno del interés más profundo y tierno en mí, aunque aborrecía todo lo que estaba en mí o relacionado conmigo, me diera a conocer que me amaba. Con la vista no vi a nadie; pero sabía seguramente que Aquel a quien no conocía yo y nunca había encontrado, me había encontrado por la primera vez, y me había hecho saber que estábamos juntos. Había una luz; ningún sentido o facultad de mi naturaleza humana la había conocido jamás; había una presencia de lo que parecía infinito en grandeza—algo del todo de una clase que era separada y suprema, y que no obstante al mismo tiempo se me daba a conocer de una manera que yo como un hombre podía completamente sentir, gustar y gozar. La Luz lo hizo todo luz,

a El mismo inclusive; pero no destruía, porque era el mismo amor, y yo era amado individualmente por él. La exquisita ternura y plenitud de ese amor, el modo en que me apropió a mí mismo para aquel en quien todo era, mientras la luz de la cual era inseparable él, me descubrió lo contrario que yo había sido, a todo lo que era luz y amor. Lloré un rato sobre mis rodillas; no dije nada; entonces me metí en la cama. El pensamiento de la mañana siguiente era: "Cómprate una Biblia." Conseguí una y desde entonces ha sido mi compañero constante."

Esta experiencia viva no la comentamos; para dar énfasis al elemento maravilloso que contiene—aunque era tan intenso que el que la experimentó se refería a ella hasta el día de su muerte, con la más profunda emoción. El hecho a que llamamos especialmente la atención, es el que desde esa hora, este hombre fue completamente entregado a Cristo. Puso a los pies de Jesús su gran fortuna, gastando millares cada año para la extensión del evangelio, no conservando nada para sí mismo, sino la porción del peregrino: el sustento y con qué cubrirse. Su don espiritual no fue el de evangelista, sino el de maestro, y en este oficio enriqueció en gran manera a todos los que recibieron su instrucción. "Su ministerio," dice un colaborador, "como las piedras preciosas en el pectoral de Aarón, brillaba con las variadas bellezas y glorias de la persona del Cristo vivo y glorificado." Y considerando que este ministerio con su consagración y luz extraordinaria, tuvo su origen en aquella sola experiencia al lado de la cama cuando se arrodilló con lágrimas delante del Señor, no parecerá extraño si escudriñamos la experiencia para descubrir, si nos es posible, su verdadera interpretación. Sin embargo, queremos decir claramente, dando a la decla-

ración el mayor énfasis posible, que no hemos narrado ningunos de estos notables ejercicios espirituales, como modelos para que fuesen copiados por otros cristianos. Sólo decimos que es preciso a veces al manifestar una verdad obscura, imprimir nuestro argumento con letras iluminadas, para llamar la atención. Después podrá leerse fácilmente aunque sea impresa con letra común. Es decir, con frecuencia se necesitan las experiencias más vitales y poderosas para impresionarnos con la realidad de doctrina; la cual una vez aceptada, podemos descubrirla en sus manifestaciones más ordinarias. Creemos que muchos en nuestro tiempo que han experimentado la selladura del Espíritu Santo, no pueden decir nada de una emoción extraordinaria en conexión con el acontecimiento. Han recibido el poder de lo alto y el testimonio en sus corazones, y sin embargo apenas saben cuando o dónde, éstos les vinieron. Sólo queremos insistir en que hay un ungimiento para el servicio que muchos de nosotros no hemos experimentado, y que es nuestro privilegio buscarlo con todo el corazón. Cuántos hay que profesan fe en Cristo y que tendrían que confesar, si se les preguntara, que nunca han conducido un alma a Cristo. Y sin embargo son verdaderos creyentes, y sin duda serán salvos al fin—salvos pero sin galardón; preparados para entrar en la vida “pero no para entrar en el gozo del Señor;” redimidos por la obra consumada de Cristo; pero no teniendo ninguna obra consumada propia, con respecto a la cual el Maestro puede decir, “Bien, buen siervo y fiel.”

A vista de la terrible posibilidad de ser encontrados en semejante condición, confiamos en que nuestros lectores, en lugar de descuidar las enseñanzas de este capítulo, y tal vez condenarlo como elevado o místico o

visionario, sean conmovidos a orar con corazón abierto y hambriento, que si hay alguna obra más profunda y alguna comunicación más poderosa del Espíritu que la que ellos han conocido, les sea concedida. Y estamos completamente seguros, de que, si semejante bendición es pedida con toda humildad y abnegación, será hallada. El éxtasis y el raptó puede ser que el Señor no tenga a bien dárnoslos; pero no son necesarios. Pero la plenitud y poder del Espíritu Santo él nos lo dará si con reverencia y paciencia lo buscamos.

LA PARTICIPACION DE HIJOS

“Siendo la adopción de hijos fundada en la resurrección, está relacionada con la perfecta justificación—la justicia perfecta—la perfecta libertad de todo lo que pudiera estar contra nosotros. Dios no podría tenernos en su presencia con el pecado sobre nosotros. El Padre no podría haber tenido en su mesa al hijo pródigo, vestido de los harapos de la tierra lejana. Podía caer sobre su cuello y besarle trayendo él todavía esos harapos. Era digno y hermosamente característico de su gracia, el que lo hiciera así; pero el sentarle a la mesa en esos harapos—eso no podría hacerse. La gracia que mostró el Padre hacia el pródigo, prevalece en la justicia que hizo entrar al pródigo para estar al lado de su padre. No habría sido gracia si el padre hubiera esperado para que el hijo se ataviara con vestidura provista por sí mismo; no habría sido justicia meterle con sus harapos; pero tanto la gracia como la justicia, brillaron con todo su respectivo esplendor y hermosura, cuando el padre salió y cayó sobre el cuello del pródigo, y sin embargo no le dió asiento en la mesa hasta que estuviera vestido y ataviado de una manera adecuada para ese puesto feliz. Dios en Cristo ha descendido al punto más ínfimo de la condición moral del hombre, a fin de que, rebajándose pudiera levantarle al punto más alto de felicidad en comunión consigo mismo.”—C. H. M.

V.

LA PARTICIPACION DE HIJOS

ES DE suma importancia que entendamos la relación exacta de estos dos hechos. No puede uno llegar a ser hijo por medio de la comunión con Dios; pero la comunión con Dios resulta de la relación de hijo. Hay tantas personas que invierten el orden divino, pensando asegurarse la aceptación para con el Padre, por la intensidad de sus ejercicios espirituales, y la consecuencia de su conducta cristiana, que es preciso aclarar bien este punto. “Mas a todos los que le recibieron, dióles potestad de ser hechos hijos de Dios, a los que creen en su nombre.” (Juan 1 : 12). “Porque todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús.” (Gal. 3 : 26). Así dice la Escritura, y así se nos enseña que es fe en Cristo, y no sentimiento en nosotros, lo que nos constituye hijos de Dios. “Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios.” (1 Juan 5 : 1). Siendo una vez establecida esta relación de hijos, por nuestra fe personal, viene a ser un hecho fijo. La comunión es variable; la relación de hijos no cambia; la comunión es cosa de grados; la relación de hijos, es absoluta. El santo más exaltado no es más hijo de Dios, que el creyente más débil e imperfecto. La diferencia entre ellos es una diferencia de comunión, y no de derecho de nacimiento. Nuestra aceptación con Dios, no descansa en la escala de nuestras emociones y sen-

timientos variables; sino que está basada sobre la vida y amor inmutable de Aquel que es "el mismo ayer y hoy y para siempre." Los que creen, pues, para la salvación, son hijos de Dios sin condiciones, y todos están exactamente en el mismo nivel de aceptación y privilegios, en la familia de la fe. Un hijo puede ser desobediente; pero no por eso deja de ser hijo de su padre; y un cristiano puede perder su gozo y certidumbre, pero no anula su derecho de nacimiento retirándole al estado de huérfano espiritual. Pero tenemos que agregar, por temor de que parezcamos inclinarnos hacia la libertad excesiva de los antinomianos, que habrá una amplia diferencia en los galardones de los hijos de Dios, en cuanto a su gozo actual, y también en su gloria futura; y esta diferencia dependerá de la comunión y fidelidad que mantengan en su andar con Dios.

Discirnamos, pues, la conexión exacta entre estos dos hechos, y demos mucho énfasis a cada uno. "Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, que seamos llamados hijos de Dios." (1 Juan 3 : 1). Si somos hijos de Dios seguramente tenemos la vida indestructible de Dios. Así es que, a pesar de los argumentos plausibles a favor de la opinión contraria, debemos todavía atenernos a la doctrina de "la perseverancia final de los santos;" o como podría expresarse con más razón, a la perseverancia del Salvador. No por tener la fe la tenacidad para perseverar hasta el fin; sino porque la fe nos hace participantes de la vida eterna que dura hasta el fin. Porque ¿cómo puede la vida eterna perecer? La adopción puede ser anulada; pero el nacimiento no puede serlo; y por esto los que han sido engendrados de Dios, no pueden morir mientras Dios viva. ¿Puede uno que ha nacido de nuevo volver a su estado de antes de nacer? "Yo les doy vida eterna; y no perecerán para

siempre, ni nadie les arrebatará de mi mano," es la promesa de Cristo. Y la encarnación y la regeneración, son los dos vínculos por los que ha asegurado esta promesa. Porque por la primera se ha hecho participante de nuestra naturaleza humana y la ha llevado hasta el cielo; y por la segunda hemos sido hechos participantes de la naturaleza divina, la cual, si fuera posible que fuésemos perdidos, tendríamos que llevarla al infierno.

Pero después del don de la relación filial, que mueve al apóstol a la gratitud exuberante, es el de la comunión. "Y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre y con su Hijo Jesucristo." En la relación filial tenemos vida; en la comunión tenemos la vida más abundante; en aquella conseguimos nuestro lugar como aceptos en el Amado; en ésta, conseguimos nuestro poder como ungidos del Espíritu Santo; de aquella depende nuestra salvación; de ésta depende nuestra santificación. Pues bien, la comunión o participación implica una correspondencia recíproca con Dios. Por medio de ella no sólo permanecemos en Cristo, sino que Cristo permanece en nosotros; no sólo pedimos, sino que recibimos; no sólo nos damos a Dios, sino que Dios se nos imparte a nosotros. Y el Espíritu Santo es el medio de esta comunión. Así como la atmósfera está entre nosotros y el sol, el elemento transparente por el cual vemos su resplandor, y por el cual su calor nos es transmitido a nosotros, así el Espíritu Santo media entre nosotros y Cristo. "Tomará de lo mío y os lo hará saber," dice Jesús. Aquí tenemos un lado—la comunicación a nosotros de la vida, amor y gozo del Señor. "El Espíritu pide por nosotros." (Rom. 8 : 26). Aquí tenemos el otro lado—la comunicación al Señor, de nuestras necesidades y pesares, nuestras alabanzas y confesiones. Y estas dos ideas son incluidas en la

plena comunión con Cristo.

Para establecer esta comunión nos valemos antes que todo de las Escrituras que son el órgano del Espíritu Santo. Y es muy importante que veamos que el medio más directo e inteligible, es la palabra de Dios. La meditación, la contemplación, la aspiración—éestas son ejercicios muy vagos y nada satisfactorios cuando se usan solas. El pensamiento, como la enredadera, necesita una espaldera en la que pueda subir, para que se levante hacia el sol. Necesitamos la palabra de Dios como un apoyo, a fin de que podamos pensar los pensamientos de Dios. Y estamos seguros que la comunión más substancial y satisfactoria que podemos tener con el Señor, es la que se logra de esta manera.

El Rev. Guillermo Haslam, el bien conocido evangelista, refiriéndose a aquella extraordinaria crisis de su ministerio cuando consiguió el poder del Espíritu Santo dice:

"Llegó a mis manos un libro que me interesó muchísimo. Lo leí y volví a leerlo, e hice un sumario de él. Era la 'Vida de Adelaide Newton.' Lo que en él me impresionó tanto, fue encontrar que esta señora pudo tener comunión espiritual con Dios por medio de una Biblia sola. ¿Es posible, pensé yo, tener comunión tan íntima con el Señor aparte de la iglesia y sus ministraciones? No vacilo en decir que esto fue el medio por el favor de Dios, de quitarme una de las vendas sepulcrales que me quedaban, dejándome en libertad espiritual."

La señora a quien se refiere era una de las excelencias de la tierra en quien creemos que el Señor se deleitaba. Sus exposiciones de los Hebreos y del Cantar de Salomón, son unos de los mejores ejemplos del estudio piadoso que conocemos. En ellas vemos que el afecto y la meditación suben al Señor en los escalones de las pro-

mesas y preceptos. Y a medida que leemos, aprendemos el verdadero secreto de la comunión. La contemplación no sostenida, pronto se causa; pero la que sube a Dios sobre la "scala sancta" de la Escritura, renueva sus fuerzas a cada paso. Anda sobre una escalera tan firme, que nunca vacila y se aturde; y así se libra de los peligros del fanatismo y de los sueños piadosos. "Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos," (Isa. 55:9), dice el Señor. No podemos pues alcanzar los pensamientos de Dios, sólo por la meditación y reflexión. Podemos detenernos toda la noche en los campos como lo hizo Jacob, pero a menos que conozcamos las Escrituras, no tenemos la escalera cuya cabeza toca en el cielo, y por la cual los ángeles puedan subir y descender.

Y después de los pensamientos escritos de Dios, serán de utilidad para ayudar a la comunión, las meditaciones espirituales de sus santos. Cada creyente necesita la ayuda de todos los demás para que comprenda hasta algún grado, a Dios. "Para que podáis bien aprender, con todos los santos, cual sea la anchura y la longura y la profundidad y la altura, y conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento," es la oración ferviente del apóstol. Cada hijo de Dios tiene alguna visión y comprensión de la voluntad y gloria del Padre, que otro puede pasar por alto. Y necesitamos la suma de todo el conocimiento cristiano para que alcancemos el principio de lo que "excede todo conocimiento."

A veces nos ha parecido que es uno de los frutos más tristes del cisma en la iglesia, el que ha engendrado una especie de codicia de la verdad y el amor. Los cristianos tienen sus doctrinas favoritas como en una es-

pecie de monopolio espiritual; amando la verdad por la distinción que pueda darles, como el avaro ama su oro, en lugar de amarla por la bendición y gozo que pueda dar a otros cuando les sea impartida. Para encontrar la ayuda más alta en la comunión, debemos estar dispuestos a dar todo lo que tenemos, sin restricción; y a recibir de todos los que hayan adquirido alguna riqueza de verdad, por más retirados de nosotros que estén, en cuanto a sus relaciones eclesiásticas. Cumplimos con nuestra sugestión, tomando prestado de uno de quien tenemos que confesar que es un verdadero santo, aunque le encontramos en un cuerpo apóstata. Fennelón, encerrado dentro de los límites de una iglesia estrecha y exclusiva, deprecaba lo que llama "la avaricia de la oración," y no menos la avaricia de la comunión. Con una caridad muy comprensiva exclama:

"¡Ah! cuán bendito fuera ver 'todas las cosas comunes' tanto de la mente como del cuerpo, y que cada uno ya no opinara que su pensamiento, sus opiniones, su ciencia, su luz, sus virtudes, sus sentimientos nobles, eran suyos propios. Es así como los santos en el cielo lo tienen todo en Dios, y nada para sí solos. La suya es una bienaventuranza infinita y común a todos; el flujo y reflujo de lo cual causan la abundancia y saciedad de todos los benditos; cada uno recibiendo su medida, cada uno repartiendo todo lo que ha recibido. Si los hombres en este mundo entraran en esta pobreza de espíritu y esta comunidad de dones espirituales, veríamos que todas las disputas y cismas se acabarían. No podemos reformar la iglesia sin reformarnos a nosotros mismos así; entonces todos tendríamos un sólo espíritu; el espíritu de amor y verdad sería el alma de los miembros que componen el cuerpo de la iglesia y los reuniría en los más estrechos vínculos. Sería el principio de la

nueva creación; del paraíso reservado para el mundo venidero."

Probablemente sea la adquisición más alta de la oración, lograr comunicaciones reales y sensibles del Señor. ¡Cuán pocos de nosotros sabemos mucho de semejantes experiencias! Pedimos, y habiendo pronto pasado la lista de nuestras peticiones, dejamos de pedir. Sabemos poco de aquel importuno "No te dejaré si no me bendices." Y al leer por ejemplo, que el Obispo Andrewes pasaba casi cinco horas al día en oración y devoción; o que Juan Welsh pensaba que había pasado mal el día si no gastaba ocho o diez horas en oración secreta, lo ponderamos con asombro, si no con incredulidad; y nos preguntamos cómo podría uno orar tanto tiempo sin caer en repeticiones vanas. Por lo que sabemos, lo que estos hombres buscaban era la comunión. No meramente pedían algo de Dios perseverando en sus ruegos, hasta vencer su repugnancia. Buscaban el contacto, comunión, unidad de mente y voluntad con el Señor; miraban el rostro del Santo, a fin de que así se llevara adelante la transformación divina a su semejanza; procuraban con paciencia alcanzar aquello para lo cual fueron también alcanzados de Cristo Jesús; echando mano a Dios para que Dios echara mano a ellos. Haríamos bien en buscar el secreto de semejante comunión, o al menos ser vivificados por él, para ser más dados a la oración. Nuestras intercesiones descuidadas son reprendidas por un pasaje como éste, de la vida de aquel excelente covenantario Roberto Bruce. Dice Juan Livingstone:

"En una ocasión fui a Edimburgo para verle en compañía con el tutor de Bonnington. Cuando pasamos a su casa a las ocho de la mañana nos dijo que no estaba dispuesto a ver compañía; y en siendo instado a decir-

nos la causa, respondió que al acostarse tenía una buena medida de la presencia del Señor; pero que había luchado como una hora o dos antes de que viniéramos nosotros, pero que todavía no había conseguido acceso; y así le dejamos."

Aquí tenemos un pedacito de historia espiritual tan antigua y extraña, que casi necesitamos un intérprete para traducirlo al dialecto de la experiencia común. Cuántos cristianos han orado por años sin procurar conseguir "acceso," o aún sabido que semejante cosa era posible!

Una comunión, como ya hemos dicho, en la que algo es impartido de Dios a nosotros, así como algo es pedido a Dios por nosotros, debe procurarse de continuo. ¿Será posible para el Señor, por el Espíritu Santo, hacer comunicaciones directas e inteligibles a nuestros Espíritus, instruyéndonos con respecto a los deberes, e iluminándonos claramente tocante a su voluntad? Por cierto, cristianos que han procurado descubrir en las tablas de la conciencia la voluntad de Dios, con frecuencia han sido engañados y se han equivocado mucho. Este hecho debe admitirse y notarse para nuestra amonestación, así como debe hacerse con el hecho suplementario de que las Santas Escrituras son el manual principal de instrucciones acerca del deber cristiano. Pero hay emergencias cuando necesitamos direcciones más minuciosas y específicas de las que pudieran contenerse en un libro tan general. Y ciertamente el Espíritu Santo da éstas, a los que esperan. Pero ¿cómo? Diríamos que lo hace generalmente por la dirección providencial. Si procuramos con sumisión y humildad ser guiados por el Espíritu, seremos conducidos por él, aunque no sepamos el camino de antemano. Es decir, el Espíritu dentro del creyente, le inclinará a ir por

el mejor camino más bien que decirle distintamente en su oído interior, "éste es el camino; andad por él." El autor de la Teología Germánica, manifiesta acertadamente esta idea correcta, aunque de una manera un poco extremada cuando dice que uno que es guiado del Espíritu está "tan poseído del Espíritu de Dios, que no sabe lo que hace o deja de hacer, y no tiene poder sobre sí mismo; sino que la voluntad y espíritu de Dios; tienen dominio sobre él, y obra, hace y deja de hacer con él y por él, lo que Dios quiere."³ Además de esto tenemos que creer que a las almas obedientes y humildes, el Maestro a veces habla en tonos distintos, por el Espíritu. Pero este privilegio se da solamente al que se haya retirado de todas las cosas exteriores para estar presente con el Señor; solamente los oídos hechos divinamente sensitivos por mucha comunión con Cristo, pueden oír este "silbo apacible y delicado" que se hace sentir en las profundidades del corazón.

Para instruirnos sobre este punto, dirijámonos a una sola maestra. Catarina de Sena, aquella perla de piedad y pureza que brilló tan conspicuamente en medio de la corrupción del siglo catorce, nos ha dejado varios capítulos de su "Diálogo" con Dios. Explica que el Salvador no se comunicaba con ella por medio de palabras, sino por impresiones tan distintas e incuestionables, que pudo después escribirlas. A aquellos que dudan de la realidad de semejantes comunicaciones, dice bien su biógrafo: Id y procurad vivir una vida de oración tal como ella la vivía, y entonces, y sólo entonces, podéis tener aún una sombra de derecho o algún derecho de juzgar del trato de esta alma con Dios. "Leyendo la historia de su vida santa, de su consagración tan sencilla y tan libre de las supersticiones de su período, estamos dispuestos a pensar que hay tanta probabili-

dad de que Dios hablara con ella, como con cualquiera otro a quien pudiéramos mencionar. Y volviendo a amonestar contra las meras impresiones, no obstante podemos preguntar: si "el Espíritu dijo a Felipe: Llégate y júntate a este carro;" y si "dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo," ¿por qué no puede el mismo Espíritu hablar, hoy día a cristianos que están viviendo bajo la misma economía?

En un tiempo Catarina había pasado tres días en un retiro solitario, pidiendo más plenitud y gozo en la presencia divina. Pero en vez de recibir esto, le parecía como si todas las legiones de las tinieblas hubieran sido soltadas en su alma, llenándola con pensamientos blasfemos y sugerencias malas. La batalla se hizo desesperada, estaba muy oprimida con temor, hasta que al fin el Salvador le apareció a ella y esparció las huestes de las tinieblas y le puso en libertad:

"Ahora una grande luz parecer descender desde arriba llenando el lugar donde estaba arrodillada, con resplandor celestial. Los diablos huyeron y el Señor Jesús conversó con ella. Catarina le preguntó, 'Señor, ¿dónde estabas tú mientras mi corazón estaba tan atormentado?' 'Estaba en tu corazón,' respondió. 'Oh Señor, tú eres la verdad eterna,' respondió ella, 'y me inclino humildemente ante tu palabra; pero ¿cómo puedo creer que tú estabas en mi corazón, cuando estaba llena de pensamientos tan detestables?' 'Estos pensamientos ¿te dieron placer o pena?' preguntó el Señor. 'Una pena y tristeza sobre manera grandes,' respondió ella; a quien contestó el Señor—'Estabas en pesar y tristeza por estar yo en medio de tu corazón. Fue mi presencia la que hizo que esos pensamientos te fuesen insupportables. Tú luchaste para rechazarlos, porque te llenaron de horror, y por no tener éxito, tu espíritu estaba

agobiado de dolor. Habiendo pasado el período que yo había determinado para que durara el combate, envié los rayos de mi luz, y las sombras del infierno fueron dispersadas, porque no pueden resistir esa luz.'"

Aquí se halla una lección muy vital para los creyentes. Porque no sólo tenemos una ilustración del trato tierno y lleno de gracia, que es posible, entre el santo y su Salvador, sino que también tenemos una amonestación saludable. No es improbable que la hora de la más santa comunión sea hecha la "hora y la potestad de las tinieblas," por las incursiones del Espíritu Malo. El cristiano descuidado y sencillo, bautizado en el espíritu que ahora obra en los "hijos de desobediencia," y viviendo en comunión con el dios de este mundo, no está en peligro de ser asaltado por el Malo. Son los que procuran la más alta consagración, los que tendrán las tentaciones más fuertes. ¡Cuán instructivo para nosotros es, que el primer capítulo en la experiencia del Salvador después de su bautismo con el Espíritu Santo, empieza con las palabras, "Y Jesús lleno de Espíritu Santo, fue llevado por el Espíritu al desierto por cuarenta días, y era tentado del diablo." (Luc. 4:2). Que no se sorprenda pues, el cristiano, al encontrar que su hora de oración privada sea perturbada por la intrusión de pensamientos y sugerencias malas. El lugar de oración secreta, es la Termópila del reino de Dios; y el que, con oración y ayunos procura tomar con violencia el reino del cielo, hallará a los espíritus malos reunidos allí, con toda su potencia para resistirle. Bunyan nunca escribió palabras de más profunda significación que éstas; "Entonces vi que había un camino para el infierno aun desde las puertas del cielo." Pero Aquel a quien oramos es fiel, y no nos dejará ser tentados más de lo que podemos llevar; antes dará también

juntamente con la tentación, la salida, para que podamos aguantar." (1 Cor. 10 : 13).

Con el acceso más cercano a Dios vendrá el gozo del Señor, llenando el alma hasta que rebose. Esto es el verdadero premio y fruto de la comunión,—un premio que no debe buscarse como un fin, pero que seguramente seguirá como un resultado. ¡Cuán difícil es persuadir aún a los cristianos, de que el gozo en Dios es la única verdadera y duradera felicidad! Muchos que realmente aman al Señor, se arrojan el derecho de templar y sasonar sus ejercicios cristianos, con entretenimientos mundanos. No insistimos en ninguna regla ascética sólo queremos recordar al cristiano que el amor a Dios, es el único amor que nunca puede ser desordenado—el único amor en el que no puede haber ninguna demasía perjudicial. En este respecto está en contraste total e inmutable con el afecto mundano. Leed esta confesión de la brillante Madama de Maintenon que hace a una amiga en el apogeo de su esplendor: "¿No ves que estoy muriéndome de melancolía, en una eminencia de fortuna que antes mi imaginación apenas podr'a haber concebido? He sido joven y hermosa, he tenido muchísimo gusto en el placer, y he sido amada universalmente. En una edad más avanzada he pasado años en placeres intelectuales; al fin he alcanzado el favor; pero te protesto, mi querida madama, que cada una de estas condiciones deja en la mente una triste vacuidad." Volved los ojos de esta bella favorita de la corte a otra señora francesa del mismo período. Madama Guyon era la mujer más menospreciada y perseguida de su tiempo—cazada, burlada, encarcelada, desterrada. Pero escribiendo de su gozo espiritual en este período, dice:

"El amor de Dios ocupaba mi mente tan de continuo y tan fuertemente, que me era muy difícil pensar de

otra cosa. Tanto estuvo mi alma absorta en Dios, que mis ojos y oídos parecían cerrarse por sí solos a los objetos exteriores, y dejar al alma a la influencia exclusiva de la atracción interior. Esta inmersión en Dios, absorbió todas las cosas hasta tal grado, que parecía colocarlas todas en una nueva relación para con Dios. No podía mirar nada fuera de Dios; miraba todas las cosas en él."

Fijémonos en lo que dicen las Escrituras con respecto a los que son sellados—"Nosotras mismos que tenemos las primicias del Espíritu." (Rom. 8 : 23). "Sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia." (Efe. 1 : 13). Esto significa que los que son llenos del Espíritu, tienen anticipadamente algo del gozo del cielo que han de tener a la diestra de Dios. Si es así, no necesitamos especular tocante a la felicidad de los redimidos. El que tiene el manejo de las primicias, sabe cómo será la cosecha tan bien como lo ha de saber cuando el grano haya sido segado y recogido en el granero. Los corazones de los redimidos en el cielo y en la tierra, palpitan con el mismo impulso, y guardan el compás de la misma armonía celestial. ¿Qué estáis mirando al cielo, pues, especulando con admiración curiosa con respecto a la felicidad de los glorificados? Colocad vuestro oído sobre el corazón del santo que está en plena comunión con Dios, si queréis saber lo que es el gozo beatífico. El cielo existe en miniatura en toda alma que está en comunión perfecta con el Señor.

Hemos hablado en otro capítulo de las visitaciones de gracia concedidas al Presidente Edwards. Estas eran acompañadas de experiencias del deleite mas seráfico—experiencias en que el peso de gloria era tal, que le hacían romper en una especie de recio llanto mientras con-

templaba el carácter de Dios. Oigamos su descripción de este placer divino:

"Alcancé de vez en cuando una dulzura interior que me arrobaba en mis contemplaciones. Esto no sé cómo expresarlo de otro modo sino que era una abstracción quieta y dulce del alma, de todos los asuntos del mundo; y a veces tenía una especie de visión o de ideas o imaginaciones fijas, de estar solo en las montañas, o en algún desierto solitario, lejos de la humanidad, dulcemente conversando con Cristo, y envuelto y absorbido en Dios."

Pero obsérvese cuidadosamente que estos ejercicios no resultaron de sueños ociosos, ni de vanas meditaciones espirituales. Fue, como él nos dice, mientras leía las Escrituras cuando su alma se elevaba tanto, y mientras su pista estaba fija en Dios cuando su corazón ardía con deleite santo. Los hombres de este mundo hablan de sus placeres; la felicidad del creyente es más intensa cuando está fuera de sí, de modo que puede gloriarse en Dios por el Señor nuestro, Jesucristo. Edwards ha dado una narración extensa y entusiasta del alto gozo religioso en otra persona de quien era él, íntimo, y quien hemos sabido después de su muerte, era su esposa, aunque él no la mienta por nombre. Podemos dar solamente unas pocas citas de esta admirable historia de felicidad. Si quisiéramos presentar un comentario vivo del sublime discurso sobre "El Deleite en Dios" escogeríamos esta historia. Es el argumento del teólogo arreglado a la música del corazón; es especialmente interesante por ser el fruto manifiesto de la ardiente consagración, y la selladura definitiva por el Espíritu. "El deseo es el amor en acción; el amor es el deseo en reposo," dice Howe. Aquí tenemos a una alma que deseaba a Dios sobre todas las demás cosas. Este

deseo se expresó en la más completa rendición; y el deleite que siguió era este deseo que hallaba descanso en su objeto supremo. "Estas experiencias empezaron," dice él, "hace como tres años en un grado muy aumentado, por una consagración extraordinaria y una renuncia del mundo." La persona había sido antes sujeta a grande inestabilidad en gracia y frecuente melancolía. Pero, dice el narrador:

"Desde aquella renuncia de que hemos hablado antes, hecha hace casi tres años, todo lo de aquella naturaleza parece ser vencido y destruido por el poder de la fe y confianza en Dios y resignación a él. La persona ha permanecido en un reposo constante y no interrumpido y gozo humilde en Dios, y certidumbre de su favor, sin una hora de melancolía, desde aquel día hasta éste. . . . Estas cosas han sido acompañadas de una paz constante y dulce calma y serenidad de alma, sin ninguna nube que la interrumpa; de un regocijo continuo en todas las obras de las manos de Dios—apareciendo las obras de la naturaleza y las obras diarias de Dios, como si estuviera en ellas una dulce sonrisa; de un acceso admirable a Dios en la oración, como si le viera, y conversara sensible e inmediatamente con él; de contestaciones frecuentes, claras, sensibles e inmediatas a oraciones; todas las lágrimas han sido limpiadas; todas las angustias y pesares de la vida, han sido olvidados, y se ha acabado todo dolor y suspiro, con excepción del pesar por pecados pasados, y por la corrupción que todavía le queda, y por no ser Cristo más amado, y Dios más honrado en el mundo; y un pesar compasivo hacia otros seres humanos; de hacer y sufrir diariamente todo por Dios, de mucho tiempo a esta parte; comiendo por Dios, y durmiendo por Dios, y sufriendo pena y molestias por Dios, y haciéndolo todo como el servicio de

amor, y así haciéndolo con alegría, paz y gozo continuos y no interrumpidos."

No hemos dado sino un extracto breve de esta narración incomparable. El lector debería estudiarlo todo, si quisiera saber cuán sobria, cuán ordenada fue esta alta comunión y cómo fue acompañada del servicio más práctico.

No necesitamos procurar altitudes más elevadas de deleite espiritual, que éstas que están aquí bosquejadas. Sin embargo, para mostrar las admirables manifestaciones que Dios hace a veces a sus hijos obedientes, podemos seguir adelante. La experiencia de la Sra. Edwards parece haber sido continua, y haber constituido, una vez alcanzada, un estado habitual, antes bien que un transporte excepcional. Pero hay cumbres más elevadas que sobrepujan a los llanos más elevados de comunión—Pisgas y Tabor espirituales a donde Dios a veces llama a sus siervos para que pueda manifestarles su gloria. No nos hará daño escuchar a los pocos así favorecidos que han sido llamados allí, aunque tengamos que desanimar a otros para que no procuren trepar tan alto. Aquella sublime experiencia del apóstol Pablo cuando estaba tan extasiado que no sabía si estaba "en el cuerpo o fuera del cuerpo," y cuando "oyó palabras secretas que el hombre no puede decir," no fue una adquisición, sino un rapto. Evidentemente no subió a ella, sino que fue levantado a ella por un soberano acto de gracia del Señor. "Fue arrebatado hasta el tercer cielo," no trepó allí; y desde esta altura eminente no podía extender la mano para llamar a sus hermanos que estaban abajo. Pero aun estas experiencias anormales pueden enseñar una lección especialmente a este siglo que es tan inclinado a descreer toda intervención sobrenatural. Para los que están ciegos y

tienen la vista muy corta, pueden abrirles vislumbres de la gloria que ha de ser revelada, que les harán tal vez levantar por un momento los ojos que miran para el suelo.

Juan Flavel era por temperamento y hábitos tan remoto al entusiasmo, como el Presidente Edwards. Pero aquí tenemos un pasaje que da, de la experiencia "de un ministro," que se sabe bien fue él mismo. Hacía un viaje solitario, y se ocupaba mucho su mente en el examen propio y la oración. Describe así lo que le sucedió:

"En todo el camino de ese día ni encontré, ni alcancé ni fue alcanzado por nadie. Yendo así su camino, sus pensamientos empezaron a aumentarse y alzarse cada vez más alto, como las aguas en la visión de Ezequiel, hasta que al fin se hicieron un diluvio. Tal fue la fijeza de su ánimo, tales las pruebas encantadoras de los deleites celestiales, y tanta la plena certidumbre de su parte en ellos, que del todo perdió el sentido y la vista de este mundo, y todos los asuntos de él, y durante algunas horas no tenía más idea de dónde estaba, que si estuviera en un profundo sueño sobre su cama." Llegando muy acabado de fuerzas a cierto manantial, "se sentó y se lavó la cara, deseando ardientemente que si era la voluntad de Dios, este fuese el lugar de partida del mundo. La muerte tenía a su vista la cara más amable que había visto jamás, con excepción del rostro de Jesucristo que la hizo así; y no se acuerda, aunque creía que estaba muriendo, de haber pensado ni por un momento en su amada esposa e hijos o alguna cosa terrenal. Al llegar a su mesón la influencia continuaba todavía desterrando el sueño. Todavía el gozo del Señor rebosaba en él y parecía ser un habitante del otro mundo. Pero dentro de unas pocas horas sintió que la marea men-

guaba, y antes de la noche, aunque quedaba serenidad celestial y una dulce paz en su espíritu, que continuó por mucho tiempo con él, sin embargo había pasado el éxtasis del gozo, y su deleite estaba moderado. Muchos años después llamaba a aquel día, uno de los días del cielo, y afirmaba que por él entendía más de la vida del cielo, que por todos los libros que había leído o los discursos que había oído acerca de él."

No menos exaltada es una experiencia de Pascal, descrita por él en un escrito que por mucho tiempo llevó consigo. El Dr. Alexander lo llama "una de las producciones más seráficas del lenguaje humano." En verdad la visitación descrita parece haber sido tan indecible, que no puede expresarse plenamente. Su gozo y éxtasis quebrantaron los límites del lenguaje y se expresaron en lágrimas. Tan irresistible es la inundación de gozo y éxtasis que sólo pudo describirla con frases interrumpidas tales como gozo—gozo—lágrimas—lágrimas; "joie—joie—pleurs—pleurs!"

Pero estas ilustraciones son suficientes para manifestarnos las posibilidades exaltadas de la comunión con el Señor. El grado de nuestro gozo y comunión será variable; pero sea cual fuere el grado, estemos seguros que semejante contacto íntimo con el Señor, es de valor inestimable. La comunión con el Impecable es el único medio seguro de exterminar el pecado. Mirando la faz de Cristo y viendo la iluminación de la gloria de Dios que resplandece allí, seguramente se acabará en nuestros corazones el encanto de los objetos mundanos. "Efraim dirá: ¿Qué más tendrá ya con los ídolos? Yo lo oiré, y miraré." (Ose. 14 : 8). Dannecker, el escultor alemán gastó ocho años en producir un rostro de Cristo; y al fin esculpió uno en que las emociones de amor y pesar estaban tan mezcladas, que

cuantos lo vieron lloraron. Después cuando le suplicaron que empleara su grande talento en una estatua de Venus, respondió, "después de mirar por tanto tiempo el rostro de Cristo, ¿les parece que pueda ahora poner mi atención en una diosa pagana?" Aquí se ve el verdadero secreto de dejar los ídolos mundanos, "el poder expulsivo de un nuevo afecto."

La separación del mundo, y la separación para Jesús, y para la buena participación con todos los santos de todas las edades que están en Cristo—esto es el fruto de la verdadera comunión.

"Oh Dios Todopoderoso, que has unido a tus escogidos en una comunión y participación en el cuerpo místico de tu Hijo Jesucristo nuestro Señor: concédenos la gracia para seguir a tus benditos santos en toda conversación virtuosa y piadosa; que podamos alcanzar esos goces indecibles que tú has preparado para los que te aman en sinceridad; por Jesucristo nuestro Señor. Amén."

JUSTICIA Y SANTIDAD

“La gran maravilla del evangelio, el gran triunfo de la redención, es que Dios pueda declarar justos a los que personalmente no son justos; que pueda justificar al pecador, no considerándole un guardador de la ley, sino aún mientras le juzga un quebrantador de la ley. No es que, siendo justificados por la vida de Cristo sobre la tierra, somos salvos por el derramamiento de su sangre; sino que siendo ya justificados por su sangre, seremos salvos de la ira por él, como ahora resucitado de la muerte.”—Roberto Anderson.

“La verdadera santificación, es el resultado de la unión del alma con el Santo Jesús, el primero e inmediato receptáculo del Espíritu santificador; de cuya plenitud sus miembros, por virtud de su unión con él, reciben la influencia santificadora. La otra es el mero producto del espíritu propio del hombre, que, sea lo que tenga o parece tener de la materia de la verdadera santidad, sin embargo no se origina de los principios-sobrenaturales o los altos designios y fines de ella, porque, trayendo su origen del egoísmo, vuelve a desembocar en el mar muerto del egoísmo, y queda tan vacía de la verdadera santidad, como lo está la naturaleza, de la gracia. Los que tienen esta santidad espúrea son como los barqueros comunes que se sirven de sus propios remos, mientras el navío destinado para la tierra de Emanuel, viaja con el viento del Espíritu.”—El Estado Cuádruple, Tomás Boston.

VI.

JUSTICIA Y SANTIDAD

LA justicia viene antes de la Santidad en el orden de la redención, siendo aquélla imputada a nosotros a causa de nuestra fe, y la otra impartida a nosotros por la operación del Espíritu Santo. La manera en que somos hechos santos nos es dicha en la siguiente Escritura: “Mas al que no obra, pero cree en aquel que justifica al impío, la fe le es contada por justicia.” (Rom. 4 : 5). Es una palabra dura para que la reciba el hombre natural; y aun el cristiano a veces la ha dudado, y procurado mitigar su aparente falta de razón, arguyendo que es por la justicia de Dios impartida, y no por su justicia imputada, por lo que somos justificados. Esto significaría que somos aceptos a Dios por nuestro carácter personal; pero las Escrituras declaran que somos “Aceptos en el Amado.” Esta teoría exigiría que fuésemos hechos realmente justos por Cristo, antes de que pudiésemos ser justificados; pero la Biblia afirma que “Cristo nos ha sido hecho por Dios sabiduría, y justificación, y santificación, y redención.” (1 Cor. 1 : 30). En otras palabras, entendemos que la palabra de Dios enseña que el pecador es justificado por la justicia de Cristo que le es imputada, y que, siendo justificado es santificado gradualmente por la justicia de Dios que le es comunicada gradualmente.

Podemos ver, pues, la distinción entre la justicia y la

santidad, porque debe haber una distinción, puesto que del nuevo hombre se declara que es criado "en justicia y santidad de verdad." La primera es puesta sobre el pecador cuando cree, de modo que es completamente justificado; la segunda se va engendrando dentro de él, mientras sigue creyendo, hasta que esté santificado del todo. El sol primero viste la yerba muerta del campo con una vestidura de luz, cubriéndola y envolviéndola con su calor; y luego, poco a poco el verdor, la frescura, y la belleza son evocados del tallo seco, al paso que la luz es transmutada en vida. En esto tenemos un verdadero símbolo de la justificación y la santificación. ¿Tropiezas en la doctrina de la imputación? Pero "si la yerba del campo que hoy es, y mañana es echada en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe?" La justicia con que Dios se viste como con un vestido, ésta él pone sobre el pecador, como la primera dádiva de su gracia perdonadora, para cubrirle y envolverle, y en seguida, poco a poco, por la influencia del Espíritu, "la hermosura de la santidad" es desarrollada en su corazón, en pureza, mansedumbre, humildad y amor, hasta que "ni aún Salomón con toda su gloria fue vestido así como uno de ellos." La justificación nos da nuestro título al cielo; la santificación nos da la idoneidad para el cielo.

Creemos que debe insistirse especial y enfáticamente, en el deber de la santidad práctica. Hay demasiados cristianos que se contentan con estar salvos, sin pensar sino muy poco en el deber de los santificados. Si alguno es movido a cultivar la santidad, es muy probable que sea detenido de perseguirla por las exageraciones y fanatismos con que la doctrina ha sido colmada en nuestros tiempos. ¿A cuántos oídos sugiere la expresión "la santidad práctica" la idea del perfeccionismo.

"Un pámpano degenerado de una vid extraña," nos parece éste. La vid extraña es la doctrina de que la regeneración es "un cambio de naturaleza," en vez de ser la comunicación de la naturaleza divina. Si la naturaleza humana puede ser mejorada ¿por qué no puede ser santificada? Y si es así ¿por qué no puede alcanzarse la perfección en la carne? Pero por creer que el hombre carnal es incapaz de sujetarse a la ley de Dios, opinamos que el creyente nunca alcanzará la perfección, hasta que se haya desvestido de este tabernáculo. Es cierto aún ahora, que el cristiano no está en la carne; entonces será cierto que la carne no está en él, sino que el Espíritu del Señor le llenará completamente y le santificará del todo.

Pero ¿no exige Dios la perfección cuando dice "Sed pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto" (Mat. 5 : 48). ¿No exige y manda la santidad diciendo, "Sed santos, porque yo soy santo?" (1 Ped. 1 : 16). Y ¿nos exige lo que no podemos hacer? Mirando esta cuestión por su lado humano, basta responder que ningún hombre, con excepción de nuestro Emanuel impecable, la ha cumplido jamás; y mirándola por el lado divino, es claro que si Dios manda alguna cosa, debe ser que manda la perfección—y si demandara menos que esto, no sería Dios. Pero mirando los dos lados, y procurando reconciliar las demandas de Dios con la capacidad del hombre, observamos dos hechos, es a saber, que en la vida y las enseñanzas de Jesucristo tenemos el modelo de la perfección impecable; "bello como el cielo, y—triste es decirlo,—tan remoto como él"; tanto que sobre él se ve la inscripción, "Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis;" y debajo de él esta otra inscripción, "Y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Pa-

dre, a Jesucristo el justo." (1 Juan 2 : 1). La perfección es el mandamiento perpetuo de Dios, puesto que no puede exigir menos; el perdón es su provisión perpetua, puesto que podemos alcanzar tan poco.

La santidad se entenderá muy imperfectamente, si la estudiamos como un atributo meramente abstracto. Podemos aprender más con respecto a su naturaleza y su secreto viendo sus manifestaciones en las vidas de aquellos santos que la han exhibido más claramente. Valiéndonos de nuevo de la figura de la luz, sabemos que un rayo del sol puede entenderse verdaderamente sólo cuando es refractado, pasándolo por un prisma para separar sus muchos colores. Así mismo el rayo puro y blanco de la santidad divina, tiene que pasar por vidas humanas, y ser analizado y reproducido en virtudes humanas, antes de que pueda ser comprendido realmente por nosotros. Y así pasamos de la teología a la biografía—de la idea de la santidad a la consideración de sus manifestaciones personales en los santos de Dios.

Si siguiéramos el orden cronológico al escoger los ejemplos de la vida santa, empezaríamos con tales nombres como los de Bernard, Francisco de Asís y Tomás Kempis. Toda alabanza queríamos tributar a estas almas devotas—más dignas de nuestro encomio porque su luz brilló en medio de densas tinieblas y corrupción. Si el gran explorador ártico fue conmovido hasta verter lágrimas al encontrar una violeta solitaria floreciendo debajo de un banco de hielo, una vida hermosa en medio de la muerte universal, nuestros corazones no se afectan menos al ver estos verdaderos santos que vivieron tan exclusivamente para Dios, en medio de la desolación de la corrupción y de la apostasía papal. No obstante en todos ellos hay rasgos de ascetismo y supers-

tición que los hacen en muchos respectos modelos imperfectos. Sí. Su piedad necesita traducirse a nuestro dialecto protestante antes de que sea adaptada completamente para nuestra imitación; y hay mucho de mórbido y fantástico en su santidad, que necesita ser eliminado, para que sea práctica.

Entre los santos que han vivido excelentemente para Dios ¿dónde podríamos encontrar un ejemplo más ilustre que en el carácter de Samuel Rutherford, de quien se dice con verdad, que "buscaba la santidad con tanta perseverancia y ahinco como los otros hombres buscan el perdón y la paz?" "Sobre las campanillas de los caballos: SANTIDAD A JEHOVA "dice el profeta; y mientras este hombre santo sube hacia Dios en su carro de alabanza, parece que oímos todas las notas en la música argentina de la pura adoración—amor, gozo, esperanza, y obediencia, y todos mezclados en el 'Santo, Santo Señor Dios Todopoderoso.'" Dudamos que tales palabras de afecto divino, hayan sido escritas por otros dedos no inspirados, semejantes a las que él emplea al manifestar las excelencias de Emanuel. Léelas, alma que quisieras ser encendida con anhelos divinos, cuando tu amor ya hace mucho que está frío. La dulzura del Paraíso está en ellas; el gozo del cielo está en cada acento. Escuchad:

"Hermano, por una nueva experiencia puedo hablarte de Cristo. ¡Oh! si tú vieras en él, lo que yo veo! Un río de los gozos invisibles de Dios ha pasado por mi alma desde que me separé de tí. Te exhorto a la comunión con Cristo, cada vez más comunión. Hay cortinas que pueden descenderse en Cristo, que no hemos visto, y nuevas revelaciones de amor en él. No tengo esperanza de llegar hasta el límite de ese amor; tan múltiple es. Por lo tanto cava profundamente y suda, y trabaja y

afánate por él; y dedica a él cuantas horas del día puedas; con el trabajo se ganará."

La consagración es el verdadero fruto de la santa comunión con el Señor. Por lo tanto, cada vez que los afectos se encienden, cada vez que se logra entender más del corazón de Cristo, se suscita el deseo de consagrarse completamente. Cansado de trazar su propio camino y hacer sus propios planes, dice:

"¡Ay de mí! Traficar de una manera equivocada y pueril con aquella Perla sin igual, aquella Joya del cielo, la Joya de los deleites del Padre, me ha causado grandes pérdidas. ¡Ojalá que me tomara prestado a mí y mis posesiones, y pusiera su nombre en todas mis obligaciones y se hiciera heredero de la pobre y miserable porción que tengo, haciéndose responsable él mismo, del talento! Gozosamente pondría a Cristo en mi lugar para dirigirlo todo, quedando yo sólo como un siervo para hacer mandados, y obedecer sus mandatos; que sea yo su heredero interdicto."

Hasta un grado nada común anhelaba el corazón de este buen hombre, la venida del Rey en su gloria. Su experiencia en este respecto, puso un profundo sello a las palabras del apóstol, "Sabemos que cuando él apareciere, seremos semejantes a él, porque lo veremos como él es. Y cualquiera que tiene esta esperanza en él, se purifica, como él también es limpio." (1 Juan 3 : 3). El corazón es tan ciertamente depurado bajo la influencia de esta bendita anticipación, como el lino es blanqueado por los rayos del sol. La santidad es tejida en los afectos, mientras el amor continúa el dulce comercio entre el alma que suspira por la impecabilidad, y Aquel que "la segunda vez sin pecado será visto de los que lo esperan para salud." Practica, lector mío, esta tan descuidada gracia apostólica; educa el ojo de la fe "en

el hábito de mirar hacia arriba todo el día, y sacar rayos del rostro reconciliado." Esperar al Hijo de Dios, del cielo, fija nuestra posición sobre la tierra, y nos da esa verdadera separación y espiritualidad que son tan esenciales a la vida santa. El que ha aprendido a decir, "Mas nuestra vivienda es en los cielos, de donde también esperamos al Salvador," (Fil. 3:20). Tiene una buena razón por no hacer tesoros en la tierra. Esta bendita esperanza ha encendido los corazones de los santos, en los fervores más altos y sacado de las lirás de los poetas la música más exaltada. Se apoderó tanto de Rutherford, que le hizo vivir y obrar como un habitante del cielo, más bien que como un ciudadano de la tierra. Oíd los anhelos de su corazón por el Rey de gloria:

"Esperad sólo un poco, y, antes de mucho aquella hermosa y amable persona, Jesús, vendrá en las nubes, colmado y cargado de gloria. ¡Oh! ¿dónde nos encontraremos? ¿Cuánto resta para que amanezca el día de las bodas? ¡Oh, dulce Señor Jesús, da pasos largos! ¡Señor mío, vence las montañas en un solo paso! Amado mío, sé semejante al gamo o al cabrito de los ciervos sobre los montes de separación. Ojalá que doblara los cielos como un abrigo viejo, y traspalara el tiempo y los días fuera de su camino, y alistara con prisa a la esposa del Cordero para su Esposo. Desde que me miró, mi corazón no es mío, se ha huído al cielo con él."

No era una santidad de día festivo, ni de manos dobladas y de corazón lleno de sueños, ésta del "Seráfico Rutherford." Deseaba la salvación de las almas como el corazón de Cristo, y se afanó por su salvación día y noche. Si no decía como el apóstol, "Deseaba yo mismo ser apartado de Cristo por mis hermanos, los que son mis parientes según la carne," declaraba de continuo

que su alegría y regocijo sería doblado por toda alma que condujera a Cristo. A su cara grey de Anworth escribe: "Me es testigo el cielo que vuestro cielo sería dos cielos para mí, y vuestra salvación, dos salvaciones." ¡Excelentísimo modelo de santidad! ¡Cómo son conmovidos nuestros corazones por imitar su ejemplo!

Si pasamos desde Escocia hasta Francia, y estudiamos una vida que era en parte contemporánea de la que acabamos de considerar, encontramos un tipo de consagración muy contraria en su carácter. La piedad de Rutherford era extática; la de Madama Guion era mística; aquel, saliendo de sí mismo, acudió al Cristo sobre el trono en las nubes; ésta se internó en sí misma buscando a Cristo en las profundidades de su conciencia. Puesto que las Escrituras usan las palabras, "Cristo en vosotros la esperanza de gloria," podemos estar seguros que el último método no es del todo erróneo, aunque por faltarnos a nosotros una visión clara puede exponernos a peligros serios. Es una experiencia natural que las almas encuentren alivio yendo en una dirección opuesta a aquella en que han encontrado angustia y pesar. Y no extrañamos que, habiendo estado ocupado por tanto tiempo y tan penosamente este espíritu ardiente con los sacramentos y símbolos de Cristo, encontrase buena nueva en las palabras de un confesor piadoso, "Acostúmbrate a buscar a Dios en tu corazón, y no dejarás de encontrarlo." Habría sido consejo falso e inútil, a una alma no renovada. Pero hay bastante evidencia de que esta piadosa mujer ya se había apropiado la obra de Cristo por ella en la cruz y en el trono, y había sido salva por ella. Era el testimonio del Espíritu y su morada en su corazón, lo que anhelaba, aunque apenas lo sabía; pero ahora lo encontró; y como sucedió en el caso paralelo de Juan Wesley, era

esto lo que desde entonces le fue el secreto de abundante gozo y abundante servicio. El cambio notable que fue así obrado, lo sabemos de sus propias palabras:

"Estas palabras me eran como la herida de un dardo que dividió mi corazón. Me sentí en este instante profundamente herida con el amor de Dios—una herida tan deleitosa, que deseaba que nunca fuese sanada. Estas palabras trajeron a mi corazón lo que había buscado por tantos años, o más bien me hicieron descubrir lo que estaba allí, y que no gozaba por no saberlo. ¡Señor mío! tú estabas en mi corazón y demandabas solamente el volver la mente hacia adentro para que me hicieses sentir tu presencia. ¡Oh Bondad infinita! estabas tan cerca, y yo corría de acá para allá, buscándote, y sin embargo no te hallé. Mi vida me era pesada, y mi felicidad estaba dentro de mí. Estaba pobre en medio de las riquezas, y pronta para perecer de hambre aunque cerca de una mesa abundantemente suplida, y un banquete continuo. ¡Oh Belleza antigua y nueva! ¿por qué te he conocido tan tarde? ¡Ay! te buscaba donde no estabas, y no te buscaba donde estabas. Fue por no entender estas palabras de tu evangelio, "El reino de Dios no vendrá con advertencia; ni dirán: 'Hélo aquí, o hélo allí; porque he aquí el reino de Dios dentro de vosotros está.' Esto ya lo he experimentado desde que tú te has hecho mi Rey, tomando mi corazón por tu reino, donde reinaste como Soberano, haciendo toda tu voluntad."

El fruto de este bautismo es lo que nos interesa especialmente buscar. Y este fue inmediato y bendito. El Espíritu que nos limpia de pecado ¿nos guardará también de pecar? Es una pregunta que se hace con la solicitud más penosa por los creyentes tentados, muchas veces derrotados y casi desesperados... Las Escrituras

dan ciertamente unas promesas muy fuertes y explícitas sobre este punto "Andad en el Espíritu, y no satisfagáis la concupiscencia de la carne," (Gal. 5:16), dice el apóstol. Y seguramente hay quienes han vislumbrado el cumplimiento de ellas, mientras probaban esta declaración; que han sabido lo que es ser levantados por el tiempo sobre los embarazos de "los deseos carnales que batallan contra el alma." Si no han ganado una plena victoria, al menos han gozado de "la tregua de Dios" por una temporada. Ha habido una cesación de hostilidades, una restricción divina ha sido puesta sobre los deseos carnales, de modo que han sido por un tiempo del todo sujetos a la ley del Espíritu. Es triste que semejantes experiencias, si han sucedido, hayan sido sólo ejercicios pasajeros, en lugar de ser una condición permanente. De repente hemos tropezado y caído; y dejando de andar en el Espíritu, la carne ha vuelto a triunfar. Si pudiéramos andar siempre en el Espíritu! "No hay pecado en él; cualquiera que permanece en él, no peca," (1 Juan 3:6), escribe el apóstol Juan. Si tuviéramos comunión tan constante con él, que fluyera la vida divina incesantemente por nuestra alma, el pecado sería dominado, apagado y destruido. Esta experiencia de andar perpetuamente con Dios y permanecer perpetuamente en Cristo, es aquella en que el Espíritu Santo está procurando introducir al creyente. Y es por cierto razonable esperar que una investidura decisiva del Espíritu Santo resultaría en experiencias definidas de triunfar. Oid lo que dice esta mujer piadosa de lo que siguió a este bautismo del Espíritu:

"No dormí en toda aquella noche, porque tu amor, Dios mío, fluía ne mí como óleo delicioso, y quemaba como un fuego que iba a destruir en un instante todo

el egoísmo que me quedaba. De repente fui tan cambiada, que apenas fui conocida o de mí misma o de otros. Ya no encontré aquellas faltas molestas o aquella repugnancia al deber, que antes me caracterizaban. Todas desaparecieron, consumidas como paja menuda en una gran lumbre. Nada me era ahora más fácil que la práctica de la oración. Horas pasaban como momentos, y apenas podía hacer otra cosa, sino orar. El fervor de mi amor no me permitió ninguna intermisión. Era una oración de regocijo y de posesión, en que el goce de Dios era tan grande, tan puro, tan no mezclado ni interrumpido, que atraía y absorbía los poderes del alma en profundo recuerdo, en un estado de descanso confiado y afectuoso en Dios, y todo sin esfuerzo intelectual. Porque ahora no veía nada sino a Jesucristo sólo."

En esto tenemos un vislumbre resplandeciente del poder del Espíritu para vencer.

Sólo podemos juzgar del lado divino de la consagración de uno, observando el lado divino. Y cuando pensamos del carácter penetrante, sojuzgador y santificador de la piedad de esta mujer, que engendraba odio en algunos, por supuesto, pero que conquistó a otros muchos y los trajo a la obediencia de la cruz de Cristo, es mucho para certificar la verdad de las fuertes declaraciones hechas arriba. Frailes, sacerdotes, monjas, hombres del gran mundo, mujeres del gran mundo, nobles aldeanos eran atraídos a ella por un encanto extraño y aquel encanto se encontraba evidentemente en su presencia, antes que en sus palabras. "La doncella tiene cuidado de las cosas del Señor, para ser santa así en el cuerpo como en el espíritu," dice la Escritura. Y centenares de las hermanas de Madam Guyon estaban encarceladas en conventos, no casadas, buscando así

por la comunión secreta y oculta, hacerse santas al Señor. Pero aquí vemos a una cumpliendo con los deberes de esposa y madre, y no obstante sobrepujándolas a todas en su devoción exaltada. Así como "también se ataviaban en el tiempo antiguo aquellas santas mujeres que esperaban en Dios, siendo sujetas a sus maridos," esta mujer vivía, trabajaba y sufría por Cristo. Ha sido llamada una mística y una quietista, porque abogaba por la absorción en Dios, y la quietud y pasividad de la voluntad humana a fin de que fuera sujeta enteramente a la Divina; y los teólogos han dicho que el misticismo destruye la obediencia, paralizando la libertad de escoger. Pero la vida es mejor que la filosofía, la demostración de la experiencia es mejor que las deducciones de la razón. Y aquí tenemos a una que en su vida brillaba como un serafín y obedecía como un ángel; y por más que arguyamos, su propia generación, y toda generación subsiguiente, han visto la aureola del santo en derredor de su cabeza. En medio de las sombras de la superstición que oscurecían su siglo, ella es una figura radiante, que como el ángel que estaba en el sol, no sólo está maravillosamente iluminada ella misma, sino que hace a otros muchos andar en su brillo reflejado.

La voz del Espíritu es la misma en todas las tierras y en todas las comuniones; y es muy notable que en el corazón de Juan Woolman, el predicador cuáquero, encontráramos el eco más claro de las enseñanzas de Madam Guyon, la santa católica. ¿Cómo describiremos lo que sentimos al leer el diario de este hombre bendito? No osamos aprobar la declaración de uno que le designa como "el hombre que en todos los siglos desde el advenimiento de Cristo, ha vivido más cerca del modelo divino." Es imposible dar semejante pre-

eminencia única a algún discípulo de Cristo. Le hemos llamado sobre cuantos hemos conocido, un discípulo del Espíritu Santo, y el ejemplar más digno del "amor del Espíritu." Como otros muchos a quienes hemos hecho referencia en este volumen, había tenido su especial visitación divina, en la que aprendió su llamamiento de Dios. ¿Sería una visión o un sueño que caía sobre él mientras dormía profundamente? No nos importa indagar puesto que lo introducimos no por ninguna predilección a lo maravilloso, sino solamente por la lección de gracia que nos enseña. Damos su narración, omitiendo unos pocos detalles no importantes:

"26 del mes octavo de 1772."

"En un tiempo de enfermedad hace un poco más de dos años y medio, fui conducido tan cerca de las puertas de la muerte, que olvidé mi nombre... En este estado me quedé varias horas. Entonces oí una voz suave y melodiosa, más pura y armoniosa que ninguna otra que hubiera oído con mis oídos antes. Creo que era la voz de un ángel que hablaba a los otros ángeles—las palabras eran, '¡Juan Woolman está muerto!' Pronto me acordé que antes había sido Juan Woolman, estando seguro de que estaba vivo en el cuerpo, quería mucho saber qué significaba la voz celestial. Creía sin duda ninguna que era la voz de un ángel santo; pero todavía me era un misterio... Aguardando por algún tiempo, al fin sentí que un poder divino preparó mi voz para que pudiera hablar, y dije, "Con Cristo estoy juntamente crucificado, y vivo; no ya yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios el cual me amó, y se entregó a sí mismo por mí. Entonces el misterio se abrió y yo percibí que había gozo en el cielo sobre un pecador que se había arrepentido, y que el lenguaje, 'Juan Woolman está

muerto; no quería decir otra cosa que la muerte de mi propia voluntad."

Parece haber tenido una convicción clara de lo que significaba esto, y no fue desobediente a la visión celestial. Porque vemos que empezó de una vez a desempeñar servicio que otra que no fuera una voluntad crucificada, no habría aceptado. En las mesas de los ricos dio testimonio contra su manera lujosa de vivir, amonestando a los cristianos mundanos contra el orgullo en vestirse, y el orgullo con respecto a su posición, y diciéndoles aún con lágrimas, que por semejantes cosas se hacían enemigos de la cruz de Cristo. Con una ternura que pocos podían del todo resistir, abogó por el esclavo contra su amo, y repetidas veces logró romper los vínculos del cautivo. En pruebas y lágrimas y privaciones trabajó de continuo hasta acabar su carrera, confesando que "este estado en que toda noción del espíritu egoísta cede al amor puro, había sido abierto delante de él como una perla que había de buscar." Aquí, si queremos considerarlo, está un ejemplo alto de la santidad práctica—no la del claustro o la celda, sino la que tocaba toda condición de pecado y mal, con su suave reprensión y su tierna simpatía. Y en todas estas circunstancias gozó de la comunión más pura con Dios. Renunciando las riquezas, encontró "aquella pobreza interior, bajo la cual la mente es conservada en un estado cuidadoso y tierno; en que busca la mente del Santo Caudillo;" haciendo lo que "sujeta la voluntad de la criatura;" fue "en esto unido con la simiente que sufría y encontró dulzura íntima en estos trabajos de mortificación." Muy digno ejemplo para nosotros todos, fue Juan Woolman. Un santo que nunca se pensaba santo; un siervo de Dios que se arrojó al mundo, para que, como su Maestro, pudiera andar haciendo bie-

nes en lugar de esconderse en algún retiro sagrado, o encarcelarse en el claustro de su propio corazón, a fin de hacerse bueno. "Sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir, (1 Ped. 1 : 15, V.M.), escribe el apóstol Pedro; y este personaje nos provee una exposición muy impresiva del precepto. En toda su manera de vivir obró con santo servicio; en los círculos domésticos procuró sustituir las máximas del egoísmo con la ley de Cristo; en la política mediaba entre el trabajo y el capital, la pobreza y la riqueza; en la filantropía, ponía su hombro debajo del yugo del obrero y metía su propia mano en la cadena del esclavo como si estuviese en prisiones con él. ¡Cuánta necesidad hay de recordar al mundo semejantes vidas medio olvidadas! ¡Cuánta necesidad hay de amonestar a la iglesia de que la santidad es algo más que un sentimiento pálido y contemplativo! de que ha sido, y puede ser todavía tan varonil y robusta y práctica, como pudiera desear el moralista más estricto.

La santidad es una emanación de Dios; algo de la naturaleza que se absorbe y vuelve a aparecer en la vida de los buenos. Pero el método de apropiarla varía no poco, pues las distintas almas la encuentran en las distintas Personas de la Santísima Trinidad. En Edwards vemos al santo que medita en este solo atributo del Todopoderoso, hasta que se entreteje con su espíritu—diciendo "la santidad de Dios siempre me ha parecido ser el más hermoso de sus atributos." En Rutherford vemos a uno que mira con adoración y afecto la persona de Jesucristo, y siendo "transformado de gloria en gloria en la misma semejanza." En Woolman vemos a uno que tiene la vista vuelta hacia adentro para mirar al Espíritu que mora en su corazón y por "una mente vestida de oración secreta" recibe su luz.

amor y pureza hasta que está profundamente asemejado a él. "Mas en todas estas cosas obra uno y el mismo Espíritu, repartiendo particularmente a cada uno como quiere."

Juzgamos que es cierto que la santidad es aquella gracia que nos hace más semejantes a Dios. "Criado conforme a Dios en justicia y en santidad de verdad," dice la Escritura. ¿Será posible para Dios tal sentimiento como lo es el de la humildad? podemos preguntar, pues es un elemento tan esencial en la santidad del hombre. Considerando a Dios como una Trinidad vemos que lo es, y que es revelada muy manifiestamente. El Hijo está siempre humillándose ante el Padre. "Las palabras que yo os hablo, no las hablo de mí mismo; mas el Padre que está en mí él hace las obras" (Juan 14:10). De la misma manera el Espíritu Santo está siempre sujeto al Hijo. "No hablará de sí mismo... porque tomará de lo mío y os lo hará saber" (Juan 16:14). Bendito ejemplo es éste para nosotros, que aún entre las Personas de la Trinidad existe aquella deferencia santa, y sujeción reverente, que hace que cada uno exalte al otro y no a sí mismo. Estudiemos profundamente la lección.

Y esto nos conduce a tomar prestado otro rayo de luz, sobre esta materia, de una vida bien aprobada—la del amado predicador escocés Roberto Murray McCheyne—"amado por causa de los padres," como podríamos decir, puesto que más que ningún otro en tiempos modernos, resucitó en su nación el espíritu y poder de los antiguos Covenantarios. Buscaba la santidad como por tesoros escondidos, y la logró hasta tal grado, que su vida produjo una especie de temor y enojo entre cristianos formales, de modo que una vez aún tomaron piedras para apodrearle. Pero como al principio, aun-

que de los incrédulos "ninguno osaba juntarse con él," creyentes en grandes números, fueron por él añadidos a la iglesia.

Reconoció más distintamente que ningún otro a quien conocemos, que al "Camino de Santidad puede entrarse sólo por el valle de la humillación." Tan intensamente realizaba esta verdad, que cuidaba de continuo que su afán de lograr altas adquisiciones no llegase a ser un tropiezo para él; que no se hiciese orgulloso de su humildad y consciente de su consagración. Escribe:

"Acuérdate que Moisés no sabía que la tez de su rostro resplandecía. Mirar nuestros propios rostros resplandecientes, es la predicción de la vida espiritual y del ministerio. Que se nos conceda la comunión más íntima con Dios, hasta que el alma y el cuerpo—cabeza, rostro y corazón—brillen con un resplandor divino. Pero que se nos conceda una ignorancia santa de nuestro resplandor.

¿No tenemos aquí una sugestión seria para los que hayan sido tentados a profesar la santidad? Osamos decir que es la tentación más fatal de cuantas puedan presentarse al corazón humano. La luz es clara cuando miramos al través de ella al objeto de nuestra visión y no somos sensibles de su presencia; pero si hay en ella algo de vapor brillante, o humo oscuro que atrae nuestra atención, es evidente que ya no está clara. De semejante manera es claro que cuando nuestra santidad o humildad, en vez de ser el medio transparente de nuestra comunión con Cristo, atraen la atención nuestra, carecen mucho de genuinidad y sencillez. ¿Qué falta omnipresente es el orgullo! no deja de empercharse sobre toda alta adquisición como una ave de mal agüero, para contaminarlo con su presencia. Los éxitos espirituales y las adquisiciones santas no están más

exentas de sus intrusiones que las temporales. Escuchad de nuevo a McCheyne:

"8 de Julio de 1836."

"Hoy perdí unas bellas oportunidades de hablar una palabra a favor de Cristo. El Señor vió que habría hablado tanto para mi propia honra como para la suya, y por esto cerró mi boca. Veo que no puede uno ser un ministro fiel hasta que predique a Cristo por amor a Cristo—hasta que deje de afanarse para atraer al pueblo a sí mismo y procure atraerlo solamente a Cristo. Señor concédeme el hacer esto."

Esto es obrar con exactitud. Es el examen propio que llega hasta el tuétano. Ojalá que escribiese todo ministro del evangelio estas palabras en letra cursiva sobre sus frontales, o aquellas otras palabras del buen Felipe Henry. "Predicad a Cristo en un estilo crucificado." En ninguna manera, probablemente, son nuestros esfuerzos para lograr la santidad, tan frustrados, como lo son por la intrusión del egoísmo y ambición, en aquellos lugares que deben ser ocupados por Cristo solamente.

Así como Miguel Angel traía una lámpara sobre su gorra para evitar que su propia sombra fuese arrojada sobre la pintura, así el ministro y siervo cristiano necesita tener la vela del Espíritu ardiendo siempre en su corazón, a fin de que la reflexión de sí mismo y de su orgullo, no caigan sobre su obra para oscurecerla y contaminarla. Para mostrar que esta represión propia es un rasgo genuino de la santidad, citamos las palabras de Eduardo Payson tocante a este punto:

"1 de Abril de 1806."

"Orgullo espiritual. ¡ Con cuántos artificios logra manifestarse! Si en algún tiempo soy favorecido con descubrimientos más claros de mi depravación y fealdad

natural adquirida a la vista de Dios, y puedo lamentarlo, entra el orgullo espiritual exclamando, "¡ Sí, así debe ser! esto es lamentarse por el pecado; ¡ ésta es la verdadera humildad! ¡ Qué prueba de que el corazón es el suelo natural del orgullo el que así consiga fortalecerse por los mismos ejercicios que pensaría uno lo destruirían del todo.

Que medite estas palabras el que haya caído en la red fatal de creerse santo. Aquí tenemos dos siervos de Cristo que, según se cree, se acercaron tanto al trono como otros cualesquiera en tiempos modernos. Pero qué convicción y aborrecimiento de sí mismos engendra ese acercamiento! Mientras más se intensifica la iluminación del conocimiento de la gloria de Dios, las sombras de la humillación se hacen más oscuras. Así como fue con Edwards, que, en la misma sentencia donde dice que Dios le parecía como "una fuente infinita de gloria y dulzuras divinas, siendo plenamente suficiente para satisfacer al alma,virtiéndose en dulces comunicaciones como el sol en su gloria," agrega también, "Mi maldad me parecía completamente inefable y que devoraba todo pensamiento e imaginación como un diluvio infinito o montañas sobre mi cabeza;" así sucedía preeminentemente con estos siervos del Señor. En Payson tenemos un ejemplo extraordinario de la cultura espiritual. Podemos llamarle el ascético protestante. En su persecución resuelta de la santidad, mortificaba su cuerpo hasta el último grado de sufrimiento. Alargaba sus ayunos hasta que sus amigos le rogaban y le importunaban que se dejara de severidades, por temor de que su salud se acabara. Y sus rigores corporales no eran sino la sombra de los espirituales. Cazaba el pecado por todos sus escondites, le quitaba la máscara, lo castigaba, lo mataba con una determina-

ción que no admitía cuartel. No podemos elogiar su ascetismo inmoderado, por el cual su salud fue empeorada y su vida acortada. Pensamos también que, como en el caso de Bernard, había una nota de melancolía en su piedad que no es adecuada para producir en los hombres el amor a la consagración. Pero ¡ojalá que pudiéramos encontrar unos pocos ejemplos actuales de consagración como la suya! ¡Cómo asombró y deslumbró a los hombres con su excesivo resplandor! El enojo del mundo se arrojó furiosamente contra él; el reproche de Cristo cayó donde estaba fijada tan conspicuamente la imagen de Cristo. Pero la vida santa triunfó para siempre cuando la disolución imprimió su sello sobre su frente. Miradle en el lecho de la muerte. Su rostro pálido está vuelto con calma hacia el cielo; sus manos pastorales cruzadas sobre el pecho; sobre su mortaja está pegado un papel que lleva esta inscripción: "Tened presentes las palabras que os hablé mientras estuve todavía con vosotros." Y la multitud que pasaba silenciosamente para mirarle por última vez, era como la muchedumbre que, volviendo de la cruz, hería el pecho diciendo cada uno a sí mismo, "verdaderamente este era un hombre justo." Payson en su cámara de muerte en Portland; McCheyne en la iglesia de San Pedro en Dundee, mientras las tristes multitudes se lamentan como se lamentaron por el buen rey Josías. Meditemos en estas dos escenas, y persuadámonos de que, no obstante que ha perdido mucho, nuestro pobre mundo tiene todavía un instinto que honra a la santidad y al fin colocará sobre ella su tributo de aprobación.

Quiera Dios que de todos estos ejemplos de vidas santas, saquemos una fuerte incitación a seguir en el mismo camino. Porque la santidad es el verdadero rasgo

y característica de los hijos de Dios. Si somos "participantes de la naturaleza divina" debemos exhibir la marca esencial de aquella naturaleza, la cual es la santidad, o, como dice la Escritura, deberíamos ser hechos "participantes de su santidad." "Esto nos justifica para ser hijos de Dios, cuando ha tomado una púa de su pureza y la ha injertado en nuestro espíritu; nunca puede confesarnos como sus hijos sin su marca y el sello de la santidad. Nuestra extracción espiritual de él no es sino fingida, a menos que hagamos cosas dignas de un nacimiento tan ilustre, y dignas de la honra de un Padre tan grande. De otro modo ¿qué evidencia podemos tener de un amor filial a Dios, puesto que el acto propio del amor es imitar el objeto de nuestros afectos?"

Así como la santidad provee la evidencia y testimonio más fuerte de que somos de Dios por lo que toca a nuestro origen espiritual, así provee la mejor prueba de que iremos a Dios cuando nuestra carrera se haya acabado. "La santidad, sin la cual nadie verá al Señor," dice la Escritura. Aquí y también en el mundo venidero es imposible que el alma tenga alguna visión clara de Dios, si no por medio de aquella pureza que es el elemento más esencial de su naturaleza. "En tu lumbre veremos lumbre"—y la santidad es aquella en que Dios viste como con una vestidura. Mientras más de ésta tengamos, más de comunión presente gozaremos; mientras más nos acerquemos al espíritu del Santísimo, más sabremos de Aquel cuyos caminos son inescrutables. Y así será también el futuro. Porque en el mundo venidero ¿cuánto nos aprovecharía si las puertas del cielo nos estuvieran francas si, no trajéramos la vestidura del cielo? Si fuéramos colocados allí con nuestra impureza nativa, seríamos indeciblemente infe-

lices. El ojo de Dios, bajo cuya mirada todos los espíritus puros descansan con santo deleite, no nos traería sino tormento. Sólo desearíamos escarparnos de su presencia, y hallar en las rocas y montañas un escondedero de Aquel que está sentado sobre el trono, y del Cordero para siempre.

Por tanto, con toda abnegación y comunión, despojándonos del viejo hombre y revistiéndonos del nuevo, procuremos ser conformados a la imagen de Dios, "para que sean confirmados nuestros corazones en santidad, irrepreensibles delante de Dios y nuestro Padre, para la venida de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos."

PAZ CON DIOS Y LA PAZ DE DIOS

“Siendo justificados por la fe tenemos paz con Dios; —esto es, entramos inmediatamente en un estado de paz. Es rico el que tiene mil acres sembrados de maíz, así como el que tiene otro tanto en su granero o el dinero en su bolsillo. Así los cristianos tienen descanso y paz en la simiente de ella, cuando no la tienen en el fruto; la tienen en la promesa aunque no la tengan en su posesión. Todos los creyentes tienen la promesa de descanso y paz, y sabemos que la verdad y fidelidad de Dios están comprometidas para cumplirles cada renglón y palabra. De modo que, aunque no tienen un sentido actual pleno y claro de descanso, sin embargo, por la fe han entrado en el estado de descanso.”—Flavel.

“La paz de Dios es aquello con que Dios mismo está en paz.”—Agustín.

VII.

PAZ CON DIOS Y LA PAZ DE DIOS

LA paz con Dios es nuestra, por nuestra simple aceptación de ella por la fe en Cristo Jesús, “habiendo hecho la paz por la sangre de su cruz,” ya ha verificado nuestra reconciliación con el Padre. La fe sólo tiene que aceptarla y descansar en ella como parte de la obra cumplida del Redentor. Esto es un hecho, y que no depende del sentimiento. La fe no crea nada ni cambia nada; sencillamente aprende lo que es, y lo da por cierto.

“Abre mis ojos y miraré las maravillas de tu ley.” Las maravillas están allí ya—la propiciación, la redención, la paz—todas éstas son realidades ya verificadas, dependiendo solamente de la cruz de nuestro Señor Jesucristo. Sólo necesitamos la vista para mirarlas y la confianza para descansar en ellas. Cuando, después de una guerra con un gobierno extranjero, nuestra nación había enviado embajadores a los extranjeros para tratar con el enemigo, y cuando habiendo vuelto éstos, sólo una palabra, “Paz” fue voceada de la nave que los trajo al puerto, en unas pocas horas toda la ciudad resonó con regocijo y felicitaciones. Fue la verdad de que una reconciliación había sido verificada, lo que infundió en el pueblo esta feliz paz de ánimo; no fue la paz de su ánimo lo que efectuó la reconciliación. En otras palabras, el hecho proveyó el motivo para el sentimiento; el sentimiento no produjo el hecho.

"Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo." La fe que descansa en el "que es nuestra paz;" que confía en el que "dirimiendo en su carne las enemistades... haciéndola paz." (Efe. 2 : 14, 17)—esto es lo que da un sentido verdadero de reconciliación con Dios. En otras palabras, es la obra de Cristo para nosotros lo que nos da paz con Dios, y no nos es exigido que la hagamos, puesto que el Señor ya lo ha hecho para nosotros.

"Bienaventurados los pacificadores; porque ellos serán llamados hijos de Dios." Aquí, como en otras partes, nuestro Señor Jesús, el fuerte Hijo de Dios tiene la más alta bienaventuranza. El es el gran Pacificador, poderoso para salvar, por ser participante de la omnipotencia de Dios, y por tanto el único de entre todos los hijos de los hombres para aceptar el reto de Dios; "¿O forzará alguien mi fortaleza? Haga conmigo paz sí, haga paz conmigo." (Isa. 27 : 5). De modo que nuestra paz con Dios descansa sólida y únicamente sobre la obra consumada de Cristo.

La Paz de Dios es otra cosa absolutamente dependiente para su realidad, de la obra del Espíritu Santo dentro de nosotros. Esta es una experiencia interior, pero la otra era un hecho exterior. "La paz de Dios gobierne en vuestros corazones," dice el apóstol. La santa calma en que mora Dios—sin temor, sin inquietud, sin recelos—puede ser impartida a nuestra alma, y por el Espíritu del Señor tan trasladada a nuestra experiencia personal, que llegue a ser tan verdaderamente nuestra, como lo es de él. Este es el milenio interior, gozado mientras estamos todavía en la condición militante. Justamente como dijo nuestro Maestro "Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz: en el mundo tendréis apretura." (Juan 16 : 14-27). Es la

calma de Dios en medio del tumulto terrenal, habilitando a su poseedor a gozar "de la libertad más quieta y pacífica, siendo alzado sobre todo temor y agitación de ánimo, con respecto a la muerte o el infierno, u otra cosa cualquiera que pudiera suceder al alma en el tiempo o la eternidad." "La paz os dejo mi paz os doy: no como en el mundo da, yo os la doy." El mundo procura efectuar una quietud exterior; Cristo de una quietud interior; aquel busca descanso de conflicto, éste da descanso en el conflicto. "Tú le guardarás en completa paz, cuyo pensamiento en tí persevera, porque en tí se ha confiado" (Isa. 26 : 3). Así como el cronómetro de la nave mantiene su descanso y equilibrio estable en medio de todas las agitaciones del buque, por estar basado sobre el globo sólido, librándolo sus apoyos dobles de la influencia de la nave y entregándolo a la influencia de la gravedad de la tierra, así el creyente será guardado en quietud, si, soltando los cuidados del mundo se entrega completamente y sin reserva, al poder de la voluntad divina. Como dice la Escritura en otra parte, "Para nada estéis afanosos; sino sean notorias vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con hacimiento de gracias, y la paz de Dios, que sobrepaja todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros entendimientos en Cristo Jesús." (Fil. 4 : 7). Esta paz es nombrada distintamente como uno de los frutos del Espíritu Santo; y los que han recibido la segunda bendición de la selladura del Espíritu, con frecuencia han entrado en esta segunda paz y sido llenos de gozo indecible.

Damos un ejemplo notable de semejante experiencia.

"Pero ¿lo ve Ud. en su propio corazón?" era la cuestión penetrante del Sr. Haldane que tuvo por resultado la conversión de Merle D'Aubigno. Veía teológicamen-

te la doctrina del nuevo nacimiento como se enseña en la Escritura; pero todavía no la había conocido experimentalmente, como escrita en su corazón. Y mientras estaba en la Universidad de Ginebra, nos dice que buscó y "experimentó el gozo del nuevo nacimiento." Siendo justificado por la fe tenía paz con Dios; sabía que estaba perdonado y aceptado. Pero todavía carecía del gozo perfecto y la paz de Dios que debería guardar su corazón y ánimo.

Seis años después, él y dos amigos íntimos, Federico Monod y Carlos Rieu, se encontraron en un mesón en Kiel, donde las vicisitudes de un viaje los habían detenido escudriñando la Palabra de Dios para descubrir sus tesoros escondidos. D'Aubigne relata así lo que pasó en su alma:

"Estudiábamos la Epístola a los Efesios, y habíamos llegado al fin del capítulo tercero, donde leímos los dos últimos versículos—'Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, por la potencia que obra en nosotros, a él sea gloria, etc.' Esta expresión cayó sobre mi alma como una revelación de Dios. 'Puede hacer por su poder,' dije para mí, 'más abundantemente de lo que pedimos; infinitamente más de todo cuanto aún podemos pensar; sí mucho más abundantemente, sobre todo.' Una plena confianza en Cristo para la obra que había de hacerse en mi pobre corazón, en este momento llenó mi alma. Los tres nos arrodillamos, y, aunque nunca había confiado mis luchas interiores a mis amigos la oración de Rieu estaba llena de una fe tan admirable, como la habría expresado si hubiera sabido todas mis necesidades. Cuando me levanté en ese cuarto del mesón de Kiel, me sentí como si mis alas hubieran sido renovadas como las de las águilas. Desde ese tiempo

en adelante, comprendí que todos mis esfuerzos no valían nada; que Cristo podía hacerlo todo, por su potencia que obra en nosotros, y la actitud habitual de mi alma era la de estar al pie de su cruz, clamándole, 'Aquí estoy, atado de manos y pies sin poder de moverme sin poder de hacer la cosa más mínima para escaparme del enemigo que me oprime. Hazlo todo tú mismo. Sé que lo harás. Harás aún mucho más abundantemente de lo que pido.'

No fue en vano: todas mis dudas fueron quitadas, mi angustia reprimida; y el Señor me dió 'paz como un río.' Entonces pude comprender con todos los santos, cuál es la anchura y la longura y la profundidad y la altura; y conocer el amor de Cristo, que excede a todo entendimiento. Y entonces pude decir, 'Vuelve, oh alma mía a tu reposo; porque Jehová te ha hecho bien'."

Esta era por cierto una experiencia bendita; pero no era cosa extraña ni excepcional en biografías religiosas. Podemos descubrir la misma cosa bajo distintos nombres en muchas vidas santas. La "Muerte interior del Misticismo; la 'quietud divina' del Quietismo; el 'descanso de la fe' de los hermanos de la Vida más Alta—todos estos términos se traducen de nuevo y fácilmente en la idea de la Paz de Dios que domina en el corazón. Es, en una palabra, la perfecta quietud que viene al alma que está perfectamente rendida a Dios. Tauler la describe de continuo como la fruición de aquella maravillosa vida segunda suya, después de su retiro de dos años desde el púlpito hasta la celda. "Si un hombre realmente ama a Dios," dice "y no tiene voluntad sino para hacer la voluntad de Dios, con toda la fuerza del río Rin, puede arrojarle hacia él y no le inquietará ni alterará su paz." En otro pasaje de belleza exquisita describe por extenso los deleites y la riqueza

de esta experiencia. Es, como tenemos que creer, la miniatura de su propia vida espiritual, aunque casi podríamos suponer que fuera una hoja de la biografía de un ángel. Este es su lenguaje:

"Cristo se revela con un amor, dulzura y riqueza infinitos, que se derraman del poder del Espíritu Santo, desbordándose e inundando como un diluvio de riqueza y dulzura al corazón que espera para recibirlo; y con esta dulzura no sólo se revela al alma sino que se une con ella. Por esta dulzura, el alma en su esencia por gracia, fluye con poder sobre todas las criaturas, y vuelve a su primer origen y manantial. Entonces el hombre exterior es obediente al hombre interior aun hasta la muerte, y vive en paz constante en el servicio de Dios, continuamente. A fin de que el Señor entre así en nuestras almas también, derribando y echando fuera todos los estorbos, corporales y espirituales, para que seamos hechos una cosa aquí en la tierra y después en el reino del cielo nos ayude él para siempre."

Detengámonos para decir que no debemos meditar en semejantes experiencias, meramente para suscitar un apetito por el lujo religioso. La paz espiritual. Alcancemos por cierto, el descanso de la paz. Pero que ese descanso constituya un centro de actividad, no un centro de inacción. Y seguramente es por esto que Dios nos llama para ser participantes en su paz, para que seamos por ello, armados para su guerra. ¿Nos hemos fijado suficientemente en el descanso doble a que somos llamados en la tantas veces citada invitación de nuestro Señor? "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os haré descansar." (Mat. 11 : 28-30). Esto quiere decir, la libertad de la esclavitud legal, de los esfuerzos infructuosos de ayudarse uno mismo de las solicitudes irritantes y de las cargas del pecado. Es

descanso del trabajo, aún de nuestros propios esfuerzos inútiles y carnales de salvarnos a nosotros mismos y glorificar a Dios. Pero nuestro Señor agrega inmediatamente, "Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí... y hallaréis descanso para vuestras almas." Aquí tenemos la promesa de descanso en el trabajo, así como la otra era un llamamiento de descanso del trabajo. La adquisición de esto es la primera y más alta condición de poder. Resulta de la perfecta unidad de voluntad y corazón, con Dios. "En él vivimos y nos movemos," y justamente en la proporción en que participamos del reposo eterno de Dios; por tenerle a él como nuestro centro, participaremos también de la divina moción de Dios, y llegaremos a ser colaboradores con él. El sosiego y no la agitación, es el manantial de la más alta energía.

El que entró en descanso el día séptimo, habiendo concluido la obra de la creación, es Aquel que "hasta ahora obra" y está todavía verificando nuestra redención, "por la operación de la potencia de su fortaleza, la cual obró en Cristo, resucitándole de los muertos." Así sucede que los cristianos que tienen más calma, por la consciente investidura de poder, son los que tienen mayor energía para conmover a otros. Encontramos una excelente ilustración de este principio en el poderoso ministerio de Guillermo C. Burns, el eminente evangelista y misionero escocés. Los efectos de su predicación eran con frecuencia tan sorprendentes como los del Sr. Finney, a los que hemos hecho referencia en otro capítulo. Damos un solo ejemplo de su propia narración. Es la de un sermón predicado en Kilsyth, el 23 de Julio de 1839:

"Y justamente mientras predicaba, sentí que mi alma era movida de una manera extraordinaria a rogar a los

inconversos en la congregación, a que aceptaran desde luego las ofertas de la misericordia de Dios; y seguí haciéndolo hasta que el poder del Espíritu del Señor se hizo tan irresistible sobre sus almas, que llevó todo delante de él, como el viento recio del Pentecostés! Durante todo el tiempo que hablaba, el pueblo escuchó con la más fija y solemne atención, y con muchas lágrimas silenciosas y gemidos de espíritu; pero al fin sus sentimientos se hicieron demasiado fuertes para ser restringidos y rompieron todos en llanto, lamentaciones, lágrimas y gemidos, mezclados con aclamaciones de gozo y alabanza del pueblo de Dios. La apariencia de una grande parte del pueblo desde el púlpito me presentó un cuadro terriblemente vivo del estado de los impíos en el día de la venida de Cristo, para el juicio. Unos gritaban en agonía, otros, y entre ellos hombres fuertes, caían al suelo como si estuvieran muertos.... Me admiraba de que, durante toda esta sorprendente escena, cuando casi todos los que estaban presentes estaban vencidos de emoción, plugo al Señor guardar mi alma en perfecta calma."

¡Sí! Y esto es la demostración de paz, como el otro hecho era la demostración de poder. "Estaos quedos, y ved la salud de Jehová." Y los espectadores estaban tan admirados de la calma del predicador, como de la conmoción del pueblo. Pero hay un prelude muy significativo a esta escena de sacudimiento espiritual. Su estado pacífico fue una calma entre dos fuertes agitaciones: la una en la recámara y la otra en el templo. Un amigo de él narra cómo la noche antes de un gran día, le encontró echado sobre el rostro, en una agonía de oración—"el origen, sin duda, de aquella santa calma que impresionó tanto a los oyentes la mañana después." Así de nuevo, por la puerta entreabierta de la

recámara divisamos secretos que ningún razonamiento nos habría descubierto:

"El Sr. Burns fue a su aposento, y mientras esperábamos a que viniera a comer, oímos un pesado gemido. Pensando que se hubiera enfermado, la Sra. Thoms corrió al segundo piso y lo encontró sobre el rostro en el suelo, gimiendo ante el Señor. Le había sobrevenido un sentido tan abrumador de su responsabilidad por las almas de ese pueblo, que entonces no pudo pensar en otra cosa. En su abstracción, había dejado la puerta entreabierta, la cual la Sra. Thoms cerró y no volvimos a verle hasta en la noche cuando vino para el culto de la familia. Su oración entonces no fue otra cosa sino el aborrecimiento de sí mismo y ruegos por misericordia, por la sangre del Cordero de Dios. Sucedió que ocupaba el aposento contiguo al mío, y toda la noche le oí todavía gimiendo en oración."

Es una repetición de la antigua y maravillosa historia de Jacob luchando con Dios, asiéndose a la fuerza divina y conquistando una paz, hasta que es dicho el "has vencido" y el "has peleado con Dios y con los hombres, y has vencido." La paz de Dios es la verdadera fuente de poder con los hombres y el poder real con los hombres, es caracterizado con la más serena tranquilidad. Recordad lo que dice Dios de su siervo en quien su alma toma contentamiento—"He puesto sobre él mi Espíritu; dará juicio a las gentes. No clamará, ni alzará, ni hará oír su voz en las plazas." En otras palabras, la investidura del Espíritu es caracterizada con fuerza tranquila y silenciosa eficiencia. La comunión que nos liga con el poder de Dios, nos liga también a su paz. Permítasenos insistir con el mayor énfasis, en que la paz que encomiamos no debe buscarse por sí sola. Esto ha sido un grave defecto tanto del ascetismo

monástico, como del quietismo protestante. Una paz infructuosa no dejará de engendrar el miasma de la duda y descontento. Aquella que Dios nos llama a heredar, no es de esta clase. "Ojalá miraras tú mis mandamientos: fuera entonces tu paz como un río." (Isa. 48 : 18). Como un río que se purifica con su propio movimiento, que guarda todas las riberas verdes y fértiles por donde fluye, y que ensanchándose y profundizándose, toma los buques de comercio y los lleva sobre sus aguas. Es la paz de movimiento, no de descanso; de vida, no de muerte. El consejo del buen Tomás Kempis al que buscaba la paz de que había de encontrarla "en la pobreza, el retiro y con Dios," era tal vez el mejor que sabía él. Pero no satisface el corazón de uno que anhela servir a Dios, sirviendo a su generación; y podemos entender cómo un espíritu celoso como el de Juan Wesley fuese repelido por el ascetismo de la "Imitación de Cristo," aunque fue inducido por la lectura del tratado más práctico y humano, el "Vivir y Morir Santamente," de Jeremías Taylor, a dedicar "todos sus pensamientos, palabras y acciones," al servicio de Dios. Hay unas cosas que podemos procurar como un fin y otras que nos vienen como bendiciones que acompañan la busca de objetos más elevados. La felicidad es el acompañamiento de la virtud; el gozo es el galardón inevitable del bien hacer; la paz es el fruto seguro de la consagración sin reserva a Dios. Pero en el momento en que cualquiera de estas bendiciones se busca por sí sola, perderá su dulzura y sabor. Este principio es manifestado claramente por nuestro Señor en su dicho: "Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas." (Mat. 5 : 33). La paz es una de las cosas añadidas que serán concedidas a los que confían en Cristo

con todo su corazón, y sirven a su generación con todo su poder; pero de continuo eludirá la mano de los que la buscan por sí solamente.

No se dice nada concerniente a guardar nosotros la paz con Dios por nuestro trabajo y anhelo y cuidado. Es la promesa que la paz de Dios nos guardará a nosotros. No debemos estar acongojados acerca de ella como si dependiera de nuestros esfuerzos. Cuando Gedeón había oído al Señor decirle, "Paz a tí," edificó un altar en Ophra y lo llamó "Jehova-salom," "envíe el Señor la paz," y luego salió al camino del deber y obediencia. Aunque había sido muy falto de confianza por ser él de familia pobre y el menor en la casa de su padre, y aunque las armas de que pudo valerse eran muy despreciables, no obstante pronto ganó la victoria y confirió a su nación una paz que duró por mucho tiempo; de modo que leemos, "Y reposó la tierra cuarenta años en los días de Gedeón." Vemos que tuvo paz al salir, en vez de salir para buscar la paz; el altar y el pacto del Señor eran su punto de partida. Esto es exactamente nuestra condición como creyentes. La cruz de Cristo inscrita con "Jehová-Salom," es nuestro punto de partida. Teniendo paz con Dios por la sangre de Cristo, salimos a servir; en guerra, en testimonio, en trabajos, haciendo de corazón la voluntad del Señor, por nada afanosos, y fijando la vista solamente en la gloria de Dios. Entonces como rédito seguro de nuestra obediencia, la paz de Dios será vertida en nuestro corazón. Mientras más el espíritu del mundo tome posesión del cristiano, más de la inquietud y conflicto del mundo tendrá; mientras más se entregue a la conducta y gobierno del Espíritu del Señor, más de la paz de Dios gozará, puesto que "la intención del Espíritu es vida y paz." Regocijémonos, pues, siempre, tanto en la obra

de Cristo hecha por nosotros como en la obra del Espíritu hecha en nosotros.

Por aquélla la justicia de Dios nos es imputada; por ésta, la justicia de Dios nos es impartida. "Y el efecto de la justicia será paz; y la labor de justicia, reposo y seguridad para siempre."

POTESTAD PARA SER HECHOS HIJOS DE DIOS, Y POTESTAD PARA SERVIR

Hay dos escuelas de doctrina entre los que profesan ser cristianos, con respecto a los oficios y relaciones del Señor. La primera dice así: Ningún trabajo u oficio tenido por Cristo puede ser tenido por nosotros; usurpamos su derecho si procuramos compartirlo con él. La segunda, que es la doctrina antigua responde así: Si la Encarnación significa algo, si Cristo y su iglesia son realmente un mismo cuerpo, todos los oficios de Cristo tenidos y ejercidos por él al principio, a favor de los hombres, deben ser tenidos y ejercidos por sus miembros, porque él vive en ellos justamente como ellos alcanzan aquello para lo cual fueron alcanzados. La primera opinión, la cual, estoy seguro, es equivocada, resulta de una falsa concepción de la primera gran verdad de *Cristo para nosotros*, que niega la verdad más grande de *Cristo en nosotros*, y nosotros sus miembros. La última abre las riquezas de la gloria del misterio, que ya es revelado, que es Cristo en nosotros, la esperanza de la gloria. La última es la fe de la Iglesia que, por más que se ponga en caricatura y se abuse, no puede negarse sin mucha pérdida, a los que lo hacen. Porque esta fe confiesa la Encarnación, que el Señor mora todavía en carne y sangre, y que por morar en nosotros, aunque en nosotros mismos no podemos hacer nada, no obstante podemos hacer todas las cosas por Cristo, el cual es el poder en nosotros; y por ser él "el mismo ayer, y hoy y por los siglos," si vive él en nosotros, hará sus propias obras en y por los que crezcan fuera de sí mismos para vivir en él."—Andrés Jukes.

VIII.

POTESTAD PARA SER HECHOS HIJOS DE DIOS, Y POTESTAD PARA SERVIR

"A TODOS los que le recibieron, dióles potestad de ser hechos hijos de Dios," dice la Escritura. Cristo para nosotros, porque primero que todo, tenemos que apropiarnos nuestra vida a fin de que tengamos la relación de hijos con el Padre. No trabajamos para ganar la vida, sino que trabajamos por tener la vida; no por nuestro propio poder alcanzamos a Cristo, sino que recibimos a Cristo a fin de tener poder para alcanzar. "Predicamos a Cristo crucificado potencia de Dios," (1 Cor. 1 : 23), dice el Apóstol. Esto es, presentamos este hecho externo del Hijo de Dios llevando nuestros pecados y quitándolos, y suplicamos al pecador que mire este hecho, lo acepte y descanse en él. Esto es, el Evangelio, y las Escrituras afirman que este evangelio de Cristo "es potencia de Dios para salud para todo aquel que cree." (Rom. 1 : 16). Por ningunos esfuerzos propios, por ninguna energía de voluntad o poder de arrepentimiento, podemos alcanzar la salvación. La vida eterna es el don de Dios, el cual, cuando lo recibimos, nos hace participantes de "la virtud de vida indisoluble;" no es una adquisición que podemos tomar por el poder de nuestra propia vida finita. En otras palabras, tenemos ante todo que aceptar la vida, obra y redención de Cristo por nosotros, como la única cosa que

puede ponernos en la relación de hijos con el Padre, justificados por él y participantes con él.

Pero a los que ya han llegado a ser hijos de Dios es dada una promesa de una adquisición aún más grande: el poder del Espíritu que mora en ellos. "Mas recibiréis la virtud del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros; y me seréis testigos." Antes les hablaba del poder de ser hechos hijos de Dios; ahora les habla del poder de servir como hijos de Dios. Y es muy significativo cuán constantemente esta clase de energía está relacionada en las Escrituras con el Espíritu Santo. "Virtud del Espíritu de Dios." (Rom. 15 : 19). "Con demostración del Espíritu y de poder." (1 Cor. 2 : 4). "De Espíritu Santo y de potencia." (Hech. 10 : 38). Estos son ejemplos, que podrían multiplicarse mucho, de la asociación de estas dos ideas. Como sabemos, la ascensión de Cristo al Padre era la condición del descenso del Espíritu; y concerniente a esto dijo el Señor, "El que en mí cree, las obras que yo hago también él las hará, y mayores que éstas hará; porque yo voy al Padre." (Juan 14 : 12). Así fue anunciado que el ministerio del Espíritu sería más poderoso que el del Hijo. No parecería fácil dar crédito a esto. Si fuéramos ignorantes de los hechos de la ciencia, y alguno nos mostrara un estanque de agua, diciéndonos que este elemento es capaz de tres manifestaciones, líquido, vapor y sólido y nos preguntara cuál era la más poderosa, podríamos decir que la forma sólida; y mirando el banco de hielo que puede aplastar un gran buque como se machuca una hoja seca entre los dedos, esta conclusión parecería justificada. Pero la ciencia señalaría de una vez, el vapor—tan ligero, tan impalpable, y en sus formas más finas, tan invisible, y nos recordaría que este es el poder que está moviendo nuestros gran-

des buques de vapor, y tirando nuestros innumerables trenes de ferrocarril, y operando nuestras inmensas fábricas—la más grande fuerza motriz en nuestra civilización moderna. La bendita Trinidad nos ha sido manifestada en dos formas en esta dispensación. Primero vino como el Verbo hecho carne, el Señor encarnado, con la potencia de un hombre-divino, que podía imponer silencio a los vientos, sosegar las olas, abrir las puertas del sepulcro, y trastocar las leyes de la gravitación. ¿No es ésta la más maravillosa revelación de Dios? "Obras mayores que éstas haréis vosotros," es la respuesta. Cuando venga Dios como Espíritu secreto e invisible, como el viento que no podemos ver, y no podemos decir de dónde viene ni a dónde va; y cuando este Espíritu more en su plenitud en los creyentes, activando su voluntad, inspirando sus palabras, y dando energía a sus acciones, entonces serán vistas cosas más grandes para la gloria de Dios y la salvación de las almas, que se han visto hasta ahora. Es este don del Espíritu, como un poder divino para el servicio y testimonio lo que queremos tratar en lo que resta de este capítulo.

Esta investidura especial de fuerza del Espíritu Santo, ya la hemos mencionado en un capítulo previo. Ahora vamos a considerarla con más extensión, como es revelada en la palabra divina y en las vidas divinas.

En el caso de nuestro Señor Jesucristo, hay un reconocimiento distinto de esta investidura, como constituyendo su preparación para el ministerio. Después del descenso visible del Espíritu Santo sobre él, en el Jordán, leemos que "volvió en virtud del Espíritu a Galilea," (Luc. 4 : 14), y que entró en la sinagoga en Nazaret y leyó y se aplicó las palabras del profeta, "El Espíritu del Señor es sobre mí, por cuanto me ha ungi-

do para dar buenas nuevas a los pobres. En los Hechos de los Apóstoles oímos a Pedro declarando: "Cuanto a Jesús de Nazaret; como le ungió Dios de Espíritu Santo y de potencia; el cual anduvo haciendo bienes, y sanando a todos los oprimidos del diablo" (Hech. 10: 38).

En el caso de sus apóstoles encontramos un constante reconocimiento del mismo hecho. "Y el que nos confirma con vosotros en Cristo, y el que nos ungió es Dios" (2 Cor. 1 : 21) dice Pablo, escribiendo a los Corintios. "Pero la unción que vosotros habéis recibido de él, mora en vosotros," (1 Juan 2 : 27) escribe Juan. Y ellos, Jesucristo y sus apóstoles, osadamente afirmamos que son nuestros ejemplos y modelos en esto, así como en todas las demás cosas. Y la historia de la iglesia de Dios, confirma abundantemente la opinión de que los que han hecho la obra más grande para Dios, la han hecho por la unción del Espíritu Santo y el poder que estaba sobre ellos.

A algunos, esta unción ha venido casi simultáneamente con la conversión; a muchos ha venido en un período después. Los apóstoles Pedro y Pablo son tipos de las dos clases. Tenemos que suponer que Pedro era un hombre regenerado, cuando hizo su confesión: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente." Pero ¿qué apóstol tan débil, siendo naturalmente un hombre tan fuerte! ¿Cuán tímido siendo tan osado! ¿Cuán ineficaz siendo tan celoso! Sin embargo, después de ser bautizado del Espíritu Santo en el día de Pentecostés, fue completamente cambiado. El que había temblado delante de una criada y negado a su Señor, ya predicaba como un león, y osadamente declaró que Jesús era Salvador y Señor, en presencia de todos sus enemigos. Pablo, por otra parte, era el mismo hombre desde el mero princi-

pio, porque su conversión y su unción sucedieron casi al mismo tiempo. Ha habido unos Pablos en la iglesia moderna, pero más Pedros—y haremos que ejemplos de las dos clases pasen delante de nosotros. Escojamos de nuestros propios tiempos un ejemplo de un predicador poderoso en avivamientos.

Hace algunos años que un escritor eminente expresó la opinión de que probablemente ningún hombre desde los días de Whitfield había sido instrumento para volver tantas almas a Dios por su predicación, como Carlos G. Finney. Ciertamente no sabríamos a dónde volvernos en tiempos modernos para encontrar resultados tan sorprendentes y sobrenaturales acompañando a la proclamación del evangelio, como los que se vieron bajo su ministerio. Mientras andaba de lugar en lugar evangelizando, comunidades enteras serían convencidas de sus pecados desde luego; a veces sus primeras palabras tendrían tanto convencimiento que "los hombres más fuertes se retorcerían en sus asientos como si una espada hubiera sido metida en su corazón." Oyentes que lograran reprimir su emoción en el templo, correrían a sus casas e incapaces de restringirse ya más, "caerían en el suelo y romperían en recias lamentaciones por sus pecados." En una población, que era tan baja y mala que había recibido el nombre de Sodoma, él predicó; y cuando al fin del sermón empezó a aplicar la verdad a la conciencia del pueblo, dice: "No les había hablado en este sentido de directa aplicación, según me parece, más que un cuarto de hora, cuando de repente una terrible solemnidad parecía caer sobre ellos; empezaron a caer de sus asientos en todas partes de la congregación y a clamar por misericordia. Si hubiera tenido una espada en cada mano, no podría haberlos cortado de sus asientos tan rápidamente como

caían. En verdad casi toda la congregación, estaba postrada de rodillas me parece, en menos de dos minutos después de que el primer sacudimiento los tomó. Cada uno oraba por sí mismo que podía hablar a todos." Y los resultados eran aún más maravillosos que las impresiones. Muchísimos fueron convertidos en donde quiera que iba. De los frutos de un avivamiento que había bajo su predicación, declara el Dr. Lyman Beecher, un observador muy juicioso, que era "la obra más grande de Dios y el más grande avivamiento de religión que el mundo ha visto en un tiempo tan corto, pues según informes recibidos, cien mil personas se unieron con iglesias como el resultado de aquel gran avivamiento."

Al considerar los resultados de un ministerio tan poderoso, naturalmente preguntamos cuál era la historia secreta y espiritual de este instrumento extraordinario de Dios. Una intensa personalidad, una voluntad vehemente, un valor incontrastable, un entusiasmo ardiente, éstos serán citados de una voz como el secreto de su poder. Admitimos que estas cualidades son muy eficientes como medios, pero son del todo inadecuadas como fuerzas motrices para producir semejantes resultados. Las cualidades naturales bastan para producir fines naturales; pero no para lograr fines sobrenaturales. Savonarola el hombre no puede dar cuenta de Savonarola el predicador. La naturaleza le había negado, nos dicen, casi todos los dones del orador. Pero cuando leemos de su comunión intensa y extasiada con Dios, su persistencia indómita en buscar el poder del Altísimo, hasta que "sus pensamientos y afectos estaban tan absortos en Dios por la presencia del Espíritu Santo, que los que miraron dentro de su celda vieron su rostro levantado como si hubiera sido el rostro de

un ángel," no nos asombran el carácter y efectos de su predicación—tan patética, tan conmovedora, tan irresistible que el repórter deja su pluma con esta disculpa escrita debajo del último renglón—"Tanto pesar y llanto me sobrevinieron, que no podía escribir más."

Finney era un predicador según el estilo de Pablo; porque había tenido una experiencia semejante a la de Pablo—la paz de Dios y el poder de Dios le vinieron casi juntos. Y dando toda la consideración debida a sus dotes naturales nada comunes, nos sentimos constreñidos a encontrar el secreto principal de su éxito en su notable historia espiritual. Leamos ésta como él nos la ha escrito:

Había sido convertido después de pasar por poderosos ejercicios espirituales, e inmediatamente después, en Octubre 10. de 1821 mientras estaba solo en su oficina de abogado, dice:

"Entonces recibí un gran bautismo del Espíritu Santo. Sin esperarlo, o sin haber pensado jamás que había semejante cosa para mí, sin acordarme que hubiera oído mentar semejante cosa por alguno, en mi vida, el Espíritu Santo descendió sobre mí en una manera que parecía penetrarme cuerpo y alma. Podía sentir la impresión como una ola de electricidad, que me traspasaba de hito en hito. En verdad parecía venir en olas de amor líquido; porque no podía expresarlo de otra manera. Parecía el mismo aliento de Dios. Puedo acordarme distintamente que parecía abanicarme como alas inmensas. No hay palabras para expresar el maravilloso amor que fue derramado en mi corazón. Lloré en alta voz de gozo y amor; y tal vez debo decir que literalmente rugían los sentimientos inexpressables de mi corazón. Estas olas pasaron sobre mí, y siguieron pasando una tras otra, hasta que me acuerdo que grité:

‘Moriré si estas olas siguen pasando sobre mí.’ Dije, ‘Señor, no puedo soportar más.’ Pero no tenía temor a la muerte... Así seguí hasta muy noche. Dormí bien un rato. Cuando me desperté en la mañana, el sol había salido, y derramaba una luz clara en mi aposento. No hay palabras para expresar la impresión que este sol hizo sobre mí. Al instante el bautismo que había recibido la noche antes, volvió sobre mí en la misma manera. Me arrodillé en la cama y lloré en alta voz de gozo, y me quedé por un gran rato demasiado conmovido por el bautismo del Espíritu, para hacer otra cosa sino derramar mi alma delante de Dios. Me parecía que el bautismo de esta mañana fuera acompañado de una reprensión suave, y el Espíritu parecía decirme, ‘¿Dudarás? ¿Dudarás?’ Clamé, ‘No, no dudaré, no puedo dudar.’ Luego hizo el asunto tan claro a mi mente, que me era imposible dudar que el Espíritu de Dios había tomado posesión de mi alma.”

Entonces siguieron los mismos resultados que en los tiempos apostólicos. Primero, el testimonio interior del Espíritu produjo una poderosa certidumbre de que era hijo de Dios; luego recibió poder para predicar—tal, que por su palabra comunidades enteras fueron cogidas al mismo tiempo de profundas impresiones religiosas.

Nos detenemos para observar que esta es la manera divina de avivar a los hombres a la seriedad y arrepentimiento. “Dadnos un avivamiento movido y engendrado por el Espíritu Santo, y no uno levantado por la venida de un evangelista,” demandan muchos cristianos—una demanda tan razonable como lo sería que el mensaje telegráfico les fuera traído sin la intervención de los alambres. El Espíritu Santo obra por un medio, la palabra de Dios, y por un agente, el hombre de Dios;

y es por cristianos ungidos y llenos del Espíritu Santo, que el poder convincente y regenerador es aplicado a las almas.

En esto también, hasta cierto grado, el ejemplo del Maestro se ve para los discípulos en todo tiempo. Juan Bautista recibió esta prueba del verdadero Mesías. “Sobre quien vieres descender el Espíritu, y que reposa sobre él, éste es el que bautiza con Espíritu Santo.” (Juan 1 : 33). La permanencia del Espíritu con Cristo, constituía su poder no solamente para el servicio personal sino para la comunicación de la energía espiritual a otros. El que en las riberas del Jordán fue lleno del aliento de Dios, podía soplar en sus discípulos y decir, “Tomad el Espíritu Santo.”

Pero cuando los discípulos fueron bautizados con el Espíritu Santo en el día de Pentecostés, ya no poseyeron al Espíritu por medida. Ya tenían su presencia permanente. “Se asentó sobre cada uno de ellos, y fueron todos llenos de Espíritu Santo.” (Hech. 2 : 4). Ya podía decir Juan a sus hermanos: “Pero la unción que vosotros habéis recibido de él, mora en vosotros.” (1 Juan 2 : 24). Y así como fue con el Señor; así era con los siervos — podían comunicar el Espíritu a otros. Ananías es enviado a Saulo luego después de su conversión, “y poniendo las manos encima, dijo: Saulo, hermano, el Señor Jesús que te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado para que recibas la vista, y seas lleno de Espíritu Santo.” (Hech. 9 : 17). Pedro y Juan son enviados a los samaritanos tan luego como se sabe que han recibido la palabra; y les *impusieron las manos y recibieron el Espíritu Santo.*” (Hech. 8 : 17. Véase también Hech. 19 : 6).

Para no introducir la cuestión difícil de la imposición de las manos, esto es evidente de estos ejemplos: que

Dios tiene la costumbre de comunicar su Espíritu, por vasijas humanas que han sido llenas y santificadas para este propósito. Y este hecho no es extraño ni ajeno a la experiencia cristiana de la actualidad. Nos acordamos de haber una vez o dos estado en contacto con siervos consagrados de Cristo, quienes nos han impartido una influencia espiritual tan real y sensible, como lo es el choque eléctrico dado por la batería galvánica cuando se toca el botón. Es tan contrario al método de Dios que el Espíritu Santo verifique su obra de convencer, renovar y santificar si no opera por la lengua, vida y energía de hombres y mujeres vivientes, como lo es imposible que nuestros pensamientos afecten al mundo y muevan a los hombres a la acción, antes de haber sido encarnados en el habla humana. La imitación de avivamientos, efectuados por el arte de predicadores magnéticos, ésta las vemos con demasiada frecuencia. Pero el que un evangelista, lleno del Espíritu de Dios, conmueva comunidades enteras con un impulso religioso repentino e irresistible, no es un hecho extraño, sino que está de acuerdo perfecto con las enseñanzas y los precedentes de la Escritura. No digas en tu corazón, cristiano cauteloso, que el avivamiento no es de Dios porque es traído por un hombre; que la soberanía divina ha sido menospreciada y enviada a la retaguardia por aparecer conspicuamente al frente, un agente humano. "Cuando Dios quería salvar al hombre," dice Jeremías Taylor, "lo hizo por medio de un hombre;" y si se trata de la salvación o la santificación, la convicción de pecadores, o el avivamiento de creyentes, éste es siempre su método.

Pero hay operaciones varias por el mismo Espíritu, y la misma investidura es dada para otras clases de servicio. Tomemos un ejemplo de entre los filántropos cristianos.

¿Habla uno con demasiado énfasis si llama al orfanatorio en Bristol, Inglaterra, "el milagro permanente" del siglo diez y nueve? Sencillamente señalamos el hecho de que un sólo hombre ha abrigado, alimentado, vestido y educado a millares de niños pobres durante algunos años, sin fondos o recursos de qué depender con excepción de lo que Dios le ha enviado como respuesta a la oración. Y acordándonos también que el dinero gastado en esta obra ha subido a unos millones, concedemos al menos que es una empresa extraordinaria. Miramos al hombre que ha sido el agente humano en dirigir esta vasta beneficencia, e instintivamente deseamos verle en su lugar de oración secreta para descubrir, si nos es posible, qué transacciones secretas con Dios haya detrás de esta gran transacción pública. Y aquí encontramos la misma historia que se ha repetido tantas veces en este libro.

Jorge Muller fue convertido en 1825 mientras estudiaba en la Universidad de Halle; pero parece que hasta 1829 apenas había oído si había Espíritu Santo. Nos ha dicho de una manera viva cómo en ese año, mientras estaba en Teignmouth en Inglaterra, llegó a conocer la persona y oficio del Consolador, y cómo le fué comunicado el bendito secreto de la dirección, iluminación e investidura del Espíritu. Le vino todo como un bautismo divino. Del gozo y exaltación que siguieron habla así:

"En el principio de Septiembre volví a Londres, mucho mejor en cuerpo; y en cuanto a mi alma el cambio era tan grande que era como una segunda conversión. Después de mi vuelta a Londres, procuré ser útil a mis hermanos en el seminario, y los medios de que me valí fueron éstos: Les propuse que nos reuniéramos todas las mañanas desde las seis hasta las ocho para hacer

oración y leer las Escrituras; y que cada cual dijera lo que le pareciese que el Señor le había revelado era el significado de la porción leída. Un hermano en particular fue traído al mismo estado que yo, y otros, según creo, recibieron beneficio. Varias veces cuando fuí a mi cuarto después de la oración de familia en la noche, encontré que me era tan dulce la comunión con Dios, que seguí orando hasta después de las doce y luego, estando lleno de gozo, fuí al cuarto del hermano ya referido, y encontrándole a él también en el mismo estado de corazón, continuamos orando hasta la una o las dos; y aun entonces estuve a veces tan lleno de gozo, que apenas pude dormir, y a las seis de la mañana volvía a llamar a los hermanos para que se reunieran para la oración."

El que cuatro años antes había bebido del agua de la vida, ya encontró que era "en él una fuente de agua que salta para vida eterna;" y la tercera experiencia empezó de una vez a seguir—ríos de agua viva correrán de su corazón. ¡Cuántas vidas huérfanas han enriquecido y alegrado esas corrientes!

Lo que descubrió el Sr. Muller en esta experiencia fue que el Espíritu Santo puede hacer para nosotros aquellas cosas que con afanes y esfuerzos sin fin, procuramos hacer por nosotros mismos. El nos guiará a toda verdad si se lo permitimos, en vez de tomar la filosofía y la lógica como nuestros maestros de escuela. Encontrando que esto es así, dice: "El resultado fue que la primera noche que me encerré en mi aposento para orar y meditar en las Escrituras, aprendí más en unas pocas horas de lo que había aprendido en un período de varios meses antes." Oíd esto, maestros de las escuelas de los profetas. Algunos de nosotros, pensamos que habéis bajado a Egipto para traer de allí la

ciencia, la metafísica y la sabiduría racionalista para que ellas den a vuestras clases la clave de la ciencia. "En medio de vosotros ha estado a quien no conocéis." Preguntad a Aquel que ha sido enviado a tomar de las cosas de Cristo y a enseñarlas a vosotros, qué significa este misterio y aquel, y él os lo revelará. Nos da grandísimo placer mirar por la puerta entreabierta de un cuarto de clases teológicas, cuyas puertas quisiéramos abrir de par en par delante de los ojos de cada maestro y estudiantes de la teología. Fletcher de Madeley era por algún tiempo el Director del colegio para ministros, sostenido por la Sra. Huntingdon en Trevecca de Gales. Uno de sus discípulos nos dice cómo enseñaba. Hablando de sus clases, dice: "Por lo regular terminaban en esto: Estando convencido que el ser lleno del Espíritu Santo era una dotación mejor para el ministerio que ninguna ciencia clásica, después de hablar un rato en la clase solía decir, '*Cuantos de Uds. tengan sed de la plenitud del Espíritu, seguidme a mi aposento.*'" Oyendo esto, muchos de nosotros le hemos seguido al instante, y allí hemos continuado dos o tres horas, luchando como Jacob por la bendición; y orando uno tras otro hasta que no podíamos soportar estar arrodillados ya más."

No insistimos en que ejercicios como estos debieran constituir la suma de toda la enseñanza teológica. Que tenga la ciencia su lugar debido; pero creemos que el Espíritu Santo debería ser el Maestro Principal en toda escuela teológica; y que sean cuales sean las diplomas o grados que alcancemos, todos sean nada en comparación con éste que fue conferido a los primeros discípulos, "*Vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas.*"

Y descubriendo que el Espíritu Santo era el mejor maestro para el predicador, el Sr. Muller sacó la con-

clusión de que podría ser el mejor colector para el filántropo. ¿Por qué no? ¿No puede el que abre y ninguno cierra, enviar a su Espíritu para mover la voluntad de abrir las cajas fuertes y sacar la plata y el oro que son suyos? Aquel oficio, el más humillante de todos, el de rogar al pueblo del Señor que contribuya con el dinero del Señor, el bondadoso Paraceto lo ha hecho para él durante largos años, de modo que no le ha faltado nada cuando ha clamado al Señor para llenar a los hambrientos. Aprendamos bien esta lección juntamente con las demás. El camino más corto para llegar al corazón del vecino, es por vía del cielo. Si el Espíritu de gracia y de suplicación reposa sobre nosotros, hablaremos menos a nuestro hermano para persuadirle a que dé, y más a Dios para que le dé la voluntad. Una vez oímos al Sr. Muller referirse a esta crisis en su experiencia, como el tiempo cuando se determinó a "ser del todo de Dios". Y cuán cierto es que cuando lo somos, el Espíritu Santo será del todo de nosotros; listo para ejecutar por nosotros los deberes pesados del trabajo cristiano; solicitando dinero, y atrayendo congregaciones, y llenando los asientos, lo cual la poca fe de esta generación está procurando hacer por medio de ferias y fiestas, de arte y diversiones y sensacionalismo. Muletas son todo esto para un cristianismo que cojea. ¡Cuán pronto se echarían a un lado si la iglesia estuviera verdaderamente llena de fe y del Espíritu Santo!

Y esto nos sugiere la consideración por un momento de la obra que el Espíritu puede efectuar por medio de un cristiano consagrado, en el crecimiento y la extensión de la iglesia. La historia de los leaders más conspicuos en el gran avivamiento evangélico del siglo pasado en Inglaterra, es singularmente instructiva sobre

este punto. La experiencia de varios de ellos era idéntica—años de ministerio infructuoso y de congregaciones pequeñas; luego en aquel gran despertamiento una nueva unción e iluminación del Espíritu Santo, en seguida templos henchidos y una cosecha muy amplia de almas. Para no hablar de itinerantes como Whitfield y Wesley, a quienes hemos hecho alusión en otras partes, podemos señalar pastores de greyes como Berridge y Venn y Walker de Truro y Grimshaw. ¿Dónde, en la historia de la iglesia, podremos encontrar tan fuertemente señalada la diferencia entre un ministerio de cultura y un ministerio del Espíritu Santo?

"El santo Guillermo Grimshaw" era por años un diligente formalista, predicando la verdad hasta donde la conocía; pero con fines mundanos y ningún conocimiento personal del Espíritu de verdad. Entonces experimentó un gran cambio cuyos detalles apenas podemos divisar. Pero un vislumbre nos basta y lo encontramos en aquel instrumento solemne de consagración propia que hizo durante este período de transición. Podemos citar solamente un fragmento de él:

"¡Gloria a tí, oh bendita Trinidad! Permíteme repetir y renovar mi concierto contigo. Deseo y me resuelvo a ser del todo y para siempre, tuyo. Bendito Dios, con toda solemnidad me rindo a tí. Oid cielos, y escucha tú, tierra! Afirmo hoy que el Señor es mi Dios, mi Padre y Salvador, y mi porción para siempre. Soy uno de sus hijos de concierto para siempre. Escribe, Señor eterno, en tu libro de memoria que desde ahora en adelante soy tuyo para siempre jamás. Desde este día solemnemente renuncio a todos los señores de otro tiempo—el mundo, la carne y el diablo—en tu nombre. Ya, no más, directa ni indirectamente los obedeceré. Los renuncié muchos años ha, y ahora los renuncio para siem-

pre. Hoy me entrego a tí, como un sacrificio vivo, santo y aceptable a tí, lo cual sé que es mi servicio razonable. A tí consagro todos mis bienes temporales; en tu servicio deseo y hago el propósito de gastar todo mi tiempo, deseando que me enseñes a usar todo momento de él para tu gloria y para manifestar tus alabanzas, en toda estación y relación de vida en que me encuentro ahora o me encontrare en adelante."

Este pacto, con aquel de que éste es una renovación, y que se hizo catorce años antes, señala la primera década de su pastorage en Haworth. Y ¡qué pastorage era aquel! Tener poder de conmover a los hombres poderosamente como evangelista es un gran don del Espíritu; pero ser el instrumento de reclamar para el Señor un vasto desierto y hacerlo gozarse y florecer como la rosa, pluguiese a Dios que todos los siervos de Cristo codiciasen esta honra! El territorio de Haworth era un desierto desolado,—áspero, desnudo y montañoso. Espiritualmente estaba tan abandonado, que Grimshaw declaró que cuando él llegó allí podía andar a caballo medio día en cualquiera dirección, sin encontrar una sola alma sensata. Pero cuando empezó a predicar este pastor bautizado en el Espíritu, tal poder acompañó a su ministerio, que donde al principio apenas encontraba diez adoradores, el templo se llenó de odores y muchos tenían que quedarse afuera escuchando por las ventanas. Sus palabras eran como una llama de fuego, y mientras predicaba era maravilla ver y oír qué llanto, gemidos y agonía, sobrevénía a muchos por su temor a causa de su estado pecaminoso y la ira de Dios."

Por toda esta región salvaje, este pastor consagrado andaba de semana en semana, testificando de la gracia de Dios públicamente y de casa en casa, y amonestando a los hombres día y noche con lágrimas. Con frecuen-

cia predicaba cinco veces al día; rara vez menos de tres o cuatro, viajando cuarenta o cincuenta millas para poder hacerlo. Entre tanto su comunión espiritual era tan exaltada, que a veces tenía que suplicar al Señor que la acortara por temor de que su cuerpo mortal no pudiese soportarla. Empezando con doce comulgantes que encontró al venir a la parroquia, el número se aumentó hasta mil doscientos; y esto, debe recordarse, no sucedió en medio de una numerosa población de una ciudad, sino en un campo escasamente poblado donde muchos de sus oyentes tenían que caminar muchas millas para estar en el servicio. Tal, después de un ministerio infructuoso fue el cambio efectuado cuando el Espíritu de Dios vino y tomó posesión de este ministro del evangelio. Su humildad se hizo más profunda al paso que su piedad se hacía más ilustrada, de modo que mirando hacia el fin, pudo decir, "cuando muera entonces tendré mi más grande pesar y mi más grande gozo,—mi más grande pesar por haber hecho tan poco para Jesús, y mi más grande gozo por haber Jesús hecho tanto para mí. Mis últimas palabras serán: 'Aquí va un siervo inútil.'" Que los pastores que se quejan de un terreno estéril y una población escasa y endurecida como obstáculos insuperables, miren hacia esta parroquia de Hayworth y tomen aliento. "Puede Dios despertar hijos a Abraham aun de estas piedras."

¡Ojalá que tuviéramos espacio para citar otros ejemplos! Quisiéramos volver los ojos de nuestros lectores a Samuel Walker de Truro, Inglaterra, que predicó por dos años con gran diligencia, pero obrando sólo bajo la inspiración, como él confesó después, de dos motivos—"un deseo de reputación y un amor al placer"—con el resultado de tinieblas y muerte espirituales muy extendidas; luego el gran cambio,—un ministerio "no en pa-

labra solamente, mas también en potencia, y en Espíritu Santo, y en gran plenitud;" y el resultado fue que "tan grandes multitudes atendieron a su predicación, que las calles de la población parecían abandonadas durante las horas del servicio," mientras el número de sus conversos llegó a centenares cada año. O señalaríamos al Pastor Harms de Hermannsburg en el reino de Hanover. Vemos en primer lugar un vasto campo lleno de dificultades; en el fondo a un joven pastor arrodillado hasta muy noche en su recámara buscando el poder del Espíritu. "Oré fervientemente al Señor; puse el asunto en su mano; y al levantarme a media noche dije con una voz que casi me sobresalió en el gran cuarto: 'Adelante ahora en el nombre del Señor.'" Y después de año se ve el resultado. De una parroquia de diez millas cuadradas, con siete villas; pero toda cubierta con la zizaña de incredulidad y formalismo, se ven mil personas que al mismo tiempo acuden al templo; ningún año pasa sin un avivamiento; el número de comulgantes llega a once mil. Y el desierto de 1845, quedó transformado en 1865 en un paraíso tal, que se ha declarado que probablemente no había otra parroquia en el mundo cristiano, que le igualara en adquisiciones espirituales, como se presentaba ante el mundo en ese año. ¿Qué no puede efectuar el Espíritu Santo con tal que pueda encontrar en el hombre un "vaso para honra, santificado y útil para los usos del Señor, y aparejado para toda obra buena"?

Que no se piense, sin embargo, que el poder de la unción del Espíritu se ha de encontrar solamente en resultados tan inmensos y visibles. En el servicio más humilde y en la esfera más baja, observamos los mismos frutos. Puede ser que se necesite tanto valor divino para hablar cara a cara con un solo pecador, como para

predicar a miles. Y en algunos que se han sentido llamados de Dios, al servicio de conversación personal, hemos notado las exhibiciones más claras del poder del Espíritu. El tiempo nos faltaría para decir de los que han sido señaladamente ungidos para semejante trabajo en todos los siglos; desde Catarina de Sena en el siglo catorce, que acostumbraba hablar con penitentes todo el día sin dejarlos ni una vez para tomar alimento; tan llena del Espíritu que podía decir: "Yo tengo una comida que comer que vosotros no sabéis," hasta Harlan Page y Juan Vassar en nuestros tiempos, quienes ganaron a millares de almas individualmente, por el poder del Espíritu que hablaba por ellos.

Ha habido misioneros quienes han sido, por la preparación del Espíritu, "bautizados en el sentido de todas las condiciones": la adquisición más difícil de todas para realizarse. Enrique Martyn, que al principio no era sino un cristiano indiferente, escribe un día en su diario: "He renunciado en profesión, a las riquezas, las honras y las comodidades de este mundo; y creo también que es un renuncio del corazón;" y un poco más tarde habla del "*fervor casi sobrenatural y la profunda devoción que le sobrevinieron mientras declaraba que legítimamente no tenía otro negocio cada día que el de hacer la obra de Dios, como un siervo que de continuo ha respetado su voluntad.*"

Autores han sido investidos del Espíritu para escribir por Dios. Y ¿dónde se necesita más vitalmente el bautismo divino? "La unción misma os enseña de todas cosas," escribe Juan. Julio Muller con toda su ciencia teológica, parece haber necesitado una especie de imposición espiritual de manos, la cual recibió del contacto con el piadoso Tholuck, para prepararle para escribir su grande obra, "La Doctrina del Pecado"; y

nada menos necesitaba D'Aubigné; aquella experiencia e iluminación más profundas que hemos referido en otra página, para prepararle para producir la Historia de la Reforma—aquella exposición histórica de la doctrina de la justificación por la fe. Hay cosas de Dios escondidas en las Escrituras, difundidas en la historia humana, y entretejidas con la experiencia religiosa, que ninguna perspicacia intelectual, por más sutil que sea, puede alcanzar. Por lo tanto, para toda clase y calidad de servicio necesitamos al Paraceto. “Porque, ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios sino el Espíritu de Dios. Y nosotros hemos recibido, no el espíritu del mundo, sino el Espíritu que es de Dios, para que conozcamos lo que Dios nos ha dado.”

ENTRADA Y SEPARACION

“El primer deber es el de atarse; el desatamiento vendrá después. El capullo en que la mariposa estaba aprisionada no se rompe ni cae sino cuando las alas del insecto hayan crecido—es abriéndose, cuando éstas rompen sus tristes envolturas. Sólo empezamos a desatarnos del mundo cuando hayamos llegado a conocer alguna cosa mejor. Hasta entonces no somos capaces sino de desengaño y fastidio, lo cual no es el desatamiento.”—Alejandro Vinet.

IX.

ENTRADA Y SEPARACION

DOS Abogados nos han sido nombrados para el mantenimiento de nuestra vida espiritual; que son: Cristo sobre el trono, y el Espíritu en nuestro corazón. “*Si alguno hubiere pecado, Abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el Justo*” (1 Juan 2 : 1), es la declaración de la Escritura con respecto a aquel; “Yo rogaré al Padre, *el cual os dará otro Abogado, para que esté eternamente, es decir, el Espíritu de verdad*” (Juan 14 : 16 Ver.Mod., nota) es la promesa de Dios con respecto a éste. La obra de Cristo por nosotros, todavía sigue adelante en el cielo donde está “viviendo siempre para interceder por nosotros. Y este último dicho, de la Epístola a los Hebreos, describe exactamente lo que está haciendo por nosotros allá arriba, esto es, está viviendo para nosotros e intercediendo por nosotros.

¿No afirma la Escritura que “*reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más estando reconciliados, seremos salvos por su vida?*” (Rom. 5 : 10). Esto se refiere a su vida resucitada y glorificada. Nuestro ser está tan enlazado con el suyo, y nuestra salvación y paz dependen tan completamente de su persona, que viviendo Cristo nosotros también vivimos. De aquí su bendito dicho con referencia a su partida de este mundo: “Por cuanto yo vivo, vosotros también viviréis.” (Juan 14 : 19, Ver.Mod.). Y de aquí también aquel

otro dicho dirigido a los que están muertos y resucitados con Cristo. *"Vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.* Así como por la muerte de Cristo sobre la cruz, nuestros pecados fueron quitados, nuestra condenación alejada, y nuestra justificación perfectamente verificada, así ahora por la vida de Cristo sobre el trono, nuestro crecimiento espiritual es mantenido y es llevada adelante la obra de nuestra santificación. Entre tanto, como nuestro gran Sumo Sacerdote dentro del velo, está intercediendo por nosotros, y su intercesión no es sino reiteración de su propiciación; una apelación perpetua a los méritos de su sacrificio y muerte. ¡Cuán significativo es que el que sobre la cruz era "el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo", fuese ahora en el trono *"un Cordero que parecía como si hubiese sido inmolado."* (Apoc. 5 : 6, Ver. Mod.) Palabras asombrosas son éstas, que quieren darnos a entender que las señales de su pasión, los recuerdos de su muerte vicaria, son visibles todavía en su persona y que él intercede por nosotros como ellas expresan su patética súplica a Dios quien es *"fiel y justo"* para perdonarnos nuestros pecados y para limpiarnos de toda injusticia." Tal es el ministerio que nuestro Abogado con el Padre está continuando por nosotros en el trono.

El otro Abogado, entre tanto, está perfeccionando su obra en nuestro corazón; y los dos ministerios corresponden exactamente. El Consolador dentro de nosotros está manteniendo y desarrollando la vida interior y divina; *"Si Cristo está en vosotros, el cuerpo a la verdad está muerto a causa del pecado, mas el Espíritu vive a causa de la justicia."* (Rom. 8 : 10). El está también continuando una intercesión interior de acuerdo con la exterior; *"El mismo Espíritu pide por nosotros con gemidos indecibles."* (Rom. 8 : 26). Tal es la do-

ble abogacía por la cual nuestra vida doble es llevada adelante.

Y obsérvese más particularmente, cómo cada uno de estos ministerios completa exactamente el otro.

El amor del Padre en dar a su Hijo para ser una propiciación por nuestros pecados, es la verdad proclamada por cada herida en la persona de nuestro Salvador exaltado; y a éstas hemos de volvernos para encontrar la certidumbre de nuestra aceptación. El momento en que empezamos a considerar nuestro propio amor, como está evidenciado por nuestra conciencia interior, caeremos en las tinieblas. El amor de Dios, como está manifestado en el Cordero inmolado sobre el trono, es el único lugar donde nuestra fe puede descansar. Pero esto no es todo; para nuestro consuelo y santificación, también nos da su amor dentro de nosotros, como está escrito: *"Porque el amor de Dios está derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos es dado."* (Rom. 5 : 5). Y si alguno pone en duda nuestra justificación, volvemos de una vez y con confianza a la cruz donde esa justificación fue efectuada, y al trono donde está ahora mantenida; y decimos: *"Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aún el que también resucitó, quien además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros."* (Rom. 8 : 34). Pero aunque nuestra justificación fue comprada solamente por la muerte de Cristo por nosotros, nuestra santificación tiene que verificarse por la muerte de Cristo en nosotros. Y esto es llevado a cabo por el otro Abogado; *"Si por el Espíritu mortificáis las obras de la carne, viviréis."* (Rom. 8 : 13).

Y también si quisiéramos asegurarnos de la resurrección de nuestro cuerpo, miramos sin vacilación a Aquel a quien Dios levantó de los muertos y colocó a su dies-

tra. Si él, que es las primicias está allí, nosotros también estaremos allí, en un cuerpo semejante al cuerpo de su gloria. Pero esta consumación también se ha hecho depender de la obra del Consolador; "*Si el Espíritu de aquel que levantó de los a muertos a Jesús, mora en vosotros*, El que levantó a Cristo de los muertos, vivificará también vuestros cuerpos mortales *por su Espíritu, que mora en vosotros*" (Rom. 8 : 11).

La presencia de Cristo a la diestra del Padre, y su ministerio en el Lugar Santísimo arriba, constituyen la base de nuestra entrada allí; y este bendito hecho de nuestro privilegio de entrar en el santuario por la sangre de Jesús, es la verdad de que se ocupa especialmente la Epístola a los Hebreos. En verdad la exaltación de Cristo al trono del Padre, es contada como nuestra presencia y residencia allí, y lo encontramos así demostrado en las epístolas a los Efesios, Colosenses y Filipenses. Pero ¿no es claro que el acceso incluye la idea opuesta de separación; que el acercarse a Dios incluye el apartarse de un mundo malo? El hecho de que Cristo está a la diestra del Padre, y que nosotros somos una cosa con él, en su exaltación, nos da el punto de partida para arreglar nuestra relación con este mundo. La paradoja de la Sra. Powerscourt que "el cristiano no es uno que mira desde la tierra al cielo, sino uno que mira desde el cielo a la tierra," puede comprenderse en esta luz. Si "nuestra ciudadanía está en los cielos" (Fil. 3 : 20) somos privados de derechos civiles en este mundo, y nos vemos obligados a confesar que "somos peregrinos y advenedizos sobre la tierra." Este dicho, sin embargo, es cierto solamente con respecto a los creyentes verdaderos; a los que son "participantes de la vocación celestial." Cuando nuestro Señor está hablando con los judíos incrédulos dice, *Vosotros sois de*

abajo, yo soy de arriba; *vosotros sois de este mundo*; yo no soy de este mundo." (Juan 8 : 23). Pero cuando habla con sus propios discípulos, a los que han nacido de nuevo dice, "*No sois del mundo*, antes yo os elegí del mundo." (Juan 15 : 19). Y también cuando leemos que Dios "juntamente nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los cielos con Cristo Jesús," la inferencia es clara con respecto a nuestro estado terrenal. Si estamos sentados con Cristo, no podemos ocupar el trono de la ambición mundana, ni podemos codiciar las coronas, premios y galardones de la tierra; justamente como Jesús dijo; después de hablar de cómo se enseñorean de las gentes los que se ven ser príncipes entre ellas, dijo, "*Mas no será así entre vosotros.*" Esto es lo que queremos dar a entender cuando decimos que el acceso implica la separación.

Sin duda esta verdad disgusta especialmente a esta generación—una generación resuelta, como lo han sido pocas, a reconciliar las demandas de la religión con las del placer, resolviendo así el problema de "gozar de los dos mundos." ¡Ojalá que fuesen abiertos nuestros ojos para ver lo que está pasando! Disuadir a los cristianos a no ir al teatro, sería dar consejos muy insípidos en estos días cuando el teatro está metiéndose a largos pasos en la iglesia. Decir a los discípulos de Jesús "No améis al mundo ni las cosas que están en el mundo," sería una disuasión muy ineficaz y casi falta de bondad cuando el mundo ha llegado a ser tan amistoso con la iglesia, que de muy buena gana presta todo su aparato de entretenimiento, arte y diversión, para hacer más atractivo el evangelio. No estamos movidos por ningún espíritu de ascetismo malhumorado al hablar así. Es más bien con el recelo triste de cómo va a resultarnos esta práctica de un cristianismo tan semejado al mun-

do. En todo caso el remedio más eficaz es una inconformidad estrenua y obstinada con el mundo, de parte de los cristianos. Con una convicción nada vacilante creemos que la iglesia puede adelantar en este mundo, sólo siendo leal a su vocación celestial. Al ritualismo debe decir "ni un girón del papismo;" al racionalismo, "ni un vestigio de cosa que no sea de la fe;" y al Secularismo, "ni un pedacito de la ropa que es contaminada de la carne." La Esposa de Cristo puede dar un testimonio verdadero y poderoso en este mundo, cuando se halle vestida de su propia vestidura, que es el lino fino, limpio y brillante, que son las justificaciones de los santos."

Pero esta separación rígida del mundo, debiera ir acompañada con la entrada en el mundo de la manera más persistente, celosa e incansable para buscar y salvar lo que se había perdido. Porque el mismo Señor que nos dice que no somos del mundo así como El no es del mundo, nos da a conocer cómo el Padre le envió al mundo, y luego agrega, "Como me envió el Padre, así también yo os envío." El otro corolario de esta alta doctrina—; ah! quién puede creerlo sin reserva, o recibirlo sin vacilar—"Porque no sois del mundo, *por eso os aborrece el mundo.*" Es tan cierta como cuando Cristo lo dijo—esta promesa de la maldición del mundo que incluye la promesa de la bendición del Salvador. Que no vemos manifiestamente esta contrariedad, como en el principio, no es del todo por haberse mitigado la enemistad del mundo, sino porque la inconformidad de la iglesia ha sido mitigada y moderada. Está seguro, ¡oh creyente! Si se te concediera el privilegio de andar con Dios como Enoc, tendrías que apartarte de los que ponen sus afectos en el mundo; y lejos de estar contentos de andar en otro camino que no fuera tuyo, dirían mu-

chas cosas duras en contra de tí; y si alcansases del Señor el ser "varón de deseos," como lo era Daniel, podría ser que fueses muy aborrecido de los de tu generación. Esto lo decimos no por un anhelo mórbido de la persecución, sino porque así está escrito. La persecución, en verdad, como todo lo demás que el Señor ha bendecido y santificado, ha sido falsificada por su grande enemigo; muchos hombres que se glorían en la tribulación, es realmente gloriándose en su propia vergüenza, siendo su imaginada corona de martirio nada más el bonete de un insensato que manifiesta hasta qué punto se ha engañado. El ritualista que mete en la iglesia sus ceremonias medio paganas y se queja de la disciplina que le separa del ministerio; el racionalista que crucifica la fe de Cristo con los clavos de su lógica no santificada, y luego, porque los siervos de Cristo se apartan de él—lo cuenta como persecución. ¿Qué tienen estos que ver con la corona del desechamiento de Cristo? "Mas si haciendo bien sois afligidos;"—"si alguno padece como cristiano,"—"si alguna cosa padecéis por hacer bien, sois bienaventurados." Y esto es la porción prometida a todos los que quieren vivir píamente en Cristo Jesús. ¿Cuántos de nosotros tenemos este título y testimonio a nuestra consagración? Ciertamente si somos fieles nunca nos faltará completamente en "este presente siglo malo." La ofensa de la cruz no ha cesado; y el que realmente vive como crucificado para Cristo, no dejará de sentir las heridas de la persecución, así como las siente el que predica a Cristo crucificado.

Había un ministro de Cristo, que murió en la primera parte de este siglo, y que ejerció una influencia extraordinaria para el bien de su generación, especialmente en esto de despertar en otros ministros un espíritu de abnegación y consagración. Uno que le conocía ínti-

mamente declara con énfasis que *“por la pura fuerza de la verdad y santidad evangélicas, cehibida durante cincuenta o sesenta años, y no por grandes talentos ni poderes extraordinarios o adquisiciones notables en la ciencia académica, Dios le concedió esta influencia extensa y bendita sobre el siglo en que vivía.”* Sin embargo no sabemos de otro en tiempos recientes para quien hayan sido exprimidas aguas tan amargas de persecución como las que él tuvo que beber, o que haya tenido que padecer torturas tan extremadas infligidas en sensibilidades exquisitas y tiernas como las sufrió este predicador santo y evangélico, Carlos Simeón de Cambridge. Evitando la severidad en su predicación, predicó en el púlpito de la Universidad la verdad evangélica de la manera más tierna y persuasiva que podía oírse en alguna parte en aquel tiempo. Sin temor, sin vacilación y sin modificar nada, predicaba la cruz y vivía la cruz. Pero al pasar por las calles era silbado y mofado; ladrillos y piedras, acompañados de toda clase de epítetos ofensivos, le fueron tirados desde las ventanas del colegio, y sus servicios en la iglesia fueron interrumpidos por alborotadores airados. Pero de ninguna de estas cosas hizo caso. Oid cómo su triste corazón fue consolado una vez en medio de sus pruebas abrumadoras. Es una historia conmovedora, relatada en su vejez, y es muy instructiva en sus lecciones. Dice así:

“Cuando los primeros discípulos fueron perseguidos y traídos delante de reyes y gobernadores por amor de Cristo, éste declaró *que les sería para testimonio*. Así será; el mundo se burlará de tí y te atropellará; un hombre vendrá y te herirá en la cara. Frotarás la cara y dirás, ‘Esto es extraño; no me gusta.—No me importa,’ digo. ‘Esto es tu evidencia; te será para testimonio.’

¡Si fueras del mundo, el mundo amaría lo suyo: mas porque no eres del mundo, por eso te aborrece el mundo!

Hace muchos años cuando yo era un objeto de mucho menosprecio e irrisión en la Universidad, salí un día, herido y afligido, con mi pequeño Testamento en la mano. Oré fervientemente a mi Dios que me consolara con algún cordial de su palabra, y que, al abrir el libro encontrara algún texto que me sostuviera. Pensaba abrir en las Epístolas donde con más facilidad encontraría alguna preciosa promesa; pero mi libro estaba volteado hacia abajo, de modo que sin querer hacerlo, abrí en los evangelios. El primer texto que vi fue éste: *‘Hallaron a un cirineo, que se llamaba Simón; a este cargaron para que llevase su cruz.’* Pues bien, Simón es el mismo nombre que Simeón. ¡Qué palabra de instrucción me fue ésta—qué indirecta tan bendita para animarme. La cruz fue puesta sobre mí para que la llevara tras Jesús—¡qué privilegio tan grande éste! Me bastaba. Ya podía saltar y cantar de gozo, como uno a quien Jesús honraba permitiéndole participar de sus padecimientos. Y cuando leí *eso*, dije: ‘Señor, ponla sobre mí, ponla sobre mí; gustosamente llevaré la cruz por amor de tí.’ Y desde entonces até la persecución como una corona de gloria en mis sienes!”

¿Cuándo ha participado alguno de los padecimientos de Cristo, sin que haya participado también de su gozo? Mientras las espinas de la persecución le herían, Simeón podía, como su Maestro, ver del trabajo de su alma y ser saciado. Porque durante estos años de pruebas, Dios le dió a Enrique Martyn, entre otros, como fruto de sus afanes y paciencia. ¡A Enrique Martyn! ¡Ah! ¡Cuánto descansó su triste corazón en su amor, cuando se volvió a este misionero devoto! ¿Se podrá encontrar en alguna parte un ejemplo más exquisito de

lo patético del afecto cristiano—por no decir lo romántico—que en aquella historia de su recepción del retrato de su amado Enrique, cuyo rostro ya no había de ver más en la vida? Esta es su descripción de la escena: “Había ido a ver el retrato después de que fue descubierto en la Casa India, y no obstante todo lo que me habían dicho para preparar mi mente, fui tan conmovido al verlo, que no podía soportar el mirarlo, sino que volví la espalda y me retiré lejos, tapándome el rostro, y a pesar de todo esfuerzo, llorando en alta voz, de angustia. El estaba conmigo; y todos los circunstantes le dijeron, ‘Supongo que aquel será su padre.’” *Su padre*, en verdad, en un sentido que ningunos de ellos supieron; y este era el hijo a quien había “engendrado en sus prisiones.” Felices son los que, como Simeón se contentan sin esposa e hijos, sin casas y terrenos por amor de Cristo, para que puedan mirar a sus hijos espirituales y decir: “En Cristo Jesús yo os he engendrado por el evangelio.”

Insistimos en que las palabras de nuestro Señor, son verdaderas en todos los siglos de la iglesia: “Porque no sois del mundo, por eso os aborrece el mundo.” El poder de perseguir se cambia con las generaciones. En el siglo bárbaro se aplica por medio de la hoguera y los instrumentos de tortura; en el siglo de urbanidad y cultura se manifiesta en la forma de habla envenenada o en la antipatía silenciosa y tétrica. Pero sea cual fuere la forma, el hecho será inevitable. La medida de nuestra separación del mundo, tiene que ser siempre la medida de la intolerancia del mundo. “¿Ya pasó el siglo de la persecución?” Puede ser así, si ya llegó el siglo de la conformidad con el mundo. Si el borde del vestido del creyente se deshila por la complacencia fácil, pronto se unirá con el del mundano, y entonces no

habrá antagonismo. Es el rompimiento de los vestidos lo que descubre las deformidades; el meternos en una unión más estrecha con Cristo, tiene por resultado la separación de las cosas en que se deleita la carne, y así al juzgarnos a nosotros mismos, condenamos a otros. En verdad todo adelantamiento en la santidad, condena la mundanidad prevaleciente. De aquí la enemistad. “Y ¿por qué causa le mató? Porque sus obras eran malas—*las de su hermano eran justas.*”

No instamos a nadie a que busque la persecución; pero como Cristo, instamos a los cristianos a que se afañen para vivir separados del mundo. “La Cruz de Cristo me condena a mí a ser santo,” escribió uno. ¡Pluguiese a Dios que todos nosotros creyésemos eso! Cristo murió para que nosotros viviésemos, pero no en nosotros mismos; sufrió a fin de reconciliarnos con Dios,—pero no con este presente siglo malo.

Nuestro poder está en nuestra separación del mundo; no en nuestra afiliación con él. “¿Por qué son tan pocos los del mundo que se unen con la iglesia?” se preguntó hace pocos días. “Porque hay tantos en la iglesia que se unen con el mundo,” fue la respuesta. ¡Bastaba la explicación! No se gana nada aliándose con los inconversos; todo depende de nuestra comunión íntima con nuestro Señor resucitado. La consagración a Cristo debe preceder al contacto con los hombres; de otro modo seremos atraídos de él, en lugar de atraer a los hombres hacia él. El Espíritu Santo dijo: “Apartadme a Bernabé y a Saulo;” y el Espíritu dijo a Felipe, “Llégate y júntate a este carro.” Aquel mandato precede a éste, en el orden divino. Dios quiere que estemos apartados para él, a fin de que podamos con seguridad y poder salir para bendecir a otros.

¡Oh bendita vida doble ésta a que nos ha llamado!

¡ En el cielo y sin embargo en la tierra; sentados con él en los cielos, y sentándonos con publicanos y pecadores para decirles de Aquel que murió para salvarlos! Somos como era él, que cuando sus pies estaban en la tierra, heridos y cansados en su busca de los perdidos, y apresurándose para ser clavados a la cruz para nuestra redención, no obstante habló de sí mismo como "El Hijo del hombre que está *en el cielo*." Esforcémonos para ser una cosa con él, tanto en su exaltación como en su humillación. Y a este fin obedezcamos aquella doble exhortación dada en la Escritura, "Lleguémonos... teniendo libertad para entrar en el santuario por la sangre de Jesucristo," y "Salgamos, pues, a él fuera del real, llevando su vituperio."

GRACIA Y GALARDON

“¡Oh Señor, qué espíritu tan admirable fue el que hizo que San Pablo, al oponerse contra la vanidad de los apóstoles falsos de Satanás, presentara su demanda aquí de que él, en la causa de Cristo, excedía y sobrepujaba a todos ellos! ¿Qué espíritu tan admirable, digo, fue ese que hizo que él sumara todas sus fatigas y trabajos, sus azotes, sus naufragios, sus apedreamientos, sus peligros por tierra y por mar, su hambre, desnudez y frío, con otros muchos, y la solicitud diaria de todas las congregaciones de Cristo, entre las cuales la pena de todo hombre penetraba en su corazón, y el pesar de todo hombre le entristecía? Oh Señor, ¿será esta primacía de Pablo la que estimaba en tanto que le parecía que sobrepujaba a todos los demás? ¿No es este el dicho de Pablo a Timoteo, su propio discípulo? y ¿no pertenece a todos los que quisieran ser verdaderos soldados de Cristo? Tú, pues, sufre trabajos como fiel soldado de Jesucristo. Esto es cierto; si morimos con Cristo, viviremos con él; si sufrimos, también reinaremos con él; si le negamos él también nos negará; si somos infieles, él permanece fiel: no se puede negar a sí mismo. Esto Pablo quiere hacerlo notorio a todo el mundo; porque no hay otro camino para el cielo sino Cristo y su camino.”—El Obispo Ridley en su Carta de despedida a sus Compañeros de Prisión, y a los que fueron desterrados por el Evangelio de Cristo.

X.

GRACIA Y GALARDON

NINGUN asunto parece entenderse tan poco, como éste de los galardones divinos. Si el romanista ha ponderado el mérito hasta excluir del todo la gracia, el protestante puede correr el peligro de ponderar la gracia hasta excluir completamente el mérito. No es que éste tiene que ver absolutamente con nuestro perdón y aceptación. Como pecadores delante del propiciatorio “no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios;” y por lo tanto todos tienen que ser salvos sobre los mismos términos, “*siendo justificados gratuitamente por su gracia*, por la redención que es en Cristo Jesús.” (Rom. 3 : 24). Como santos delante del tribunal de Dios, habrá diferencia, puesto que los creyentes han de ser juzgados “cada uno según sus obras.” (Apoc. 20 : 13). La obra de Cristo por nosotros es la única base de nuestro perdón; la obra de Cristo en nosotros es la base de nuestro galardón: aquella es una obra consumada a la que no podemos añadir nada por nuestra obediencia; ésta es una obra progresiva, que depende de nuestra fidelidad y consagración, si ha de ser coronada al fin con el “Está bien” del Maestro. Es evidente, pues, que los galardones tienen un lugar muy importante en el plan de la redención, y no es necesario, a fin de ensalzar la gracia de Dios, que, habiendo reducido a todos los hombres al

mismo nivel de indignidad, los fijemos allí para siempre. ¿Cómo hemos de entender la promesa del Señor a sus fieles que han de ser "recompensados en la resurrección de los justos?" ¿Qué significa la declaración del profeta concerniente a los que hayan vuelto a justicia a muchos que resplandecerán "como las estrellas a perpetua eternidad?" Pero está escrito, "*porque una estrella es diferente de otra en gloria*"; así también en la resurrección de los muertos." Es cierto que no hay diferencia entre los hombres ante la cruz; y es igualmente cierto que hay diferencia entre ellos en la resurrección. Observad cuán claramente estos dos hechos son contrastados en el evangelio; la gracia depende solamente de la obra exterior sobre la cruz, y el galardón de la obra interior de la obediencia por el Espíritu, en nuestro corazón. De aquí estas dos miras mandadas en la Escritura:

"Mirad a mí y sed salvos todos los términos de la tierra."

"Mirad por vosotros... para que recibáis un galardón cumplido." (Isa. 45 : 22; 2 Juan 8).

Con frecuencia nos hemos fijado en que justamente como el legalista resiente la doctrina de que las obras buenas no pueden tener parte en efectuar nuestro perdón, así el evangélico retrocede ante la idea de que puedan constituir motivo para nuestra recompensa. Al contrario, tenemos la idea de que semejante premio del servicio y obediencia fieles, es absolutamente necesario para satisfacer nuestro sentido instintivo de justicia. No podemos concebir un juicio final y divino que asignara el mismo rango en gloria y el mismo grado de gozo al cristiano perezoso e infructuoso que los que son concedidos al cristiano ardiente, devoto y abnegado. Justamente como no podemos dudar que Dios, que puede

mostrarse justo y no obstante justificar al impío por su fe, al fin se mostrará igualmente justo para premiar al pío por sus obras. De otro modo ¿por qué hemos de negarnos las posesiones aquí si no hemos de añadir a nuestro peso de gloria en el cielo? ¿Por qué hemos de aceptar la pobreza ahora, si no es para adquirir "las riquezas de la gloria de su herencia" en la eternidad? Es un hecho que al abrir las Escrituras hallamos que la discriminación entre la gracia y el galardón es clara e invariable. Sin dinero y sin precio somos salvos; con un gran precio hemos de obtener nuestra recompensa celestial. Escudriñad diligentemente las Escrituras y veréis cuán claramente esto es revelado:

"Porque *por gracia* sois salvos por la fe, *no por obras* para que nadie se glorie" Efe. 2 : 8.

"Mas al que *no obra*, pero cree en aquel que justifica al impío, *la fe* le es contada por justicia." Rom. 4 : 5.

"Así que concluimos ser el hombre justificado por fe *sin las obras de la ley*."—Rom. 3 : 28.

"Y he aquí, yo vengo presto, *y mi galardón* conmigo, para recompensar a cada uno *según fuere su obra*."—Apoc. 22 : 12.

"Porque el Hijo del hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles y entonces *pagará* a cada uno *conforme a sus obras*."—Mat. 16 : 27.

"El cual *pagará* a cada uno *conforme a sus obras*."—Rom. 2 : 6.

Pero no se olvide que aunque el galardón supremo y final del cristiano le será dado en la venida de Cristo, el Señor ha prometido mucho, aún en la vida presente. Dice la Palabra, "Mucho más en este tiempo, y en el siglo venidero, la vida eterna." (Luc. 18 : 30). El siglo venidero es el siglo milenario, que ha de ser inaugurado por la segunda venida de Cristo; en cuyo tiempo se

rá repartido el pleno galardón por las pérdidas, pruebas y trabajos sufridos por él en este siglo. Todas las coronas de los fieles son reservadas para ese período; —la corona de la vida, la corona de gozo, la corona de la justicia, la corona de gloria,—todas son asignadas por la promesa para el tiempo de la vuelta de Cristo. (1 Tes. 2 : 19; 2 Tim. 4 : 8; 1 Ped. 5 : 4; Apoc. 2 : 10). Debemos estar bien persuadidos de esto. El presente siglo es el de llevar la cruz, en el que hemos de cumplir en nuestra carne lo que falta de las aflicciones de Cristo; el venidero es el siglo de llevar la corona, en el que hemos de cumplir lo que falta del gozo de Cristo. Porque así como sus aflicciones no pueden ser cumplidas mientras esté afligido todavía en sus miembros, tampoco puede ser cumplido su gozo hasta que su Esposa, la Iglesia, esté con él, viendo su gloria que tenía con el Padre antes de la constitución del mundo.

Ninguna biografía humana puede darnos luz con respecto a los galardones de aquel siglo de gloria. Pero la recompensa del justo en este mundo, el "cien veces tantos ahora en este tiempo con persecuciones," está maravillosamente ilustrado en la historia de los siervos fieles de Cristo. Y para reforzar esta promesa volveremos a la historia de varias vidas santas para que nos digan cuánto de bendita recompensa, aun ahora, el Señor concede a los que escogen sufrir por él.

Con frecuencia ha parecido como si Dios pusiera cuidado en premiar más ricamente a sus siervos fieles, en los mismos puntos donde han sufrido y sacrificádose más por él. Así como el barro toma la forma del molde, así su abundancia corresponde a nuestras privaciones, su plenitud a nuestra abnegación, su don de sí mismo a nuestra rendición por amor a él. ¿No es esto la sustancia de lo que promete en aquel dicho suyo, "El que per-

diere su vida por causa de mí, la hallará." En otras palabras, encontrará la mismísima cosa que se ha negado; pero en Cristo, y no en sí mismo; el gozo divino en vez de la felicidad humana; las riquezas espirituales en lugar de los bienes terrenales; el favor con el pueblo del Señor por la enemistad y desechamiento del mundo. Seguramente podemos consolarnos indeciblemente en este hecho, en vista de cualquiera prueba o trabajo que nos sintamos movidos a sobrellevar por amor al Maestro. Nunca ha dejado de dar este testimonio de su tierno amor y bondadoso cuidado de los suyos. Su galardón será siempre ajustado a nuestra privación; si podemos decir con verdad: "He aquí, nosotros hemos dejado todas las cosas y te hemos seguido," sin duda nos será cumplida la promesa, "Todo es vuestro, y vosotros de Cristo; y Cristo de Dios." Cuanto hay de abnegación, tanto hay del don del Espíritu es la ley del Espíritu de vida, así como cada abertura en la costa indica una plenitud correspondiente en la marea creciente. Por tanto no debe parecernos extraño que el mismo apóstol que había "perdido todo" por Cristo, pudiera, no obstante hablar de sí como "poseyéndolo todo."

Esta es la lección que nos impresiona más profundamente en la vida de aquel raro cristiano del siglo pasado, Gerardo Tersteegen de Mulheim en Alemania. Nacido en 1697; engendrado de nuevo a los diez y siete años de edad; pronto después tan influido por el Espíritu, que con frecuencia pasaba toda la noche en oración y suplicación; luego su renuncia de riquezas y comodidades a fin de con todos sus bienes poder ministrar a los pobres; luego su noble dedicación a Dios en un pacto escrito; y en seguida los años de denigración y deserción por los cristianos formales.—Esta en breve, es la historia de su vida. Pero en medio de todo ello

¡qué compensaciones inconmensurables! Parece que jamás cabía en su mente ningún pensamiento de hacerse atractivo y extensamente influyente. Pero justamente cuando fue más evitado y abandonado de los mundanos, entonces los afligidos que sentían el peso de sus pecados, empezaron a acudir a él de todas direcciones pidiendo sus consejos espirituales. ¡Fíjate bien, predicador popular, que te vales de toda arte y originalidad para atraer al pueblo! Aquí tenemos a uno que no pensaba en atraer a nadie, siendo el único deseo de su corazón el de hacerse santo al Señor, y hacer perfectamente su voluntad. En verdad, mientras seguía en su humilde vocación de hacer listones no tenía idea ninguna de hacerse predicador. Pero como su Maestro, para quien vivía supremamente, "no pudo esconderse." La gente le apretaba. Procuró retirarse de ella; pero tanto más le apretaba. Antes de levantarse en la mañana, cincuenta o sesenta personas esperaban para oír la palabra de Dios de sus labios; mientras los clérigos de la iglesia del estado tenían celos de su ministerio irregular y se quejaban de él con los magistrados, cedía a la importunidad de almas hambrientas, consintiendo en predicar; y se juntaban en números tan crecidos que no sólo llenaban cada recinto de la casa, sino que subían por escaleras a las ventanas, en su ansia de oír sus palabras. Uno a quien no conocía absolutamente, camina doscientas millas a pie y en mal tiempo para oír las palabras de este bendito hombre. Pero Tersteegen, está entre tanto, extrañamente asombrado de todo esto por ser su discurso tan sencillo e impremeditado. "No puedo adivinar lo que busca la gente de una criatura tan pobre, exclama." Pero el secreto es claro para nosotros que leemos su vida hoy. Entrégate sin reserva a Cristo y Cristo se entregará sin re-

serva a tí; toda la riqueza infinita de su favor temporal y espiritual te será libremente concedida. "*Jesús sólo es suficiente,*" escribió, "*pero es insuficiente cuando no es aceptado del todo y solamente.*" Verdadero, fuera de toda cuestión, es el dicho, y es igualmente cierto que los que le aceptan "teniendo siempre en todas las cosas todo lo que basta, abundarán para toda buena obra." Pensad en este hombre, antes evitado y mofado como un fanático, ahora apretado por multitudes de almas ansiosas de modo que apenas pueda encontrar tiempo para comer y dormir; una vez echado solo en un desván, abrasado con fiebre, y tan pobre y olvidado que desde la mañana hasta la noche nadie le traía un vaso de agua; ahora hecho heredero de legados tan suntuosos de amigos a quienes nunca ha visto y de parientes espirituales en tierras extrañas, que se siente obligado a rehusarlos. ¡Cómo fue enriquecido en todo, para toda bondad, temporal y espiritual, como él, cordialmente y sin reserva abrazaba lo que él llama, "*el misterio de la cruz visible e invisible.*" ¿Podemos admirarnos de que él hubiera dado esto como su estimación de la vida?

"Me parece que sería para mí una consolación indecible, si en la hora de la muerte, y cuando tenga que comparecer en la presencia de Dios, pudiera proclamar a todo el mundo que Dios solamente es el manantial de la vida, y que no hay otra manera de encontrarle y gozar de él, que el camino angosto de la oración secreta y de la abnegación, y una vida escondida con Cristo en Dios, abierto para nosotros y consagrado por la muerte del Salvador."

Una gracia inconsciente y espiritual fue el galardón especial de la abnegación que él segó. Es una ambición honrosa la del poder de atraer a los hombres, si nuestro único propósito es el de traerlos a Cristo. Pero

acordémonos de que el verdadero centro de gravitación, es la cruz. "Y yo, si fuere levantado de la tierra, *a todos traeré a mí mismo.*" Si por la palabra o por el ejemplo, si por la predicación en que Jesucristo es "ya descrito como crucificado," o por la vida en que su cruz y obediencia hasta la muerte brillan conspicuamente, esta es la atracción más fuerte. Pluguiese a Dios que aprendiéramos bien esta lección de que por nuestra abnegación la atracción de Dios es ejercida más efectivamente sobre las almas humanas. Gerardo llevó hasta tal punto su renunciación que estaba dispuesto a negarse el gozo de la comunión divina si era necesario. Aconsejó que en temporadas de abandono e infructuosidad, ni volvamos al mundo para alcanzar consuelo, ni persistamos en pedir a Dios un consuelo que por el tiempo le place negarnos. Dice:

"Antes de que llegara el día de Pentecostés los discípulos no podían soportar la soledad sin la presencia personal y visible de Jesús. 'A pescar voy,' dijo Pedro. El tiempo les parecía largo en la soledad; y tal es el caso con nosotros. Vamos, como si fuera, a pescar, en un libro, en la compañía de otros, etc.; y es un favor, si, no habiendo cogido nada durante la noche, el Señor nos encuentra y nos demuestra, como lo hizo con los discípulos, la futilidad de todos los esfuerzos semejantes. Testifico con temor, vergüenza, y profundo reconocimiento, de la longanimidad y bondad divinas, lo que mi propia experiencia me ha enseñado en este respecto; que el ejercicio de la oración es de tanta importancia, y que en temporadas de tinieblas e infructuosidad caemos en la tentación tan fácilmente. Pero por otra parte, cuando no podemos proceder con el ejercicio de la oración de la manera acostumbrada, no debemos asir con esfuerzos firmes y obstinados lo que le place

al Señor quitarnos; sino que debemos humillarnos, consentir quietamente en nuestra desnudez y pobreza; sacrificar nuestro gusto, luz y placer a su buena voluntad y hacer que esta sea nuestra oración y alimento; encontraríamos así con el tiempo, la ventaja de abandonarnos a nosotros mismos; de la privación y la pérdida de sí mismo, por decirlo así, y seríamos hechos capaces de un retiro más profundo, o más bien más puro, compuesto de la oración, y la unión con Dios, lo cual es el objeto mismo que el Señor se propone."

¡Qué profundidad de abnegación se vislumbra aquí! Aceptar la cruz de la comunión negada; negarse el favor divino, para ser humillado y castigado más completamente—esto es pasar mucho más allá de la obediencia común. Y no podemos admirarnos de que la recompensa sobrepasara tanto los términos ordinarios; de modo que después de participar de la prueba de su Maestro, de ser menospreciado y desechado de los hombres, participó también de la gloria de su Maestro, y a él se congregaron los pueblos.

Hasta aquí hemos hablado de la recompensa actual que el Señor da por el servicio fiel. A veces ésta viene después de la muerte del siervo de Dios; está en el tiempo presente; pero después de la partida de aquel que la ha ganado. Parece que esta es la promesa en la bienaventuranza de los muertos fieles que es dada en el Apocalipsis; "que descansarán de sus trabajos; *porque sus obras con ellos siguen.*" (Apoc. 14 : 13). Sus manos han dejado de trabajar, y su lengua está silenciosa; pero por ser su trabajo tan verdaderamente en el Señor, continúa en aumento y bendición perpetuos sobre la tierra. No vivieron el tiempo suficiente para ver el fruto de su servicio; pero la generación que sigue lo ve y alaba su memoria.

Detengámonos por un momento junto al sepulcro de uno de estos bienaventurados que murieron en el Señor. Está en el presbiterio de Santa María en Taunton, Inglaterra. Nos inclinamos para leer la inscripción: "Aquí yace el Maestro José Alleine de Taunton—un sacrificio a Dios y a vosotros";—y nuestros pensamientos vuelven a aquel día de Noviembre de 1668 cuando su sepulcro fue cerrado. Allí está la viuda Teodosia, la compañera de sus pesares y la que llora su muerte temprana. A su lado está el anciano Jorge Newton, su amado hermano y compañero en tribulación; y cerca de ellos está Juan Howe con otros que lloran y que han venido de una parroquia vecina para ver por última vez el rostro de este amado siervo de Cristo. ¿Qué pensamientos no llenarán sus mentes, mientras procuran justificar los caminos de Dios con los hombres! Este fiel ministro, tan dotado por la naturaleza, tan absolutamente consagrado a Dios, traído a su sepulcro a la edad de treinta y cinco años, completamente quebrantado por una larga prisión y por una persecución despiadada; su candela apagada cuando "tinieblas cubren la tierra y obscuridad a los pueblos," siendo él una antorcha que ardía y alumbraba tanto,—¿cómo podía el Señor permitirlo? Si semejantes pensamientos surgen en el corazón de la viuda, que se acuerde de aquella hermosa carta escrita a ella en los primeros días de sus esponsales. ¿Tendría José Alleine un presentimiento del futuro que les esperaba? ¿Arrojaría ya sus sombras al través de su camino la cárcel de Ilchester? Casi parecería así. Pero leamos la carta:

"Nadie ha perdido nada, ni nunca perderá nada por Jesucristo. Muchos han perdido mucho por amor a él; pero nunca ha perdido alguno por él. Está segura de esto, sean cuales fueren las probabilidades de comodi-

dades exteriores que dejemos; sean cuales fueron las ventajas exteriores que abandonemos a fin de que podamos glorificarle con nuestros servicios y gozar de él en sus ordenanzas más que otros, donde podamos recibirlos cien veces tanto en esta vida. Es una cosa triste ver cuán poco Cristo es creído en el mundo; los hombres no quieren confiar en él sino hasta donde pueden ver, no dejando ningún lugar para la fe. ¿No tiene él mil maneras, tanto visibles como invisibles de recompensarnos por un poco de desventaja exterior? De qué nos sirve la fe? ¿Se habrá aventurado alguien a seguirle en su camino, sin encontrar que él ha cumplido con cada palabra de su promesa a ellos? Ejerzamos, pues, la fe, y apoyémonos sobre su promesa, y veremos que nunca tendremos vergüenza de nuestra esperanza.

"Lo que nos falta en los medios, Dios lo suplirá en la bendición. Esto lo tomo como una verdad cierta, mientras un hombre se somete a sí mismo y sus asuntos a Dios, y está en el camino en que Dios le ha puesto: si alguno tiene sólo un poco de rédito, si tiene una grande bendición, ésta le basta. No debemos estimar las bendiciones por el volumen. ¿Qué si otro tiene una libra y yo una onza solamente? Si la mía es oro y la suya plata, no cambiaré con él. Así como no es el pan lo que sustenta la vida de los hombres, sino la palabra de bendición que procede de la boca de Dios; así no es la grandeza de los medios, sino la bendición del Señor lo que enriquece. ¡Oh! si los hombres creyeran esto no se asirían tanto del mundo. Bien; sigan otros su camino y nosotros seguiremos el nuestro, esperando en Dios con fe y oración y descansando en su promesa; y estoy seguro que de esta manera seremos abastecidos."

Todo esto fue verdaderamente profético: "*No tiene él mil maneras, tanto visibles como invisibles, de recom-*

pensarnos por un poco de desventaja exterior?" Veremos cuáles eran unas de estas maneras en este caso. Pero miremos primero por un momento al hombre mismo. Tan dado a la oración era él, que llevaba consigo la misma atmósfera del cielo. Ni la humedad de las cárceles ni las maneras corrompidas del siglo, podían viciar esta atmósfera. "Mirra, áloe y casia exhalaban todos sus vestidos," por ser él, uno que diariamente andaba con Dios en el Paraíso. "En el tiempo de su salud," escribe su amada esposa, se levantaba siempre a las cuatro o antes; y esatría muy intranquilo si oía obreros trabajando en sus oficios, antes de que él hubiera empezado a tener comunión con Dios, diciéndome con frecuencia, "¿Cuánto este ruido me avergüenza! ¿No merece mi Maestro más que el suyo?" Desde las cuatro hasta las ocho pasaba el tiempo en la oración y la meditación santa y cantando salmos, en lo cual se deleitaba mucho; tanto, que lo practicaba diariamente solo o con su familia." Aquí se descubren los manantiales de aquella alegre espiritualidad que impresionó tan poderosamente a los que tenían contacto con él. Y su predicación igualaba en todo a su oración. "Tenía hambre insaciable e infinita por la conversión de las almas, en lo que tenía no poco éxito en el tiempo de su ministerio; y a este fin derramaba su mismo corazón en la oración y la predicación: impartía no solamente el evangelio, sino también su propia alma. Sus suplicasiones y sus exhortaciones eran con frecuencia tan afectuosas, tan llenas de santo celo, vida y vigor, que conmovían profundamente a sus oyentes; se enternecía con ellos tanto, que los deshela y suavizaba, y a veces disolvía los corazones más duros."

Toda la historia de su encarcelamiento por causa de la conciencia, su experiencia de crueles vituperios y

azotes, todas las obras impías que los impíos cometieron contra él—tenemos que pasarlas por alto. Sólo sepamos de su paciencia, de su silencio ante representaciones falsas, al mismo tiempo que rehusaba obstinadamente guardar silencio en alguna parte o en alguna ocasión, cuando podía predicar el evangelio a las almas que perecían; sólo oigamos lo que era su gozo, esperanza y consuelo perene en medio de sus pruebas. Aquí tenemos un pasaje breve de una de sus cartas:

"Realmente, señor, no es sino un corto tiempo el que las cárceles pueden contenernos. Seguramente El ha ido a preparar un lugar para nosotros; y vendrá otra vez para recibirnos a sí mismo, para que donde él está, nosotros también estemos. Y ¿qué tenemos nosotros que hacer sino creer, esperar, amar, ansiar y mirar por su venida, en la que está toda nuestra esperanza? Baste para nosotros que seremos preferidos entonces. Sabemos de antemano quién tendrá la preferencia entonces."

Pero la recompensa de Alleine no fue del todo diferida hasta el tiempo de la venida de Cristo. ¿Nos hemos fijado en aquella promesa significativa con respecto al Mesías que padecía—"Vivirá por largos días." (Isa. 53 : 10). "Cortado fue de la tierra de los vivientes;" sus días sobre la tierra fueron acabados prematuramente; pero fueron prolongados en el ministerio del Espíritu y en las vidas de sus discípulos. Y lo que era cierto con respecto a él, es cierto también tocante a sus fieles siervos en todos los siglos. José Alleine fue cortado a los treinta y cinco años de edad, siéndole dado sólo la mitad del tiempo concedido al hombre sobre la tierra. Pero dejó, entre otros escritos, un breve tratado llamado "La Alarma a los no Convertidos." Es un libro sencillito sin estar dotado de ningunos de aquellos elementos de inmortalidad que pertenecen a las obras

famosas de sus hermanos puritanos—ni teniendo nada de las atractivas figuras del “Viador” de Bunyan ni de la brillantez chispeante del “Armadura Cristiana” de Gurnall. Pero treinta y cinco años después de la muerte del autor, el Dr. Calamy escribió: “No hay libro en la lengua inglesa, exceptuando solamente la Biblia, que pueda igualarlo en las cantidades que han sido distribuidas.” Los hombres dirían que su carrera era una maravilla literaria; treinta mil ejemplares fueron impresos una vez en una sola edición, por ser tan grande la demanda. Nosotros lo llamamos un sello divino y visible fijado por el Señor a la fidelidad de uno de sus ungidos. Parecería como si Dios soplara en él una inspiración especial de su Espíritu, diciendo, “Puesto que los impíos han cortado a mi bien amado siervo por sus persecuciones, de modo que vivió solamente la mitad de sus días en la tierra, decreto que ha de vivir aun después de su muerte, para prolongar sus días y ver su linaje, en la influencia de este librito. Es completamente sin precedente, por lo que sabemos—este ministerio póstumo del mejor de los puritanos. Nos dicen que un indolente ministro escocés leyó partes de este libro a su congregación y que resultó de ello un avivamiento que se extendió por toda una región con su poder transformador. Sabio y confiado siervo de Dios, que sufrió tranquilamente en el reino y paciencia de Jesucristo, sosteniéndose “como viendo al invisible,” ¡cuán verdaderas son tus palabras! *“No tiene él mil maneras, tanto visibles como invisibles, de recompensarnos por un poco de desventaja exterior!”* El que amaba la predicación del evangelio y la salvación de las almas mejor que su propia vida, obró, por este tratado aún más poderosamente después de su muerte, que por sus enseñanzas orales durante su vida.

Dios no está limitado a tiempos y circunstancias actuales al dar a sus siervos el premio de su labor. El cierre de un púlpito, puede ser la apertura de una puerta grande y eficaz en otro. Eduards en Nueva Inglaterra, Spencer en Alemania, Monod en Francia fueron, cada uno de ellos, echados de su iglesia, y sus lugares de testimonio fueron cerrados contra ellos, porque enseñaban una fe más pura y una clase de vida cristiana más alta que la que prevalecía en su derredor. Pero no perdieron por ello ni lo más mínimo de su influencia y utilidad.

Hay gozo y el testimonio de una buena conciencia en el corazón de los que han sido fieles hasta la muerte, testificando por Cristo. Aquí tenemos un rédito espiritual que sobrepuja a todo lo demás. “Dios paga; pero no siempre al fin de la semana,” dice un proverbio que se cita con frecuencia; y podemos añadir que no paga siempre en la misma moneda. Por un cambio divino a menudo resarce pérdidas temporales con moneda espiritual; una moneda que lleva solamente la imagen e inscripción de Cristo, y por eso no tiene valor ninguno en los mercados del mundo; pero que es de valor inestimable a los que pueden discernir espiritualmente. ¡Cuán incontables son los ejemplos que pudiéramos dar de esta recompensa espiritual si tuviéramos espacio para considerarlos! Aquí está la paciencia y la fe de los santos—el bálsamo del Espíritu que sana las heridas de la espada; la realidad de la ciudadanía celestial que mitiga todas las penas y privaciones del destierro en el mundo.

No debemos admirarnos que Zinzendorf, que exclama desde un corazón ardiente, “¡Tengo una sola pasión, es Cristo, él sólo!” se encontrara pronto como objeto del más amargo desprecio en un mundo cuya única pa-

sión es el egoísmo y éste solamente. Pero ¿qué importa? "Por la fe Noe... aparejó el arca en que su casa se salvase: *por la cual fe condenó al mundo.*" Un santo escogimiento de Dios y de la vida eterna arrojará un reproche inevitable sobre los que piensan sólo en lo terrenal. Pero la porción de los tales está con el Señor, y en la comunión que nos levanta a su presencia. La calumnia y la detracción siguieron a Zinzendorf como las sombras negras siguen una luz brillante. El que había renunciado la ciudadanía terrenal, afirmando que "aquel lugar es nuestro hogar propio donde tenemos la mejor oportunidad de trabajar por el Salvador," tuvo que pasar años en el destierro. Pero en medio de todo pudo decir, "Quisiera mejor ser menospreciado y odiado por causa de Jesús, que ser amado por mí mismo." Agobiado por el trabajo, y con frecuencia llevando la pesada cruz de la deshonra, sin embargo pudo exclamar hablando de un viaje, "*Todo el camino andaba en paz y gozo en el Señor.*"

Tres veces bienaventurados son los que tienen semejante porción. "Y nadie quitará de vosotros vuestro gozo," dice el Salvador. Que sean incitados los siervos de Dios por estos breves vislumbres de las vidas de los que sufrieron y triunfaron, a escoger esta herencia divina: "Es palabra fiel, que si somos muertos con él, también viviremos con él: si sufrimos, también reinaremos con él. Si le negáremos él también nos negará; si fuéramos infieles, el permanece fiel; no se pudo negar a sí mismo."

IDEAL Y LOGRO

“Dice la sabiduría humana, ‘Desembarázate poco a poco de los vínculos del pecado; aprende gradualmente a amar a Dios y a vivir por él.’ Pero de esta manera nunca abandonamos completamente el pecado, ni nos damos absolutamente a Dios. Nos quedamos en la atmósfera triste e inquieta de nuestra propia naturaleza, y nunca llegamos a la contemplación de la plena luz de la santidad divina. La fe, por el contrario, nos levanta, como si fuera, de un salto, al puesto real que Jesucristo tiene ahora, y que en él es realmente nuestro. Desde allí vemos el pecado echado debajo de nuestros pies; gustamos la vida de Dios como nuestro verdadero ser esencial en Jesucristo. Dice la razón, ‘Hazte santo a fin de ser santo.’ La fe dice, ‘Eres santo: por lo tanto hazte santo. Eres santo en Cristo; hazte santo en tu propia persona.’ Esto es tal vez el rasgo más paradójico de la doctrina puramente evangélica. El que lo desconoce, o no quiere aceptarlo, nunca pasará el umbral de la santificación cristiana. No nos deshacemos del pecado poco a poco; lo abandonamos con aquel abandono total que fue consumado por Cristo sobre la cruz. No subimos uno por uno los grados del trono: saltamos sobre él y nos sentamos allí con Cristo, por el acto de fe que nos incorpora en él. Entonces desde la altura de ese puesto, que es santo en su naturaleza esencial, reinamos victoriosamente sobre nosotros mismos, sobre el mundo, Satanás, y todos los poderes del mal.”

—Godet.

XI.

IDEAL Y LOGRO

(Conclusión)

Lo que hemos sacado así de la Escritura y la experiencia, quisiéramos verlo hecho real en la vida cristiana. Pero sentimos que el vivir una verdad es mucho más difícil que exponerla. Sin embargo, hemos de acordarnos de que la doctrina no es la medida de la experiencia, sino su molde. Por ejemplo, en lugar de procurar la crucifixión como la meta de nuestros esfuerzos, la tomamos como nuestro punto de partida. “He sido crucificado con Cristo,” (Gal. 2 : 20, Ver. Mod.) escribe Pablo. Aquí tenemos el hecho doctrinal o judicial sobre el que se basa y desde donde procede. Y de continuo lo reitera como una verdad que se aplica a todos los creyentes sin distinción. “Juzgando nosotros esto: Que uno solo murió por todos; *luego en él todos murieron.*” (2 Cor. 5 : 14, Ver. Mod.). Y ¿qué conclusión saca él de este solemne hecho judicial? Esta, que hemos de esforzarnos con toda diligencia para hacerlo un hecho realizado y experimental. “Porque ya moristeis... *haced morir pues vuestros miembros que están sobre la tierra.*” (Col. 3 : 3, Ver. Mod.). Es decir debemos hacer verdadero en nosotros lo que ya es verdadero para nosotros en Cristo y así volver un hecho de doctrina en un hecho de adquisición. Y este principio se aplica igualmente a la resurrección. *Habiendo*

resucitado con Cristo, debemos buscar las cosas de arriba. (Col. 3 : 1). Esto es, debemos vivir la vida de la resurrección en él, en vez de conitnuar en la vida caída en Adam.

Ya es cierto que el Espíritu Santo ha sido dado; por tanto debemos recibirle en su plenitud y poder. Es verdad que todos los creyentes son santificados, porque Pablo se dirige a la iglesia entera de Corinto como a los que son "*santificados en Cristo Jesús*;" por esto hemos de procurar con toda diligencia ser santificados en nosotros mismos, para que todo nuestro espíritu, alma y cuerpo sea presentado entero sin reprensión delante del Señor en su venida. Esto, lectores, es lo que queremos decir con la vida doble." Es la obra de Cristo a favor nuestro sobre la cruz, sobre el trono, y en las nubes, por una parte; y la obra de Cristo en nosotros, por su Espíritu, por su Palabra, y por sus ordenanzas por otra. Y el alto esfuerzo, la tarea perpetua que nos es presentada en las Escrituras, es la de conformar nuestra experiencia interior a nuestro modelo exterior, o por decirlo en las palabras expresivas de Pablo, es la de proseguir por ver si alcanzamos aquello para lo cual fuimos también alcanzados de Cristo Jesús. Para nosotros el alcance cristiano no es una cosa de prueba e incierta. Dios nos dice a cada uno de nosotros, "Si lo puedes ser; y puesto que cada uno es el arquitecto de su fortuna, procure alcanzar el fin que le conviene más." De ninguna manera; Dios nunca nos habla, como lo hacen los hombres, acerca de ser los arquitectos de nuestra propia fortuna; pero nos presenta aquel arquetipo de nuestra fortuna espiritual que él nos ha formado y declara que estan cierto que éste ha de ser obrado en nosotros, que lo cuenta como ya hecho, diciendo: "Porque a los que antes conoció, también predestinó

para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo... Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó." (Rom. 8 : 30).

Debe ser ocasión de gratitud sincera, según creemos, que el gran movimiento evangélico de la actualidad esté dando tanto énfasis a la doctrina de que la justificación y la certidumbre se basan en la obra externa y la palabra externa de Cristo. Los investigadores son exhortados a buscar la evidencia de su salvación en lo que el Redentor ha hecho por ellos en la Cruz, y en lo que les ha dicho en su Testamento, y no en lo que puedan descubrir en sus corazones. Esta es la verdadera doctrina de la justificación por la fe, que fue revivificada por la obra de la Reforma. La fe nunca llama la atención a sí misma, sino que siempre señala la obra consumada de Cristo. "Justificados, pues, por la fe." —Pero el "pues" hace que el pensamiento vuelva al verso anterior, y arroja todo el peso de nuestra confianza sobre el hecho consumado allí manifestado; "El cual fue entregado por nuestros delitos, y resucitado para nuestra justificación."

El avivamiento wesleyano de hace cien años dió mucho énfasis a la doctrina del testimonio interior. Esto fue necesario e inevitable en un movimiento que resistía tan fuertemente el externalismo infructuoso que prevalecía entonces en la iglesia. Pero nos parece que con el tiempo este énfasis llegó a ser excesivo y opresivo, y tendía a poner sobre las almas ansiosas una carga más grande de la que podían soportar. Cuántos de nosotros nos acordamos de que en nuestra conversión fuimos exhortados con persistencia a que miráramos adentro, y cuán estrictamente nos mandaron mirar nuestros ejercicios espirituales para encontrar las eviden-

cias de nuestra aceptación. Pero ahora el péndulo ha llegado al otro extremo, y nuestros evangelistas más efectivos tienen en poco toda confianza en las emociones y sentimientos, diciendo a los pecadores que miren a Cristo en la Cruz, en lugar de buscar a Cristo en el corazón; que reciban el testimonio de la Palabra para su aceptación, cuando han creído, en vez de buscar el testimonio de la conciencia. Esto nos parece ser sin duda el puro evangelio. Y hay tanta más necesidad de dar a la otra fase de doctrina su verdadero lugar, a fin de conservar el balance de la verdad. Debemos insistir en que se busque el testimonio del Espíritu, no como la base de la fe sino como el fruto de la fe. Pablo nos ha dicho lo que es la verdadera vida doble en un solo párrafo en la Epístola a los Gálatas—"Porque todos sois hijos de Dios *por la fe en Cristo Jesús*." "Y *por cuanto* sois hijos, Dios envió el Espíritu de su Hijo en vuestros corazones, el cual clama: Abba, Padre." (Gal. 3 : 26; 4 : 6).

Nos parece que los antiguos escritores puritanos juntaban estos dos lados de la verdad, y conservaban el balance hasta un grado notable. Expusieron con suma claridad la obra objetiva de Cristo, y también explicaron su obra subjetiva, con una minuciosidad y un entendimiento profundo que excedieron a todo lo que vemos en nuestros días. Y escribían tan claramente, porque habían aprendido estas cosas por una profunda experiencia interior. ¿Qué señales dan los diarios y meditaciones dejados por estos hombres buenos, de las alturas que alcanzaron las mareas del Espíritu en sus almas! Es una gran lección que podemos aprender de ellos con respecto a la cultura de la vida interior.

Al leer los sublimes discursos de Juan Howe sobre "La Felicidad de los Justos," "Deleitándose en Dios,"

y "Las Lágrimas del Redentor," instintivamente buscamos la autobiografía de este hombre que escribe tan divinamente. Pero nos dicen que antes de su muerte mandó que todos sus diarios fuesen quemados, y que a pesar de las súplicas de sus amigos, fueron todos echados en la lumbre. Pero más de una vez ha expresado su idea de la importancia de esforzarse para alcanzar la más alta comunión y deleite en Dios, que el alma pueda lograr por el Espíritu Santo. Y un vislumbre que nos es permitido de su experiencia espiritual, nos demuestra cuán claramente comprendió la vida doble. En una página no impresa de su Biblia encontramos esta narración en Latín:

"16 de diciembre de 1689."

"Después de haber pensado largo tiempo seriamente y repetidas veces que, además de un asentimiento pleno e indubitable a los objetos de la fe, era necesario también un gusto de ellos vivificador y sabroso, para que con fuerza más poderosa y energía más pujante penetraran en el centro más interior de mi corazón, y estando allí muy profundamente fijados y arraigados, gobernarán mi vida; y que no podría haber otra base segura sobre la cual podría concluir y pasar un juicio sano tocante a mi buen estado para con Dios; y después de que había estado en el curso de mi predicación insistiendo mucho en 2 Cor. 1 : 12, 'Porque nuestra gloria es ésta: el testimonio de nuestra conciencia, etc.' esta misma mañana me desperté de un sueño muy encantador y deleitoso, cuando parecía penetrar en mi pecho abierto y dilatado una corriente maravillosa y deleitosa de rayos celestiales desde el alto trono de la Majestad Divina. A menudo he reflexionado con gran complacencia sobre aquella prueba señalada del favor divino que me fue concedida en aquel día memorable; y

repetidas veces y con nuevo placer he gustado los deleites de ella. Pero lo que de una manera semejante sentí claramente, por la admirable beneficencia de mi Dios, y las influencias sumamente placenteras y consoladoras del Espíritu Santo, el 22 de Octubre de 1704, sobrepujaba con mucho a las palabras más expresivas que mis pensamientos pueden sugerir. Entonces experimenté un ablandamiento indeciblemente placentero, y las lágrimas borrarón de mis ojos, por el gozo de que Dios derramara su amor abundantemente en los corazones de los hombres, y de que por este mismo propósito, el mío fuese tan señaladamente poseído del bendito Espíritu. Rom. 5 : 5.

Rectamente opina este sublime pensador, que es la vida divina dentro del hombre, que penetra hasta el mero centro, fijándose y arraigándose allí, la que determina el carácter. La mirada de la fe hacia fuera, nos salva; la vida interior de la fe, nos santifica. La cara humana toma su expresión del alma interior; de aquel escultor invisible que forma nuestras facciones por el toque del pensamiento, sentimiento y deseo. Ningún rostro puede copiar las líneas de belleza de otro; tienen que ser trazadas desde adentro. Y así es "la ley del Espíritu de Vida" que opera dentro de nosotros, lo que determina nuestro carácter y ejemplo, en vez de una imitación externa. Es verdad que el apóstol dice que "nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma semejanza." Pero esta transformación no es efectuada por la conformidad exterior, sino por una amoldadura interior. Porque agrega "*como por el Espíritu del Señor.*" ¿Nos será posible, pues, dar demasiada importancia a la morada del Espíritu en el corazón y su obra allí?

Y esto nos hace aludir de nuevo a la cuestión de la investidura y la habitación del Espíritu Santo. Fijaos como, en las Escrituras, todo poder, éxito, conocimiento y convicción dependen de esto. No se menciona para nada en las descripciones de la predicación primitiva, la elocuencia o la erudición. Sino que la historia dice que "han predicado el Evangelio *por el Espíritu Santo enviado del cielo.*" (1 Ped. 1 : 12). No se recomienda el uso de la lógica poderosa para convencer a un mundo infiel de la deidad de Cristo. Al contrario, se nos dice que "nadie puede llamar a Jesús, Señor, *sino por el Espíritu Santo.*" (1 Cor. 12 : 3). No se proveen oraciones fijas para los ignorantes; sino que la declaración es explícita que "qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos; sino *que el mismo Espíritu pide por nosotros con gemidos indecibles.*" (Rom. 8 : 26). Si se hace tanto que depende del Espíritu en el corazón; con cuánta diligencia deberíamos procurar la medida más grande y la más plena comunicación de su poder, que nos sea posible alcanzar!

No insistimos en que sea la voluntad de Dios que todos reciban el mismo asombroso bautismo del Espíritu que recibieron Finney y Brainerd Taylor; o que sean visitados de deleites tan seráficos como los que gozaron Eduards, Howe y Flavel, o que sean favorecidos con tiempos de refrigerio tales como los que fueron concedidos a Brainerd y Christmas Evans. Pero la unción del Espíritu para prepararnos para el servicio más alto—esto parece ser algo que con derecho todos pueden buscar. Y ¿cómo puede obtenerse? porque esta es la pregunta que tenemos que contestar en este capítulo.

1. Por la oración: continuada, definida y perseverante, respondemos en primer lugar. Al paso que lleguemos a ser profundamente instruidos en esta mate-

ria, aprenderemos a orar menos por los detalles del deber, y más por la plenitud del poder. El fabricante se interesa especialmente en tener suficiente agua para su fábrica; y estando arreglado esto, sabe que sus diez mil husos seguirán funcionando sin que preste atención especial a cada uno. De semejante manera, debemos tener más solicitud por las fuentes de nuestro poder que por sus resultados. Si por la verdadera oración hemos logrado acceso a Dios y obtenido la comunicación del Espíritu, todo servicio será avivado; todo deber será inspirado; toda enfermedad será mejorada. Oremos, pues, con toda perseverancia por el Espíritu Santo, velando en ello, hasta que por la fe y paciencia, heredemos la promesa. Hemos dicho que la selladura de nuestro Maestro era el modelo para la nuestra. Y ¿nos hemos fijado en que le vino mientras intercedía con su Padre? "Habiendo sido bautizado Jesús también, y estando él orando, abrióse el cielo; y bajó sobre él el Espíritu Santo en forma corporal, como paloma," (Luc. 3 : 22, Ver. Mod.),—sugiriendo la idea de que aún el Hijo de Dios no recibió este don sin pedirlo. Continúa, pues, en la suplicación, creyente, pidiendo ésta, la más grande de las bendiciones. Todos los demás dones están incluidos en el don del Espíritu, todos los poderes están incluidos en el poder del Espíritu. No dejes de pedir hasta que recibas la contestación, y el Señor volverá a decir, "Tomad el Espíritu Santo."

2. Estudiando diligentemente las Sagradas Escrituras, nos pondremos seguramente en el camino de alcanzar esta bendición. "El Espíritu de Dios camina más triunfalmente en su propio carro," dice un digno puritano. Y sabemos por declaraciones repetidas que la palabra de Dios es el vehículo del Espíritu. "Santifícalos por tu verdad," ora Jesús; "tu palabra es verdad."

Si subimos a Dios en el carro de fe e intercesión, podemos esperar que descienda hasta nosotros en el carro de verdad. Escudriñemos, pues, las Escrituras diligentemente, para descubrir qué tesoros el Espíritu tiene escondidos allí para nosotros.

3. Asociándonos con aquellos siervos de Dios que tienen más de la vida del Espíritu en sus almas, podremos encontrar esta gracia. Los ejemplos en los Hechos de los Apóstoles, en los que creyentes fueron enviados a comunicar el Espíritu a los que no lo tenían, son sugestivos. Sin argüir que hay a quienes puedan conferir este don de la misma manera en la actualidad, el método es significativo del orden general de Dios. Ha puesto este tesoro en vasijas de barro a fin de que pueda verse con más facilidad en otras de la misma clase. Y con frecuencia estas vasijas son muy humildes y poco estimadas entre los hombres;—cristianos escondidos que tienen mucha intimidad con Dios; mujeres humildes de quienes el mundo no es digno; discípulos de alguna secta menospreciada, o moradores en alguna noble obscuridad—éstos son los que con frecuencia se han mostrado ser los instrumentos principales de Dios para conducir a los cristianos al poder más pleno y a la luz más clara del Espíritu.

Es más que interesante, es del todo humillante y depresivo estudiar ejemplos de esta clase. Allí está Juan Tauler, el espléndido predicador y teólogo, a los cincuenta años de edad absolutamente sin igual entre sus contemporáneos. ¿Qué más necesitaba él que le añadiera poder? Pero en 1340 llega a Strasburg un extraño misterioso—Nicolás de Basle, prominente en la secta de "Amigos de Dios." Logra hacerse escuchar por este hombre a quien todo el pueblo escucha, y le hace ver que no es por el poder de la erudición ni por el esplendor

dor de la elocuencia, sino por el Espíritu de Dios como él ha de cumplir con su ministerio. Y al fin el predicador admirado deja su púlpito por dos años enteros para buscar en el retiro, aquella investidura espiritual que antes no había conocido. Y ¡con cuánto poder predicó cuando salió de su soledad y volvió a ascender a su púlpito! ¡Qué intensidad escudriñadora de lenguaje! ¡Qué humildad tan profunda! ¡Qué abnegación tan apostólica! Viviendo en un siglo que ha sido llamado "una época de lágrimas, de sangre y de calamidades infinitas," fue un profeta y apóstol de Dios, tal como pocos siglos subsecuentes han conocido.

Allí está Francisco Xavier, en el siglo décimo sexto. Ya tiene una reputación brillante, y multitudes se aglomeran diariamente para oír sus discursos. ¿Quién habrá alcanzado éxito si no él? Pero entre la multitud de sus oyentes se ve la figura sombría de Ignacio de Loyola. Detestado, burlado, repulsado al principio, no deja el objeto de su solicitud; sino que después de cada espléndido éxito insiste en la pregunta: "¿Qué aprovechará al hombre si granjeare todo el mundo, y pierde su alma?" Al fin, bajo esta inquisición tan escudriñadora, Xavier se ve forzado a retirarse del mundo y sus pensamientos ambiciosos tienen que encerrarse en el claustro de su corazón penitente, para ser educados allí en la obediencia de la cruz de Cristo. Cuando sale, está ya ceñido para el servicio. Pluguiere a Dios que hubiese sabido el verdadero evangelio de la gracia de Dios—este misionero de fortaleza sin igual, este valeroso cargador de la cruz, que se hizo obediente hasta la muerte por amor a su Maestro! Pero para hacerse lo que era, debió el primer impulso a aquel español de aspecto severo. Estos no son sino ejemplos que podían multiplicarse mucho, en cuanto al poder de un solo hom-

bre para guiar a sus semejantes a una vida más sublime. La lección es muy práctica y seria. Podría ser que por algún instrumento muy humilde nos llegara la más grande bendición de nuestra vida. "El secreto de Jehová es para los que le temen"; y por este principio sucede con frecuencia que los que son más ignorantes en las cosas de los hombres, son más eruditos en las cosas de Dios, y que la más alta sabiduría divina, se halla en los de la sabiduría humana más humilde. Mirad, no tengáis en poco a alguno de estos pequeños, porque puede ser que hayan sido comisionados del Señor para llevaros uno de sus secretos más preciosos.

Escogemos el caso de uno de nuestro propio país; de uno que ejercía un ministerio muy práctico y poderoso. Nadie que sepa algo de nuestro eminente Evangelista americano, puede dudar que sus dotes naturales eran superiores; sus simpatías intensas, su sentido común vigoroso, y su gran talento ejecutivo. Pero por otra parte nadie que conozca su trabajo puede creer que estas cualidades solas puedan dar cuenta de su notable éxito. El Sr. Moody cree intensamente en la investidura del Espíritu Santo como la fuente del poder del predicador; y los que se han familiarizado con su obra extraordinaria, estarán seguros de que supo algo de esto por su propia experiencia. En un discurso pronunciado últimamente en Glasgow, vemos algo de su historia espiritual, que concuerda de una manera notable con lo que acabamos de decir. Lo damos en sus propias palabras como lo encontramos en uno de sus sermones publicados:

"Me acuerdo que hace casi doce años dos santas mujeres acostumbraban venir a mis cultos. Me deleitaba verlas allí, porque cuando empezaba a predicar, podía ver por la expresión de sus rostros, que estaban oran-

do por mí. Al fin de los servicios del Domingo me decían, 'hemos estado orando por Ud.' Decíales yo, '¿Por qué no oran Uds. por el pueblo?' Me respondían: 'Ud. necesita poder.' '¿Necesito yo poder?' decía para mí; 'pues, me parecía que tenía poder.' Tenía una escuela dominical grande, y la congregación más numerosa de Chicago. Se convertían algunos, y yo estaba, en un sentido, contento. Sin embargo estas dos mujeres piadosas seguían orando por mí, y su plática sería acerca de 'la unción para servicio especial' me hizo pensar. Les supliqué que vinieran a hablar conmigo, y nos arrodillamos. Rogaron con todo el corazón que yo recibiera la unción del Espíritu Santo. Y una grande hambre entró en mi alma. No sabía lo que era. Empecé a clamar como nunca antes. El hambre se aumentaba. Realmente sentía que no quería vivir ya más, a menos que pudiera tener este poder para el servicio. Seguí clamando todo el tiempo, que Dios me llenara con su Espíritu. Pues bien, un día en la ciudad de Nueva York—; oh, qué día era ése! No puedo describirlo; rara vez me refiero a él; es una experiencia que es casi demasiado sagrada para ser mencionada. Pablo tuvo una experiencia de que no habló por catorce años. Sólo puedo decir que Dios se me reveló y tuve tal experiencia de su amor, que tuve que suplicarle que no la aumentara.

Empecé a predicar de nuevo. Los sermones no eran distintos; no presentaba ningunas verdades nuevas; sin embargo, centenares fueron convertidos. No retrocedería a donde estaba, antes de tener aquella bendita experiencia, así me dieran todo Glasgow. Es un día triste cuando el converso se une con la iglesia y nunca se vuelve a oír hablar de él. Pero si queréis este poder para algún fin egoísta, como, por ejemplo, para satis-

facer vuestra ambición, no lo conseguiréis. 'Ninguna carne se jacte en mi presencia,' dice el Señor. Que nos vacíe de egoísmo, y nos llene de su presencia."

Esta historia se repite con frecuencia en la historia de la iglesia de Dios—los instrumentos humildes se usan para preparar los instrumentos más poderosos para su trabajo. ¡Cuán oscuro es Ananías comparado con Pablo! Sin embargo, él es quien fue comisionado para comunicar el Espíritu a este apóstol principal, para que este "vaso escogido" que había de llevar su nombre en presencia de los gentiles, fuera lleno de Espíritu Santo." ¡Cuán poco se dice en la Escritura de Aquila y Priscila! Pero éstos son los que tomaron a Apolos, aquel "varón elocuente y poderoso en las Escrituras," y "le declararon más particularmente el camino de Dios." Y para hablar de uno de tiempos más modernos, ¿quién era Pedro Boehler? Es un nombre casi desconocido en el mundo, es la respuesta; pero es el hombre a quien Dios usó para preparar a Juan Wesley para su obra prodigiosa. Esto no es según la sabiduría, por cierto; pero ¿no hemos leído en la Escritura que "los miembros del cuerpo que parecen más flacos, son necesarios"? La iglesia en todos los siglos ha tenido sus encendedores de lámparas, cuya vocación ha sido encender con el fuego de pentecostés a aquellos que estaban ordenados para arder y alumbrar, declarando la palabra de vida. Han encendido estas antorchas del Señor, y luego se han retirado a la obscuridad, siendo olvidados por su generación. Pero su galardón será grande en presencia del Padre que está en los cielos, y deben ser estimados muy altamente por nosotros, a causa de su obra.

Y ¿cómo pueden ser adquiridos aquellos frutos del Espíritu de que hemos hablado tanto—la comunión,

paz, santidad y poder? Volvemos a responder: no procurándolos directamente y por ellos mismos, sino buscando al Espíritu Santo que los incluye todos, y de quien resultan cuando mora en su plenitud en el alma.

El gozo de la comunión, por ejemplo, estará seguro de eludirnos, si estamos demasiado ansiosos de obtenerlo por sí solo. Nos vendrá, si acaso viene, como el resultado del servicio, más bien que como por la meditación. Tauler da el consejo recto, y tal, que se aplica a todo tiempo y a todo cristiano—"Cuando estás sumergido en la meditación secreta, y Dios te llama a salir y predicar, o hacer para algún enfermo un deber de caridad, hazlo con prontitud y gozo; y la presencia de Dios te será más sensible que si te quedaras concentrado en tí mismo." El ejercicio trae el calor y ardor de la salud, y el que más se ejercite en la piedad, tendrá la mejor salud espiritual. Es así también con respecto al feliz descanso del alma en el Señor, en medio de pruebas y perturbaciones. "Y la paz de Dios que sobrepuja todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros entendimientos en Cristo Jesús." ¡Qué promesa tan bendita! No tenemos que guardar la paz; la paz de Dios nos guarda a nosotros. El enfermo lucha para guardar su aliento y no perder el aire vital; pero el sano deja que el aire le guarde; le circunda, y le rodea y le mantiene, y descansa en él sin pensar en procurar guardarlo. Así, oh alma, descansa tú en la paz de Dios, hasta que el Dios de paz te santifique del todo. Aún la santidad no debe buscarse tanto directamente, como por el culto y servicio de un Dios santo. El mirar a Jesús nos muestra nuestros pecados, pero también nos asemeja a su perfección. Miremos, pues, a lo que es. El contemplar nuestra santidad para alcanzar la santificación es un error tan fatal, como lo es el mirar

nuestros pecados para alcanzar la justificación. El que se humilla será ensalzado. Cuando Juan Bautista está diciendo, "A él conviene crecer; mas a mí menguar," el Señor está diciendo, "No se levantó entre los que nacen de mujeres otro mayor que Juan el Bautista." Dios juzga de nuestra santidad conforme nosotros juzgamos de nuestro pecado e indignidad. Y la santidad no tiene valor sino cuando está medida por la regla de Dios.

Después de todo lo que hemos dicho, tenemos que volver a reforzar la amonestación de que nadie tome estas experiencias invisibles, que hemos descrito, como su modelo. Dios nos ha predestinado para que seamos "hechos conforme a la imagen de su Hijo," no a las experiencias de nuestros hermanos. Aquella imagen es la única que no cambia en medio de todas las mutaciones humanas. Nuestro estado espiritual raya con frecuencia en los extremos; ya el monte de transfiguración y la visión del Señor en la gloria; y en seguida el valle de aflicción con el grito del lunático, y la reprensión del Maestro, "¡Oh generación infiel y torcida!" Frecuentemente los siervos de Dios descienden desde la más alta exaltación, hasta el más profundo abatimiento. Por lo tanto no nos fijemos en ningún modelo humano, sino más bien tengamos los ojos siempre en él, "el cual es la imagen del Dios invisible." Un discípulo afectuoso de Carlos Simeon ha narrado cómo aprendió esta lección. Una vez Simeón fue hallado tan absorto en la contemplación del Hijo de Dios, y tan abrumado con una manifestación de su misericordia a su alma, que, lleno del tema animador, estaba incapacitado de pronunciar una sola palabra, y sólo, después de un intervalo, exclamó ¡gloria! ¡gloria! ¡gloria! El joven discípulo dijo luego para sí: "Yo no he sabido de favores como éstos y

¿qué derecho tengo yo de creer que soy cristiano, o que amo al Señor?" Casi se retiró de ir a encontrarse con su maestro espiritual como de costumbre, por sentirse tan indigno. Fue sin embargo; y para su sorpresa encontró a Simeón tan agobiado de contrición y humillación que sólo podía exclamar, "¡Mi flaqueza, mi flaqueza!" y golpeándose el pecho, pronunciar la oración del publicano. "Entonces percibí," dijo el discípulo, que Dios dispensa sus favores cuando y como le place; que ajusta sus gracias a nuestros distintos estados y necesidades, y que el método más seguro es el de ser sobrios y vigilantes y velar y orar." Sí, por cierto. "Todos ellos esperan en tí para que les des su comida a su tiempo." El que es nuestro sacrificio y modelo, es también nuestra santa comida; y nos la imparte cuando y como quiere. Pero esto sabemos, "los que buscan a Jehová no tendrán falta de ningún bien." Acuérdate de la escena de la selladura del Señor, y medita en la lección que enseña. "Trabajad no por la comida que perece," dice, "mas por la comida que a vida eterna permanece, la cual el Hijo del hombre os dará; porque a éste señaló el Padre, que es Dios." Cuando el cordero era presentado para el sacrificio en el culto judaico, era preciso que fuese probado que era sin mancha antes de que pudiese ser ofrecido; por esto se exigía que el sacerdote lo examinase, y si lo encontraba sin mancha, lo señalaba con el sello del templo. En las riberas del Jordán el Cordero de Dios fue señalado con el sello del Padre y certificado por el Espíritu Santo. Ya Juan el Bautista mirando al que había de ser levantado sobre la cruz, podía decir, "He aquí, el cordero de Dios que quita el pecado al mundo;" y después aquel otro Juan, mirando hacia arriba a la diestra de Dios, decir, "Porque el Cordero que está en medio del trono, los pastorea-

rá." El sacrificio sin mancha, de Dios, y la santa comida de Dios! Sobre aquél puede basarse para siempre nuestra certidumbre de justificación, porque la justicia de Dios descansa allí para siempre: en éste nuestra hambre espiritual puede hallar satisfacción constante, porque la santidad de Dios encuentra allí constante satisfacción. En el Cordero sobre el Calvario quien "se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios," tenemos la obra de Cristo suficiente para nosotros; del Cordero en la gloria que da su carne "por la vida del mundo," tenemos su obra suficiente en nosotros. Sobre la obra de nuestro Redentor por nosotros vemos escrito, "Consumado es;" concerniente a su obra en nosotros encontramos escrito, "Estando confiados de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo."

